

# EL CAMINO DE GRETA

TRES AMIGAS, EL CAMINO  
DE SANTIAGO Y UN DESCONOCIDO



Cronos

Rosa Boliart

EL CAMINO DE GRETA  
Tres amigas, el camino de Santiago  
y un desconocido

Editorial Cronos (Autores Independientes)

©Rosa Boliart, 2019

Ilustración de portada: Samuel Calzado Cabello



1ª edición digital

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo del los titulares de la propiedad intelectual.

Aula de Escritores — Editorial Cronos (Autores Independientes)

Sant Lluís 6, bajos - 08012 Barcelona

E-mail: [info@editorialcronos.com](mailto:info@editorialcronos.com)

**[www.editorialcronos.com](http://www.editorialcronos.com)**

**[www.auladeescritores.com](http://www.auladeescritores.com)**

*A todas las mujeres de mi vida: las que se fueron, las que están y las que vendrán.*

# PRIMERA PARTE

# -Capítulo 1-

*Sarria-Portomarín 22 Km/4-5 h*

Greta caminaba con energía al compás de sus dos amigas. El día era de aquellos en que el aire frío se había llevado todas las nubes, dejando un azul intenso a la vista. Llevaba la garganta cubierta por un pañuelo, de color fucsia, a tono con los cordones de sus botas verdes. Respiraba hondo. Entre paso y paso recordaba una experiencia similar de cuando era niña. Su primer día de excursión y los nervios durante la noche anterior. Unos nervios que no la dejaron dormir obligándola a dar vueltas en la cama y mirar a cada rato el reloj. Lo mismo le había ocurrido la noche antes de iniciar el camino hacía Santiago. Greta observaba feliz el verde que bordeaba el sendero y revivía aquella emoción de la infancia.

A Greta, Yolanda y Marta, la idea de hacer juntas el Camino de Santiago les surgió a partir de coincidir los lunes por la tarde en el campo de fútbol, donde acompañaban a sus hijos a entrenar cuando eran pequeños. Un día acordaron, para aprovechar el tiempo de entreno de los niños, ir con ropa cómoda y hacer algo de ejercicio. Trazaron un recorrido de hora y media, que era el tiempo que duraba el entreno de los niños. Los lunes se convirtieron en los días de caminata para ellas. Aunque los niños crecieron y se hicieron mayores como para ir solos al fútbol, ellas los seguían acompañando para seguir con su rutina de ejercicio. Una tarde Yolanda les habló de un compañero de la oficina que había realizado el Camino de Santiago sin prepararse. Si él había sido capaz de terminarlo sin preparación, ellas también lo podrían hacer. Ese mismo día se pusieron manos a la obra y lo planificaron. Era todo un reto para ellas.

Greta observaba a sus dos amigas que le habían tomado la delantera. Sonreía al ver las figuras que dibujaban sus sombras, exagerando lo diferentes que eran. Yolanda con su metro setenta, esbelta, delgada casi como la Olivia de los dibujos animados de Popeye que tanto le gustaban a ella de niña. Pero ésta era una Olivia moderna, de aquellas que pisan fuerte sin necesitar a ningún Popeye que las defiendan.

Marta daba dos pasos por cada uno de Yolanda. Marta era una mujer de tronco robusto y piernas delgadas. Greta a veces bromeaba diciéndole que debía

ser descendiente de algún hobbit por el 40 que calzaba. Las botas de caminar, de un número mayor del habitual, se veían de un tamaño desmesurado al sostener su metro cincuenta y seis. A Marta le molestaba hasta tal punto que se metieran con su talla de zapatos que, durante un tiempo, dejó de ir a caminar con Greta porque ésta bromeaba sobre ello. Consciente de la talla de sus pies, los disimulaba llevando zapatos de tacón medio con punta redondeada de tonos oscuros. Predominaba en su look diario el pantalón de línea recta que le cubría más de medio pie. Marta tenía unos ojos vivos y peculiares, redondos como canicas, en tonos verdes, marrones y amarillos, a conjunto con su cara de luna llena.

Eran tan diferentes entre ellas que a nadie se le ocurriría preguntarles si eran familia. Greta era una mujer de mirada felina, típica de las nacidas en el mes de agosto, que poseía una figura curvilínea acentuada por algunos quilos de más, bien repartidos.

-∞-

Dejaron atrás la subida y les tocaba descender por un camino estrecho, bordeado de robles y castaños. Tras la bajada llegaron a una zona de descanso que las tres agradecieron. Estaban exhaustas. Hacer una parada para descansar era lo que les pedía el cuerpo en ese momento. Habían salido del albergue con un café en el estómago que hacía rato les había llegado a los pies. Sacaron unos bocadillos y unas botellas de agua de una mochila ligera que utilizaban para realizar las etapas. Las mochilas de mayor peso las habían dejado en un coche de apoyo que habían contratado para no ir tan cargadas.

Estaban sentadas en un banco de piedra bajo la sombra de un roble, observadas por la mirada indiscreta de una garza que esperaba a que alguna miga de pan se les cayera para llevársela al pico. Guardaban silencio mientras daban los últimos mordiscos a los bocadillos. Yolanda, mientras se colocaba detrás de la oreja un mechón de pelo que se le había soltado de la cola, comentó.

—Seguro que vuestros maridos me estarán poniendo verde.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Marta.

—Porque me los conozco. Deben de pensar que la instigadora del viaje he sido yo. Como estoy soltera y no tengo pareja me deben de haber declarado culpable de que estéis de viaje en lugar de estar en vuestras casas con ellos.

—No me extrañaría que lo pensasen. Eres un blanco perfecto y es cómodo echar balones fuera de casa. Me imagino a nuestros maridos pensando que nos

has embaucado, porque no querías hacerlo sola —contestó Greta riéndose.

Yolanda lo preguntaba porque había notado cierto cambio de actitud en Gabriel, el marido de Greta, con respecto a ella. Las veces que se lo había cruzado había sido menos amable de lo habitual.

Yolanda se había quejado en alguna ocasión sobre las injustas diferencias entre hombres y mujeres en su ámbito laboral. Decía que los hombres tenían mejores oportunidades y estaban sobrevalorados en el sector de los Bufetes de abogados. Esos comentarios hicieron que Gabriel pensara que era una mala influencia para su mujer. Gabriel estaba convencido de que toda la idea del viaje giraba en torno a Yolanda.

—Las tres colaboramos en la idea. Lo bonito es que nos gustó desde el principio a todas... ¡Y aquí estamos! —dijo Marta.

Los pensamientos de Greta volvieron a las últimas semanas vividas antes de salir de viaje. Ellas organizaron una cena para explicar, al grupo de amigos, sus planes de realizar el Camino de Santiago. Gabriel no pudo disimular la cara de sorpresa ante la noticia de que su mujer se iba con sus amigas, de viaje y sin él. A Gabriel no le había dado tiempo de preparar una excusa convincente para evitar que Greta pudiese ir. Gabriel se contrarió, aunque aguantó el tipo durante toda la velada.

Al llegar a casa, Gabriel dejó caer sobre Greta toda la rabia que había contenido durante la cena. La acusó de imprudente e irreflexiva. De tomar decisiones sin contar con la opinión de los demás. Greta le había hablado en repetidas ocasiones sobre la salida de chicas y de que estarían una semana fuera porque se iban hacer el Camino de Santiago. Como de costumbre, él no le había prestado atención. Pensó que era otra fantasía más de su mujer y que al final ella buscaría un pretexto para no tener que ir.

En las semanas siguientes, hasta el día en que cogieron el tren camino a Sarria, Gabriel adoptó una actitud hostil, hablando solamente lo indispensable con Greta y lanzándole miradas severas cada vez que se le presentaba la ocasión. Greta, por contentar a Gabriel, estuvo a punto de renunciar a otro sueño.

Marta empezó hacer un gesto de negación con la cabeza que indicaba su desaprobación.

—Juan y nuestro hijo estarán felices. Comerán pizza y hamburguesas todos los días y en todas las comidas. Será una semana de fiesta para ellos. A veces pienso que es más niño el padre que el hijo.

—Pero si Juan es más bueno que el pan —dijo Greta.

—¡Te lo hubieses quedado!, que en su día pudiste.

Greta respiró hondo para no dar importancia al comentario de Marta. Greta y



Juan habían crecido juntos en el mismo barrio y compartido colegio desde la guardería. Al llegar a la adolescencia, Juan le pidió a Greta que salieran juntos. Esta le dejó muy claro que entre ellos no tenía cabida nada más que la amistad. Juan, cuando empezó a salir con Marta, le presentó a Greta como su mejor amiga. En una cena en casa de Greta, después de unos vinos, la lengua de Juan se soltó y explicó que había estado enamorado de Greta desde párvulos. Desde aquella cena, Marta siempre que podía hacía referencia al tema en tono sarcástico. Greta empezaba a estar cansada de las indirectas de Marta.

—Juan no era para mí. ¡Demasiado buena persona! Le tengo cariño de hermano y creo que es un tema cerrado, Marta. —Greta buscó los ojos de Marta para asegurarse de que lo había entendido. Marta bajó la mirada y Greta dio el asunto por finalizado.

—No os quejéis, que tenéis dos soles de maridos —dijo Yolanda y encendió un cigarrillo que tenía entre los dedos.

Greta torció ligeramente la boca en un gesto de desagrado y comentó.

—Quien convive con la pareja es quien sabe el tipo de «sol» que tiene de puertas hacia dentro de su casa y como es ese «sol» de puertas hacia fuera.

—Eso es cierto. Cuando se conoce realmente a alguien es conviviendo. De puertas hacia afuera todo se ve bonito en casa de los demás, aunque yo a Gabriel lo veo buena persona y entregado a su familia —afirmó Yolanda.

—Ni conviviendo conoces del todo a las personas, a veces nos asombran nuestras propias reacciones, más aún las de los demás. Gabriel es un hombre de los que quedan pocos, Greta tiene mucha suerte. Me parece un hombre transparente de los que no esconde nada —opinó Marta sin mirarla mientras ajustaba las tiras de la mochila.

A Greta, las palabras de Marta le tocaron la fibra y, torciendo ligeramente los labios, empezó a comentar con una pizca de sarcasmo.

—Gabriel, siempre tan amable y servicial con todo el mundo. Una actitud correcta, sin salirse un ápice del guion, para ganarse la aprobación de todo el que le rodea. Cuando quedamos con amigos, antes de salir, me asesora sobre lo que debo decir y lo que no. Luego, si le parece que no he estado lo suficiente acorde con lo que él piensa, me lo reprocha. Se cree mi personal shopper. Me marca tendencias y me dice que tipo de ropa es la más adecuada para mí.

—No será para tanto, Greta. Eres exagerada para todo. Dudo que te diga lo que te tienes que poner. No veo en ti a una mujer que se deje influir —le reprendió Yolanda.

—Eso es lo que tú crees y lo que piensa todo el mundo: que yo soy la que manda en mi casa. ¡Pues no, bonita!, de eso nada. —Greta, al tiempo que se le

ponían los ojos vidriosos, hizo una pausa y continuó—. ¿Os acordáis de la boda de mi prima María? Cuando mi madre me vio aparecer, casi le da un patatús. Fuimos con Gabriel al Corte Inglés. Me enamoré de un mono rojo que me quedaba espectacular. Salí del probador contenta de haber encontrado el traje perfecto para el evento. Gabriel, después de inspeccionarme y sacarle defectos a la prenda, me dijo que como iba a ir a una boda vestida de esa manera. El buzo «ese» era más propio para ir a una cena o a una discoteca a bailar. Según su criterio de experto, no me favorecía nada ese trajo. Acabé eligiendo un traje chaqueta gris de rayas diplomáticas con una blusa blanca. ¿Sabéis?, lo pasé fatal. Apareció la hermana mayor de mi madre vestida con el mismo traje que yo. ¡Mi marido me había ayudado a vestirme de abuela! ¡Qué mal trago! Cuando llegué a casa colgué el traje en el trastero y allí está, no me atreví a tirarlo. Lo guardé para mirarlo de vez en cuando y no bajar la guardia. No he vuelto a ir de compras con Gabriel. Me desmotivaba. Cuando algo me gustaba me decía: «Greta, esto es inadecuado para ti, estarás ridícula, no tienes veinte años». Y yo me lo creía.

Yolanda y Marta se limitaron a cruzar miradas por el rabillo del ojo, primero de incredulidad y luego de asombro. Hacía años que se conocían y era la primera vez que Greta hablaba de la relación con su marido. Yolanda y Marta se pusieron a recoger sus cosas, sin hacer ningún comentario. Dejaron el espacio limpio, tal y como lo habían encontrado. Se acomodaron sus mochilas a la espalda y siguieron el trayecto marcado en silencio.

A Greta le pesaba el haberse sincerado. El salir de su entorno habitual le había propiciado el confiarse. Era reacia a contar sus trajos sucios a su círculo de amistades, esos los lavaba en casa. Era el primer día de caminata y ya había bajado la guardia.

Greta, para olvidarse de su desliz verbal, entretenía su mente con otros pensamientos. Recordó un tema que hacía días le rondaba por la cabeza, sobre unos comentarios que había oído acerca de Yolanda y se lo quería preguntar. Se pegó a Yolanda, la empujó levemente con el hombro, la miró con cara de traviesa y le dijo.

—Hace semanas que tengo ganas de hacerte una pregunta un poco indiscreta.

—¿A mí?, ¿qué he hecho yo ahora? —contestó Yolanda intentando disimular su sorpresa con una falsa sonrisa—. ¡Venga dispar! ¿A qué indiscreciones te refieres? Puede que te conteste o no, según me parezca. —Yolanda murmuró por lo bajito—. A ver con qué me sale ésta ahora.

—Estas en boca de algunas mujeres del pueblo, sobre todo de las solteras.

—Qué cosas tienes —contestó Yolanda y puso cara de: ¿qué me estás contando?

—Te digo lo que he oído. Se comenta que se te ha visto cenando con el director del Santander. Ese morenazo de ojos negros y cuerpo de discóbolo. Hay quien asegura que entre vosotros hay algo.

Yolanda fulminó a Greta con la mirada.

—Desde luego hay gente que se aburre. Me dan pena, no les pasa nada interesante en su vida y se tienen que entretener hablando de la de los demás — dijo Yolanda.

—No me mires mal, solo te he dicho lo que he oído. —Se defendió Greta— y aceleró el paso para alcanzar a Yolanda, a quién parecía que le había entrado prisa de repente.

—A mí también me contaron algo en la tienda. Una clienta me lo insinuó de forma muy sutil. Saben que salimos a caminar juntas y me intentó sonsacar información —dijo Marta.

—Bueeenooo siiiii. Me invitó a cenar en una ocasión y repetimos un par de veces. Se lo tiene creído. Un hombre que se mira más que yo al espejo, pierde puntos. Con dos veces ya tuve bastante para darme cuenta del palo que iba. Mucha imagen, mucha planta y mucha informalidad. Estaba, en la cena, más pendiente del móvil que de nuestra conversación. En la primera cita se marchó al lavabo, lógicamente con el móvil en la mano, y me dejó allí más de diez minutos esperando. En la última ocasión, si hubiese tardado un minuto más, me hubiese levantado y marchado. Después de esa noche decidí no verlo más. Me decepcionó y no os he contado nada porque no ha habido nada interesante que contar.

—¿Que no ha habido nada?, pero ¿nada de nada?, tú ya me entiendes, ¿ni un roce? —preguntó Greta curiosa sabiendo que se metía donde no debía.

Yolanda no se podía creer lo que Greta le acababa de preguntar. Dudó un momento entre responderle o soltarle un buen corte de mangas. No le gustaba que se entrometieran en su intimidad y tras una breve pausa Yolanda se relajó y contestó con contundencia.

—Si es al tema sexual a lo que te refieres, te informo de que no vale la pena.

—¡Vaya con el morenazo!, más de una se va a llevar una desilusión.

Greta y Yolanda se miraron con complicidad y rompieron a reír. A Marta le cambió el tono de la cara, parecía que le hubiese salido de golpe un sarpullido de rosácea. Le dirigió una mirada severa a Yolanda y le dijo en voz baja y tajante.

—Si yo estuviese soltera como tú, pasaría de los hombres. Habláis del sexo de tal manera que parece algo normal a nuestra edad. ¡No somos adolescentes! Somos mujeres maduras que ya hemos cumplido.

Greta clavó la mirada en Marta.

—¿Y tu marido?, ¿qué dice respecto a eso? —le preguntó.

—¡Nada!, ¿qué va a decir? Ya tenemos una edad en la que el sexo no entra en nuestros planes.

—¿Te has molestado en preguntarle a tu marido que piensa sobre el tema? —Greta se dio cuenta que Marta se sentía algo molesta, pero eso no la frenó y continuó—. Otra suposición es que no tienes sexo porque no te gusta o, tal vez, quién no te gusta es tu marido.

—No te importa si me gusta o no el sexo y menos si me gusta o no mi marido, lo que digo es que ya somos mayores para cosas de juventud —contestó Marta ofendida.

Greta dejó caer los parpados y al abrirlos de nuevo le dijo:

—Tranquila, a todos nos ocurren cosas que nos cuesta aceptar y explicar.

—Y tú, ¿cómo lo llevas? —preguntó Marta rebotada.

—Pues yo lo llevo como una obligación conyugal. Hay que cumplir. Cuando toca, toca, sin demasiado entusiasmo.

—¿Pero a ti te gusta el sexo? —insistió Marta, suponiendo que la ponía en un aprieto.

Greta le contestó sin tapujos.

—He sido una mujer pasional pero desde hace unos años he perdido el interés por el sexo. He caído en la monotonía y me aburre o, seguramente, quien me aburre es la persona con quien lo practico. Puede que cambiando el acompañante me reactivase.

—Yo creo que somos tres mujeres espléndidas, jóvenes y guapas. Estamos en una estación de nuestra vida magnífica y nos merecemos disfrutar de todo, sexo incluido. Aunque creo que tenéis algún problema en vuestras relaciones matrimoniales. Yo de vosotras me lo haría mirar —les aconsejó Yolanda.

—En particular, yo no creo tener ningún problema. Es lo normal en las parejas a nuestra edad y que llevan tiempo juntos —dijo Marta cargada de razón.

Greta pensaba que Yolanda tenía razón. Por ese día ya había dado rienda suelta a su lengua más de lo que solía hacer y era mejor guardar silencio.

Marta daba pasos mecánicos con actitud indignada. Juan fue el primer chico que se le acercó. A los padres les gustó el chico y su relación se formalizó rápido. A ella nunca le cosquilleó el estómago con Juan, eso solo le ocurría cuando saludaba aquel vecino que vivía a tres puertas de distancia de la suya y con quien no tuvo otra opción que la de tener una amistad.

Siguieron andando a buen ritmo una junto a la otra, ahora calladas, cada una metida en sus cavilaciones.

Cruzaron un puente de origen romano que les daba la bienvenida. El río

Miño, a sus pies, junto a la villa acogedora de Portomarín que se levantaba enfrente, formaban una postal para recordar. Se adentraron en las calles del pueblo hasta encontrar la plaza donde el coche de soporte estaba esperándolas. Recogieron las mochilas y se dirigieron al albergue. En sus caras había reflejos de cansancio y satisfacción. Habían cumplido su primer día de etapa.

## -Capítulo 2-

### Casualidad o causalidad

El albergue estaba rebosante de peregrinos que ocupaban todos los rincones. Se respiraba un ambiente alegre que se contagiaba. Se dirigieron a la habitación, cargadas con todo el equipaje y con ganas de tomar una ducha, cambiarse de calzado y descansar. La habitación, con una gran ventana que daba a un patio lleno de castaños, era sencilla: tenía dos literas y unas repisas para dejar los bártulos.

Greta, absorta, miraba por la ventana observando cómo la brisa de la tarde movía las ramas de los árboles. A intervalos, le venían a la mente retazos de la conversación que habían mantenido esa tarde. Tantos años de amistad y lo poco que se conocían. Ni ella misma se reconocía. Era la primera vez que criticaba a Gabriel delante de sus amigas. De repente, Yolanda requiere su atención para hacer una propuesta.

—¿Queréis cenar en un bar que he visto en la plaza y que tiene bastante buena pinta? Tienen anunciado en la pizarra que hay fútbol, y nos podemos quedar a ver el partido. ¿Os parece bien? —Greta y Marta asintieron.

—Entonces voy a darme una ducha, para ir de avanzadilla y reservar mesa. Presiento que esta noche las mesas tendrán muchos novios.

Yolanda salió de la habitación en chanclas, cargada con una bolsa y un neceser, en dirección a las duchas. Greta salió detrás de ella, con las manos en los bolsillos, diciéndole a Marta.

—Ahora vuelvo.

Greta fue hacia la cocina y preparó una cafetera. En pocos minutos estaba ofreciendo café a unos chicos en el comedor. Greta estaba encantada con el ambiente y el variopinto grupo de personas. Alojadas en el albergue, había gente de diversas edades, de todas las regiones de España y de distintos países.

Marta aprovechó la ausencia de Greta para hablar con Yolanda, cuando ésta

regresó de las duchas.

—Me he quedado muy sorprendida con lo que nos ha contado Greta de su relación con Gabriel. Al verles tan unidos pensaba que ellos formaban la pareja perfecta. En todos estos años de amistad no nos ha contado nada. Aunque lo cierto es que nunca habla de Gabriel, lo menciona lo indispensable.

—No le des vueltas Marta. Yo prefiero no pensar en los asuntos de los demás. No es nuestro problema y en casa ajena mejor no entrar. Soy su amiga y no me atrevo a darle consejos ni a opinar. Bastante tengo yo con enderezar mi vida, como para intentar arreglar la de los demás. Estoy disponible para escuchar y dar mi opinión en el caso de que me la pidan.

—Pero que mal —insiste Marta.

—En temas de pareja, mejor no inmiscuirse. Es una regla de oro. Te aconsejo que la sigas.

Marta se dio por aludida y cogió al vuelo la indirecta que le había lanzado Yolanda. Se hizo la desentendida y empezó a sacar los enseres de aseo de la mochila.

-∞-

Yolanda, al cruzar el pasillo hacia la salida, se detuvo delante de la puerta del comedor al oír una voz familiar que salía de su interior. Asomó la cabeza porque la curiosidad le picaba. Allí se encontró a Greta en medio de un grupo de chicos jóvenes que le estaban mostrando sus móviles. Greta les estaba hablando de megapíxeles, lentes, sensores y procesamientos de imagen. Yolanda era una negada para las nuevas tecnologías, las utilizaba a nivel de usuario y poco más.

A Greta le gustaba todo lo relacionado con la Informática y Telefonía de última generación. Por su trabajo, estaba al día de las últimas novedades en el mercado. Con la gente joven conectaba rápido ya que podía mantener una conversación sobre nuevas aplicaciones para móviles.

Greta, hablando de aplicaciones y cámaras de alta resolución, se dio cuenta de que se le había pasado el tiempo. Se despidió con prisa de los jóvenes con los que había estado hablando. Volvió rápidamente a la habitación, donde Marta estaba arreglada a punto de salir.

—Si me esperas, me doy una ducha rápida y nos vamos a dar una vuelta por el pueblo, a ver si encuentro una Concha del Peregrino para mi madre —dijo Greta.

—¡Te espero!, date prisa y no te entretengas con nadie, que ya nos conocemos y tú hablas hasta con las piedras —le dijo Marta con el dedo levantado en señal de amenaza.

Greta cogió su neceser y salió disparada hacia las duchas.

-∞-

Yolanda entró en el bar y se paró un instante en la puerta. Sus ojos miel recorrieron el local. Avanzó con el porte innato que la caracterizaba. El bar estaba abarrotado de parroquianos que se contaban animadamente sus historias. Se giraron algunos al oír un saludo, que devolvieron para luego seguir con su charla. Se aproximó a la barra con decisión y, al hacerse espacio entre los clientes para hablar con el camarero, le dio un golpe con el bolso a un hombre que estaba apoyado en un taburete tomando una caña.

—Disculpe —dijo Yolanda.

El hombre de pelo castaño oscuro, tez morena y ojos pardos, se giró, sonrió y le contestó.

—Pensé que me atacaban por el flanco derecho, pero ya veo que no. Está usted disculpada.

A Yolanda le hizo gracia la respuesta que le dio el hombre con pinta de ser un peregrino más.

—¿Dónde ha empezado el camino? —le preguntó.

—No hago el camino. Estoy observando lo cansados que llegan los que lo hacen.

—Vaya pasatiempo más extraño tiene usted —contestó Yolanda

Yolanda sonrió y pensó que el hombre era chistoso además de atractivo.

—Por favor, no me trates de usted que me haces mayor. Soy Raúl y he empezado en Sarria.

—Tú me has llamado primero de usted. Soy Yolanda y también he comenzado en Sarria.

—Disculpa, es la costumbre. Deformación profesional de quien trabaja cara al público.

En ese momento irrumpió por la puerta Greta. Vestía vaqueros y un polar azul marino semi ajustado que disimulaba sus redondeces. Unas bolsas que colgaban de su brazo, daban fe de haber estado y comprado en varias tiendas. Se acercó a Yolanda.



—Vaya no te podemos dejar sola, nos damos media vuelta y estás ligando, bueno, ya sabemos quién va a pagar las cañas hoy. ¿No? —le dijo.

Clavó los ojos verdes en Raúl y esbozó una tímida sonrisa.

—Raúl, te presento a una de mis compañeras de viaje, Greta, casi siempre está de broma —dijo Yolanda, avasallada.

—Bueno, bueno, lo que digo es medio en broma, medio en serio. Que cada cual se lo tome como quiera.

Greta prefería dar una imagen ambigua, antes que la de ser la bromista del grupo. No le gustaba poner etiquetas ni que se las pusieran. Le molestaba.

Raúl tomó la mano que Greta le acercó y la apretó con decisión y sin dañarla. En ese momento, sintió un ligero calambre que le subió por el brazo hasta instalarse en su estómago y encogerlo. Se sintió incómoda y, para disimular el inminente cambio de color de sus mejillas, buscó una excusa para salir huyendo.

—Ahora vuelvo, he abandonado a Marta en una tienda de recuerdos y voy a ver si ha terminado ya de comprar la tienda entera.

Se dirigió a la salida con un ligero balanceo de caderas. Por su forma de andar era reconocible a distancia.

El apretón de manos de Raúl la había cogido desprevenida. Se ruborizó como una adolescente y se le dibujó una sonrisa de tonta que no pudo disimular ante Marta.

—¿Te ha pasado algo?, ¿te han dicho algo raro en ese bar? —le inquirió Marta.

—No, ¿por qué?

—Estas sofocada.

—Porque he venido corriendo a buscarte. Vamos, Yolanda hace rato que nos espera.

Greta la cogió del brazo y tiró de ella en dirección al bar.

Al entrar de nuevo en el bar, Greta se plantó frente a Raúl y mantuvo la compostura a pesar del nerviosismo que el hombre le provocaba.

—¿Todavía estas aquí? —le preguntó.

—Estoy esperando para pagaros las cañas. Creo que hemos quedado así, ¿no? Yolanda y yo nos las estamos tomando. —Raúl buscó los ojos de Greta y los hizo coincidir con los suyos hasta que Greta apartó la mirada intimidada. Raúl levantó la copa que tenía en frente, empañada de escarcha y a la que le faltaban dos dedos de líquido rubio cubierto de espuma blanca mermada con burbujas haciendo carreras en su interior. Señaló la copa con la otra mano, y después con el dedo índice y corazón indicó al camarero que trajese dos más.

El momento en que Raúl desvió la atención hacia el camarero, fue aprovechado por Greta para recomponerse y decir lo primero que se le ocurrió.

—Pensé que te habías marchado.

—Como puedes comprobar, sigo aquí. —Raúl volvió a intimidarla con la mirada.

—¡Muy bien! Me gusta la gente valiente que se compromete y cumple con su palabra —dijo Greta apartando de nuevo los ojos de los de Raúl.

A Greta el cosquilleo de estómago le traicionó y se puso más nerviosa de lo habitual. Ella pensaba que, en otra circunstancia, le hubiese aguantado la mirada sin problemas. De lo que ella no era consciente, es de que eso no tenía que ver con la circunstancia, si no, más bien, con la persona. Llamó a Marta, que estaba al lado de Yolanda, y los presentó. Marta saludó con educación y desgana a Raúl, sin ofrecerle ninguna palabra más que un insípido hola.

Raúl tomó las copas que el camarero había dejado sobre la barra, puso una en las manos de Marta y la otra en las de Greta. En el instante en que Greta cogió la copa y los dedos de Raúl se rozaron con los suyos, al soltarla, notó que su pulso se aceleraba. Le entró un ligero temblor en las manos que intentó disimular dejando la copa de nuevo encima de la barra. Comenzó a tocar las bolsas y se las pasaba de una mano a la otra. Raúl causaba un efecto en Greta que ésta no controlaba.

El sonido de la canción «Oye mi canto» de Gloria Estefan empezó a sonar. Greta sacó del bolsillo lateral de su bolso el móvil y, con él en la mano, salió del local para poder hablar con más intimidad.

—Hola, Gabriel.

—Hola, Greta, ¿qué tal estás?

—Cansada pero contenta. Hemos superado el primer día de etapa y tengo ganas de ir a por el segundo, ¿qué tal vosotros?

—Mal. Ha sido una mala idea la de malgastar parte de tus vacaciones en esa tontería de «viaje de chicas». Podías haber dedicado ese tiempo a tu familia. Los chicos andan descontrolados. Ya te advertí que pasaría y ellos te echan de menos.

A Greta se le revolvió el estómago, estaba usando a sus hijos para justificar su descontento. Después de un silencio, Greta reaccionó con rabia.

—¿A quién echan de menos?, ¿a la madre o a la criada?, cuando están con las novias o los amigos no se acuerdan de nadie. Si todos estáis bien, mejor hablamos en otro momento, me están esperando para cenar.

Greta se quedó con la mirada perdida frente al móvil. No se podía creer que le hubiese contestado de forma tan rotunda y cortado la conversación de repente. Le temblaban las piernas. Tomó, profundamente, aire varias veces. Se sintió

aliviada. En años, era la primera vez que dejaba a Gabriel con la palabra en la boca. Le asomó por la comisura de los labios una sonrisa vencedora de la escaramuza.

Tras el primer mes de casada, de lo cual hacía casi tres décadas, Greta se dio cuenta de que contradecir a Gabriel era entrar en guerra. Para evitar enfrentamientos, fue cediendo terreno hasta quedarse reducida al mando de la cocina. Gabriel terminó organizando el negocio familiar. Una tienda de electrodomésticos que fundaron sus abuelos y que sus padres ampliaron. El negocio, desde que estaba en manos de su marido, subsistía entre préstamos y pólizas de crédito que lo condujeron a una rueda de pagos insostenibles.

Greta seguía firmando un préstamo para pagar otro. Una nueva póliza de crédito para cubrir otra y Gabriel, a cada firma, con la misma cantinela.

—Con esta póliza ya nos ponemos al día. —Greta sabía que no sería la última.

Greta aprendió a mirar hacia otro lado, Gabriel pensaba que ella no se daba cuenta de sus tejemanejes. Los dos cumplían con un pacto de silencio escrito en el aire. Ella no preguntaba para evitar la confrontación y él no explicaba nada porque era el hombre de negocios.

Una compañía de electrodomésticos en expansión se interesó por el negocio. Un local grande, bien situado y con un buen fondo de comercio formado por clientes fidelizados durante generaciones. Llegaron a un acuerdo en el cual la compañía compró el local y con la operación ellos sanearon su economía. Gabriel paso a trabajar en la Central, en recepción de mercancías y a Greta le dieron la oportunidad de quedarse en la tienda como dependienta.

-∞-

Greta empujó la puerta del bar con decisión, entró erguida a paso ligero y con su mejor sonrisa.

—¿Qué?, ¿nos darán de cenar? Yo tengo hambre.

Yolanda invitó a cenar a Raúl con ellas, a lo que él respondió.

—Precisamente contraté el hostel con cena incluida. Al ser el primer día de caminata, no sabes cómo puedes terminar al final de la etapa. Pensé que igual terminaba para el arrastre y sin ganas de salir.

Greta con la espontaneidad de una adolescente le dijo.

—Si te apetece, después de cenar, puedes venir a ver el partido con nosotras.

—¡Me apunto! El partido promete.

Raúl se dirigió a la puerta. Ellas entraron en una sala contigua al bar. Una estancia reservada exclusivamente para comidas. Les tenían una mesa preparada con un mantel de cuadros blancos y granates. Una vajilla de loza marrón, con una flor blanca en un lateral, presidía la mesa. Al sentarse Greta dejó caer las bolsas en la silla de al lado como tenía habitualmente por costumbre.

—Esa silla de tu lado, ¿la reservas para «ese»? ya nos hemos dado cuenta de tus coqueteos con él. Tú ves dándole coba, que se nos pegara todo el camino y no nos lo podremos quitar de encima ni con agua caliente —señaló Marta.

Yolanda salió en defensa de Greta.

—Eres una mal pensada, Marta. Greta ha hecho lo que hacemos siempre que llevamos bolsas, las dejamos cerca para controlarlas. Raúl no tiene aspecto de ser una persona mal educada ni de pegarse a nadie. Sabes que Greta es abierta y le gusta hacer de relaciones públicas. Para ella es natural. Si a Raúl le vemos alguna intención que no nos guste, verás que pronto nos lo quitamos de encima.

Marta presionó los labios. Greta, que llevaba tiempo estudiando sus gestos, sabía que eso era una señal de desacuerdo. No podía entender que una mujer tan agradable en el trato con sus clientas. Se sintiera amenazada por la presencia de una persona del género masculino, pasando a ser una pizca desagradable.

Marta heredó de sus padres una mercería en el centro de Gavá. La remodeló hasta convertirla en el Templo de la Lencería. Con gusto exquisito a la hora de elegir las colecciones de marcas exclusivas italianas, francesas y otras, igual de sugerentes, de buena calidad y a precio módico. En su tienda se podía encontrar la ropa interior, adaptada a todos los bolsillos, con la que una mujer se podía sentir una princesa.

Greta quería tener una velada tranquila, no había emprendido el camino para discutir y menos por memeces. Para cambiar de tercio, sacó una Concha de Santiago, la mostró y comentó.

—¡Mirad que bonita!, la he comprado para mi madre. Sé que le hace mucha ilusión.

—Creo que es mejor comprar los regalitos al final, en Santiago —dijo Yolanda.

—Seguramente lo pagaremos más caro en Santiago, además, lo dejaré en la mochila del coche de apoyo, para eso lo pagamos, ¿no?

—Ha comprado camisetas y de todo —dijo Marta riéndose.

—Quié fue hablar, la que ha arrasado con todos los imanes de la tienda —se

defendió Greta.

—Sois tal para cual, no se os puede dejar solas —les regañó Yolanda igual que si fuesen dos niñas que hubiesen desobedecido órdenes.

Yolanda ejercía de abogada. Su trabajo era su pasión después de su hijo. Greta y Marta la conocieron divorciada. Nunca hablaba de su exmarido ni de los motivos de su separación. Aunque los chismes de una población donde la gente se conoce de toda la vida, apuntaban a una infidelidad en el matrimonio por parte de su exmarido. Un conocido político de la ciudad con fama de corrupto, del que se decía que adjudicaba las obras a dedo a cambio de suculentos donativos.

Apareció el camarero y les dejó las cartas para que eligieran el menú. Les sirvió el vino de la casa, de la Ribeira Sacra, un vino joven afrutado, de un brillante tono rubí con aroma a frutos rojos. Les dejó una cesta llena de rebanadas de pan recién horneado, de corteza crujiente y miga suave, que olía a leña. Pidieron un caldo gallego, cada una, y un lacón con cachelos que compartieron. De postre unas filloas y tarta de Santiago. Tras los cafés, tomaron un licor de hierbas hecho en la zona que les pareció delicioso.

Estaban apurando los chupitos de licor cuando se presentó Raúl que se quedó mirando la mesa y les dijo.

—Vaya, que bien os cuidáis.

—Llegó el pesado de turno —murmuró Marta por lo bajito.

Movieron las sillas para colocarlas de tal manera que todos pudiesen ver la gran pantalla que había en el salón, quedaron dispuestas en forma de herradura. Greta se dio prisa en quitar las bolsas de la silla para que Raúl se pudiese acomodar a su lado, ignorando la mirada inquisidora de Marta. Greta ignoró a Marta durante toda la noche. Llegó un momento en que pensó que no estaba porque ésta guardó un riguroso silencio durante todo el partido.

Greta, animada con las jugadas de su equipo, aprovechaba para darle codazos y empujones a Raúl cada vez que los suyos se acercaban a la portería en un amago de gol. Empujones que le devolvía Raúl cuando era el suyo quien se apoderaba del balón.

Al terminar el partido entre risas de los que habían ganado y el fiasco de haber perdido, otros. Tomaron rumbo a sus respectivos alojamientos. Yolanda y Marta charlaban sobre el partido, lo que les derivó a hablar de sus hijos.

Raúl y Greta andaban acompasados y en silencio. Greta no soportaba el hecho de ir con una persona al lado sin saber que decir. En ese momento no le salían las palabras. Se le habían quedado anudadas en la garganta, menos mal que Raúl salvo la situación con una pregunta de cortesía.

—¿Estáis alojadas en el albergue que está cerca de la Iglesia?

—Si en ese, es que nosotras somos pobres no como otros que pueden ir de hotel.

—¡Menudo hotel! —Sonrió Raúl echando la cabeza ligeramente hacia atrás —. ¡Una pensión austera! —Raúl de sopetón chasqueó los dedos.

—¡Ah!, ya sé a quién me recuerdas. Eres la señora que estaba pidiendo en la puerta de la iglesia cuando llegué al pueblo.

—Pues casi, —Greta lo miró de refilón y siguió — no me gustan los albergues porque las duchas son comunes, no tienes intimidad. Las chicas decían que si lo hacíamos lo haríamos como los peregrinos auténticos. Aunque, cuando les propuse lo del coche de apoyo, bien que se apuntaron las «peregrinas auténticas».

Se echaron a reír, lo que liberó la inicial tensión que a ella le producía el caminar juntos. Andaban casi pegados. Se rozaban ligeramente. Greta se relajó. Se puso las manos en los bolsillos delanteros del pantalón y preguntó.

—¿Por qué haces el camino solo?

Raúl se puso rígido. Le asomó una mueca de pesadumbre al apretar los dientes que quedó impresa en sus mejillas. Achinó los ojos mirando el suelo. Titubeó antes de iniciar una conversación que en ese momento no tocaba.

Por la sonrisa forzada de Raúl, Greta se dio cuenta de que la pregunta no le había gustado.

—Siento ser tan entrometida, a veces la curiosidad me puede. Si no te apetece hablar de ello no lo hagas.

Raúl relajó la musculatura facial. Greta le transmitía confianza. Pensó que le vendría bien, después de tantas semanas de tensión, desahogarse y hablar de los motivos personales que le habían llevado a realizar el Camino de Santiago y decidió explicarle sus motivos.

—He tenido un año duro en el que he tomado decisiones importantes que afectarán al resto de mi vida. Me he separado de la mujer con la que he compartido años y momentos especiales de mi pasado. La novia de siempre, la primera chica con la que sales en el instituto y al final la relación termina en boda. Llega un momento en que piensas que la costumbre es amor y la pérdida de pasión es lo normal. Un día te levantas preguntándote ¿cuándo la deje de amar?, ¿antes de casarme o después? No ha habido terceras personas ni un motivo en particular. Lo que nos ha ocurrido es que vivíamos como buenos

amigos y esa no es la idea que yo tengo de una relación de pareja. Mi mujer no me lo ha puesto fácil. Al final ha aceptado que nuestra relación no funcionaba. Ha contratado a una abogada que me quiere despellejar y estamos en lo peor, el reparto económico.

—No era mi intención ponerte en un compromiso, a veces soy un poco indiscreta. Creo que eres una persona valiente. Hay parejas que están en una situación similar a la tuya y no se atreven a dar ese paso. Estarán atadas y condicionadas por una compañía por la que han perdido todo el interés. No vivirán sus propias experiencias por los miedos que les da afrontar la ruptura.

En ese momento hablaba con propiedad porque hablaba por ella misma. ¿Cuántas veces había planeado dejar a Gabriel y no llevó a cabo ninguno de sus planes? No aparecía el momento adecuado. Siempre encontraba excusas para no dar ningún paso al frente y justificaciones para no ser valiente.

A Raúl se le iluminó la cara y esbozó una sonrisa.

—De nuestra relación tengo lo mejor de mi vida, mi hija. Tengo suerte de que sea inteligente y madura para entender nuestra situación. Se ha mantenido al margen en todas nuestras disputas.

—¡Ah! Yo tengo dos chicos. Mayores de edad, pero los sigo tratando como niños pequeños y mis amigas dicen que los mimo en exceso. Mis hijos son mi premio, aunque no sé si tendré la culpa de que sean algo infantiles —le dijo ella.

—Seguramente se comportan en casa como niños pequeños por comodidad. Apostaría y ganaría a que con los amigos y las chicas son dos machotes.

Yolanda y Marta estaban en la puerta del albergue esperando a Greta que se había quedado rezagada, junto a Raúl. Llegaron riendo y al alcanzarlas él se despidió y siguió sin pararse. La cara larga de Marta no invitaba precisamente a detenerse y, con la excusa de estar cansado, tomó con brío la calle hacia el hostel. Raúl pensó que ella tenía algún problema personal y no se dio por aludido.

Mientras entraban en el albergue, Marta iba lanzando miradas de reproche a Greta y dijo.

—¿Nos acompañará mañana el caballero durante la etapa? Porque parece que habéis congeniado.

—Se lo he pedido, pero prefiere hacerlo solo. Me da lástima que no pueda venir, ya me he acostumbrado a su compañía.

—¡Que rápido te acostumbras tú a las nuevas amistades!

—¡Venga Marta!, es normal que conozcamos a gente en el camino. Hay muchas personas interesantes con bonitas historias haciendo el mismo recorrido que nosotras. —Greta tuvo que hacer una pausa para que no se le escapara decir, «no seas sexista». Una voz interior le hizo rectificar con precisión y dijo—. No

seas exclusivista. —Greta le puso cara de pena, acompañada de morritos, mientras la cogía por el brazo para entrar en el albergue.

Fueron directas a la habitación y se acostaron. El cansancio las había vencido.

Greta no paraba de dar vueltas en la cama. Le había tocado el lado de la ventana. Se podía ver, a través del fino visillo que cubría la cristalera, una luna redonda y brillante que se reflejaba en la cara de Greta. El día le iba pasando por la mente: la acalorada conversación con Gabriel y el interesante encuentro con Raúl. Emborrachada de tantos pensamientos, metió la cabeza debajo de las sabanas para esconderse de la luna y se durmió, derrotada de tanto voltear el cuerpo y la mente.



## -Capítulo 3-

*Portomarín-Palas de Rei 24 Km/5-6 h*

El sonido de las alarmas de los móviles, sincronizados a las siete de la mañana, las sacó de un sueño reparador. Parecían autómatas vistiéndose. Revisaron las mochilas para que nada quedara fuera y las dejaron listas.

Necesitaban su dosis de cafeína para funcionar. En la cocina había un murmullo de saludos matutinos entre los peregrinos que habían terminado de desayunar y los que se incorporaban al mismo tiempo que ellas. Marta era la encargada de preparar el café esa mañana.

Greta saludó a Hans —un señor holandés que había conocido la tarde anterior— y se puso a charlar con él. Hans repetía experiencia en solitario y le daba a Greta recomendaciones para que el trayecto les resultase más ameno. La orientaba sobre las paradas más interesantes y los lugares donde podían aprovechar los descansos para visitar algún pintoresco pueblo o disfrutar de bonitas vistas del paisaje. El aspecto de Hans era peculiar y gracioso. Se paseaba por la cocina con un pelo ondulado y rubio que le llegaba justo debajo de las orejas, distribuido alrededor de una incipiente calva. Por encima de sus grandes gafas de pasta marrón, asomaban unas pobladas cejas rubias emulando el pico de una montaña de paja. Hablaba un poco de español que mezclaba con el inglés. Cuando se daba cuenta de que no le entendían, se acompañaba de señas y una sonrisa afable. Hans invitó a Greta a café recién hecho, café que ella aceptó de muy buena gana porque era, precisamente, lo que necesitaba en ese momento y Marta no se daba ninguna prisa en preparar el suyo.

Llegaron unos chicos de Málaga, tres chicos y dos chicas. Tenían las legañas pegadas a los ojos. Los chicos ni se habían molestado en peinarse y las chicas estaban encogidas de frío. Greta los miraba con cariño, mientras recordaba como todas las mañanas se tenía que pelear con sus hijos para que se peinasen. Hans les ofreció café, que ellos aceptaron encantados.

Greta se acercó a Marta y a Yolanda y les dijo, muy bajito, para que no la pudieran oír.

—¿Qué os parece si compartimos nuestro desayuno con los chicos?

A Yolanda y a Marta les pareció buena idea y se pusieron las tres manos a la obra. Tostaron pan mientras llenaban la mesa con mantequilla, aceite de oliva, mermelada y diferentes tipos de embutido, además pusieron la cafetera grande en el fuego.

—Venga chicos, vamos a desayunar todos juntos. Hans, siéntate con nosotras. Hemos preparado desayuno para todos, vamos, vamos a desayunar —voceó Greta a la vez que dejaba los platos que llevaba sobre la mesa.

Los chicos no se hicieron de rogar y, con las tazas de café que Hans les había dado en la mano, se sentaron todos juntos a la mesa. Los chicos empezaron a devorar las tostadas y todo lo que ellas habían colocado en la misma. Marta se encargó de repartirlo y de que hubiese para todos.

—Vosotros recogéis la mesa y lo dejáis todo ordenado —les ordenó Marta.

Los chicos asintieron entre miradas y sonrisas cómplices. Tenían cara de satisfacción y la panza llena.

-∞-

Salieron cargadas del albergue con sus dos mochilas cada una. Dejaron la más grande en el coche de apoyo y se colgaron en la espalda la que se llevarían a caminar.

Hans las acompañó durante un buen rato, hasta que llegaron a una subida y las adelantó. Oyeron voces a sus espaldas, eran el grupo de jóvenes que iban a toda marcha. Pasaron cerca de ellas, las saludaron y siguieron su camino, alcanzando a Hans al que adelantaron entre risas.

La subida se les estaba resistiendo, no estaban acostumbradas. Su entreno había sido todo en llano. Se miraron.

—Esto hay que tomárselo con calma, a los chicos les hemos dado bien de desayunar y les sobra energía —afirmó Yolanda.

—Nosotras a nuestro ritmo. Mejor que vayamos despacito, sino corremos el peligro de quedarnos a medio camino —dijo Greta descansando.

Llegaron a la cima, acaloradas, y se quitaron las chaquetas. Respiraban profundo y de manera ruidosa. Las piernas les flaqueaban. Aún les quedaban fuerzas para continuar y decidieron no parar. A los diez minutos divisaron a los chicos, en un lateral del camino, tumbados en la hierba.

Pasaron por el lado de ellos y Greta les gritó riendo.

—Venga que se hace tarde y puede llover.

Pasaron de largo riendo entre ellas. Los chicos con caras de circunstancias miraron al cielo que estaba despejado y luego a ellas.

—Vaya con las mamis, ¡se lo han tomado a pecho! —comentó uno de ellos.

—Yo de mayor quiero ser como ellas —añadió la chica de ojos negros.

Marta andaba riéndose de los chicos.

—¡Que flojos! Estos ni se han preparado. Menos mal que son jóvenes y la juventud puede con todo —comentó Marta.

—Ni falta que les hace. ¿Para que van a entrenar?, con soltar la energía que tienen acumulada ya tienen bastante —dijo Yolanda.

—Chicas, vamos a aflojar un poco el paso. Me quedo sin aliento —dijo Greta con la respiración entrecortada.

Habían dejado atrás a los chicos y de Hans no se veía ni rastro. La marcha rápida se había convertido en paseo y Greta empezó a contarles.

—Me ha dicho Hans...

—¿Quién es Hans? —dijo Marta apretando los labios.

—El señor ese tan amable, el holandés —contestó Yolanda.

—¡Ah! El otro amigo de Greta.

Greta hizo aquello que tan bien se le daba y tan ensayado tenía: hacer como que no había oído nada y continuó.

—Es que Hans es la segunda vez que hace el camino y me ha estado explicando..., esto seguro que a ti te gusta Marta. Resulta que a la entrada de Ventas de Narón hay una capilla dedicada a María Magdalena. Podríamos parar allí a descansar y verla, ¿qué os parece? —Observó sus gestos y continuó—. Me ha explicado que es sencilla, bonita y que vale la pena visitarla.

—Perfecto, me gusta la idea —dijo Marta.

Yolanda realizó un movimiento de afirmación con la cabeza.

«Menos mal que algo le parece bien a doña tiquismiquis», pensó Greta, sin atreverse a decirlo.

Se encontraron un merendero al lado del camino en el cual pararon a reponer fuerzas. Greta se descalzó para tocar con los pies desnudos la hierba fresca que crecía alrededor de un roble centenario al que se abrazaba. Yolanda, que estaba masticando el último bocado de un trozo de tortilla, se la quedó mirando.

—No me lo puedo creer. Ponte las botas Greta. Te va a picar un bicho y luego tendremos que correr todas —le dijo Yolanda con los ojos bien abiertos.

—No te preocupes, seguro que si me pica algún bicho se intoxica.

—Lo que me preocupa es que estamos en medio de un camino y se nos fastidiarían las vacaciones si a alguna nos pasa algo.

Marta estaba inclinada, quitándose las botas y los calcetines. Al dejar los pies al descubierto se le contrajo la cara en una mueca de dolor y, con la voz quebrada, empezó a chillar.

—¡Dios mío!, menudas ampollas tengo, con razón me dolían tanto los pies. No sé si podré continuar, ¡qué mala suerte!, esto es terrible.

Yolanda se acercó a Marta, que se alteraba por momentos. Se agachó, cogió el pie de Marta y torciendo el labio exclamó.

—¡Vaya ampollas! ¡Qué mala pinta tienen!

Se escuchó una voz, a lo lejos, que se iba acercando por el camino.

—¿Qué pasa?, ¿qué pasa?

Hans se había quedado rezagado, visitando una pequeña aldea. Había oído las voces de las chicas. Se acercó a toda prisa a Marta. Dejó la mochila sobre la mesa, se agachó cogiendo sus pies llenos de ampollas y, con voz rotunda, exclamó.

—¡Muy mal, muy mal! —repetía sin parar con semblante preocupado.

Mientras Hans sacaba un estuche de la mochila, Greta, que se había terminado de atar los cordones de las botas, se acercó a toda prisa a Marta para ver que ocurría. Miró sus pies y luego paseó la vista por las botas de Marta.

—Esas son tus botas nuevas ¿verdad?, ¡vaya locura! —preguntó Greta.

Marta la miró con los ojos vidriosos y se excusó.

—Pensé que no me harían daño.

—No importa, ahora hay que ver de qué forma lo arreglamos —intervino Yolanda.

Hans sacó del estuche una aguja de coser, un mechero, un bote de alcohol, otro de jabón y un bote blanco sin etiquetar así como una bobina de hilo y unos apósitos. Cogió la botella de agua, ya empezada, que habían dejado sobre la mesa y la terminó de vaciar sobre los pies de Marta. Seguidamente se los embadurnó de jabón y secó sus pies con unas servilletas de papel. Quemó bien la aguja con el mechero, la repasó con un algodón impregnado en alcohol y la enhebró. Perforó las ampollas pasando el hilo por ellas y dejando los extremos del mismo visibles fuera de la ampolla. Dejó el hilo dentro de las ampollas ya vacías para que los restos de líquido fuesen saliendo hasta dejarlas secas. Untó las ampollas con la pasta de aspecto casero del bote blanco, sin etiquetar, y las cubrió con los

apósitos. Hans le dijo a Marta.

—Ya está listo, creo que podrás seguir.

Marta se sentía en deuda con Hans. Fue minucioso en la cura. La ayudó sin pedírselo. El dolor se había calmado y sus pies estaban en orden. Marta se puso los calcetines y se levantó del banco para abrazarse a Hans, que estaba enfrente, sin parar de darle las gracias.

Yolanda, con el cejo fruncido por el fastidio y la preocupación del percance, le dijo, muy seria, a Marta.

—Solo a ti se te puede ocurrir ponerte unas botas nuevas. Fue uno de los puntos que dejamos claro: el calzado para andar tenía que estar usado. Tan mayores para unas cosas y tan infantiles para otras.

—Me las había puesto un par de veces y no me hicieron daño. Pensé que no me rozarían. Todos nos equivocamos —se defendió Marta.

Hans se despidió con su habitual sonrisa. Paso por el lado de Marta alborotando con gracia su liso y rubio cabello, cortado a la nuca dando forma de manzana a su cabeza. Marta le respondió con un adiós con la mano y alzando los hombros.

Yolanda, que seguía con el cejo fruncido, les dijo.

—¿Y si llamamos a los del coche de apoyo a ver por dónde van? Igual están cerca y se pueden acercar a traernos las mochilas para que Marta se pueda cambiar de botas. Si se encuentra muy mal se puede ir con ellos y seguimos nosotras dos.

—Creo que podré continuar. Hans me ha dejado los pies casi como nuevos.

Llamaron al coche de apoyo. A la media hora de llamar aparecieron dos treintañeros sonrientes conduciendo una Peugeot Partner. Descargaron la mochila de Marta y esta se cambió de botas. Le propusieron que se fuera con ellos y esperara en Palas de Rei a Yolanda y a Greta. Marta no quiso. Repitió mil veces que se encontraba bien y que podría reanudar la marcha sin problemas. A testaruda no le ganaba nadie.

Marta tenía sus dudas de si resistiría, pero lo tenía que intentar y no dejó que se dieran cuenta de que no lo tenía claro. Lo que sí había decidido es que no se iba a quejar.

Greta, cuando ya llevaban una hora de trayecto, preguntó.

—¿Qué tal llevas los pies Marta?

—Bien, vete a saber que me habrá puesto Hans en los pies que me los ha dejado nuevos.

—Yo creo que es esa pasta blanca que te ha puesto. Tenía pinta de ser casera

—intervino Yolanda.

—Vete a saber que llevará, a ver si te ha drogado los pies y dentro de un rato flotas —comentó Greta riendo.

—Me da igual lo que lleve. Desde luego, efectiva es, ando la mar de bien. Le pediré la receta de esa pócima mágica.

Creo que para que te de la receta le tendrás que hacer un poco la pelota —dijo Greta en tono jocoso.

—No, de eso nada, entonces no la quiero. Yo ya no le hago la pelota ni a mi madre y menos a un tío que no conozco de nada, aunque me haya salvado los pies.

—Lo que deberías es tener un detalle con este amigo nuevo que me he echado. Por lo menos pagarle una cervecita. —Greta miró a Marta asomando una risita burlona.

—Esas cosas no es necesario que las digas. Yo pienso por mí misma —contestó Marta ofendida.

—Te lo decía a modo de recordatorio, porque daba la impresión de que esta mañana te molestaba.

-∞-

Se detuvieron delante de una pequeña ermita con aspecto cuidado y limpio. Entre flores y arbustos se hallaban unos bancos de piedra puestos para el descanso de los visitantes. En ellos algún anciano del lugar pasaba, de forma contemplativa, algunas horas.

La puerta estaba abierta invitando a entrar. Un cartel, que pedía respeto para el lugar, colgaba de ella. Marta y Greta, sin parar, se adentraron con paso firme en su interior. Estaba oscura y olía a cera quemada. La imagen de María Magdalena presidía el altar iluminado por los destellos de las llamas de unas velas que algún penitente había dejado encendidas a su paso, a cambio de pedir algún favor. Marta, sigilosa, se acercó a la caja de velas y tomó una. Depositó una moneda en la ranura de una caja de madera que tenía un letrero bien grande en el frontal pidiendo la voluntad y que estaba cerrada por un candado en la parte posterior. Colocó la vela en un candelabro y la encendió. Marta se sentó a rezar en el primer banco, de los únicos cuatro, que había frente a la Santa.

Greta, que ya se había recorrido en un santiamén toda la estancia minimalista, salió escopeteada. Al salir tropezó con alguien a quien no vio porque los rayos de

sol, que daban de lleno en la puerta, en contraste con la semioscuridad del interior de la ermita, la habían cegado.

—Perdone, no le había visto.

En un instante recuperó la visión y se llevó una sorpresa. Tenía a Raúl frente a frente. El encuentro, de sopetón, le generó a Greta tal arrebató de calor por todo el cuerpo, que no tuvo más remedio que quitarse la chaqueta polar y atársela a la cintura, para quedarse en mangas de camiseta.

—Hombre... ¡tú me persigues!

—Podría ser, pero no es el caso. He perdido mi cámara y creo haberla dejado ahí dentro.

Ella se quedó en medio de la entrada cómo un pasmarote. Raúl le tuvo que hacer un gesto para que se retirase y lo dejase pasar. Greta se asomó al interior de la ermita a mirar cómo él se paraba en el último banco, avanzando e inclinándose, para recoger un bulto del que ni ella ni Marta se habían percatado. A los pocos minutos Raúl regresó con la cámara en la mano.

—Quien no tiene cabeza, tiene que tener pies —le dijo Greta.

Raúl más relajado y con una media sonrisa le contestó.

—Cuánta razón tienes —dijo mirando la cámara que sostenía entre las manos.

Raúl, que estaba apoyado en el lateral de la puerta, empezó a señalar el interior de la ermita con la mano y, con sonrisa traviesa, le comentó.

—Tu amiga está muy concentrada rezando. No me ha oído ni entrar ni salir.

Greta tiró del polar gris que llevaba puesto Raúl, lo arrastró hacia la pared lateral y, sacándolo de delante de la puerta, bajó la voz para que no la oyeran.

—Está muy comprometida con la Iglesia. Estudió música y dirige el coro parroquial. Colabora con Cáritas y ha estado ejerciendo durante un tiempo de catequista. El párroco es el hijo de los vecinos de sus padres. Son amigos desde que nacieron y él ejerce una fuerte influencia sobre sus convicciones religiosas. Creo que es hiperactiva. Lo que llega a estirar esta mujer el tiempo. Hace muchas cosas: lleva la casa, la parroquia y todo sin desatender su negocio. Incluso le da para salir, de vez en cuando, a caminar con nosotras.

Raúl se tocó la barbilla con el pulgar y el índice.

—¡Vaya!, ¿el negocio es de ella o ayuda a su marido?

—¡Que va a ser del marido! Tiene una tienda de lencería y el marido no se asoma por allí nunca. La tendrías que ver en acción. Si entras en la tienda estás perdido porque no te escapas sin comprar.

—No me esperaba que trabajase cara al público, parece estar siempre enfadada.

—No sé lo que le pasa, está rara desde que nos bajamos del tren en Sarria. Normalmente es muy agradable. Ni te imaginas lo que se transforma cuando está al frente de su negocio. En simpatía no hay quien la gane, trata con mimo a todas sus clientas sin excepción. Creo que no está acostumbrada a estar relajada y le pone de mal humor el estar solo andando.

—La verdad es que me cuesta imaginármela detrás de un mostrador a sonrisa puesta.

Lo que ellos no se imaginaban es que Marta los lunes, cuando cerraba la tienda por ser día de descanso, continuaba con el negocio en la trastienda sin parar. Abría la puerta contigua que daba al almacén, donde recibía a las chicas de un Salón de Relax ubicado en Castelldefels. Les ayudaba a elegir sus atuendos de trabajo y a vaciar sus bolsillos. Aparte del coro de la Iglesia, la otra pasión de Marta era ver como se llenaba su caja registradora. Sentía verdadero placer cuando rozaba sus teclas y se abría, con ese particular tintineo, al moverse las monedas del cambio dentro.

En ese instante Marta les pasó casi rozando. No los vio, cegada por el contraste de luz. Raúl presionó el brazo de Greta para alertarle de la presencia de ésta. Marta paró un momento, cerró los ojos con fuerza y los volvió abrir para recuperar visión. Vio a Yolanda sentada en un banco de piedra ubicado en la pared lateral de la ermita, entretenida apurando un cigarrillo. Hans apareció sonriente, como de costumbre, y se sentó al lado de Yolanda. A Marta se le esfumó la relajada sonrisa con la que había salido de sus minutos de recogimiento y pensó: «otro que se nos va a pegar».

Hans se desplazó hacia la punta del banco para dejar sitio a Marta, y mirándole los pies le preguntó.

—¿Qué tal pies?

—Bien, gracias.

—Es crema, mi secreto, yo crema para tú —le señaló los pies—. Tú poner y todo bien.

Hans paro de hablar. Miró fijamente a Marta y empezó a gesticular con las manos y a hablar en inglés. Se percató de que Marta no lo entendía. Ella no hacía ningún esfuerzo por entenderlo.

—Creo que te está diciendo que te dará crema, de esa que te ha puesto antes, para que te cures esta noche los pies —traducía Yolanda.

—Si, si —corroboró Hans.

Greta y Raúl andaban hacia el banco al encuentro del grupo.

—¿Te unes a nosotras para terminar el recorrido? —le preguntó Greta.

Mientras asentía con la cabeza, Raúl levantó la mano y quitó una broza que se



había instalado en el pelo de Greta. La cercanía de Raúl le provocó rubor y se puso en marcha, adelantando unos pasos a Raúl.

Retomaron todos juntos el trayecto. Marta, seria, como si tuviese una pena. Nadie le hacía caso porque pensaban que le dolían los pies. Yolanda caminaba al lado de Hans, éste, con la lengua de trapo con la que hablaba español, intentaba hacerse entender. Yolanda le corregía la pronunciación e intentaba, sin mucho éxito, que él lo repitiera bien. Yolanda reía. Hans reía más alto y, entre risas, no acababan de entenderse. Marta caminaba pegada a Yolanda y se dedicaba a observar sin intervenir.

Greta y Raúl ralentizaron el paso hasta que se quedaron unos metros rezagados. Se pegaron. Se rozaron brazo con brazo y sincronizaron la marcha de sus pasos.

Cuando Greta vio que el grupo de delante estaba a una distancia prudente para que no los escucharan, se dirigió a Raúl.

—Ayer, cuando me contaste el motivo de tu separación, sentí una enorme admiración por la decisión que tomaste. No solo por tomarla, sino también por ejecutarla, que es realmente difícil. Me hiciste reflexionar sobre mi relación. ¡Las veces que he planeado mi vida sin Gabriel! En mi mente lo organizo todo muy fácil y a la hora de la verdad siempre encuentro una excusa para no hacer nada.

—El miedo a salir de nuestra zona de confort nos paraliza. Los cambios no gustan a nadie, nos atemorizan. Mantenerse firme con una decisión y llegar hasta el final, con todas las consecuencias, es difícil y cuesta.

—De tener miedo entiendo algo. Desde que me casé es la primera vez que salgo de viaje sin mi marido. Estuve a punto de no venir para que no se disgustase. Ya tenía inventada la excusa, menos mal que no lo hice. No recordaba lo bonito que es sentirse libre sin tener que dar explicaciones a nadie.

Greta bajó la cabeza y le vino el recuerdo de unos meses atrás, cuando su jefe la llamó al despacho y pensó que quizá había hecho mal alguna de sus tareas. Se encontró sentada delante de aquel joven de piel sonrosada, mofletes redondos y sonrisa de anuncio de dentífrico. Entre palabras halagadoras le ofrecía ser la encargada de la tienda. Para su sorpresa le estaba reconociendo su buen trabajo. Esa noche, durante la cena, Greta, llena de ilusión, le contó a Gabriel los planes de reestructuración de la tienda. Animada, no paraba de charlar explicando la confianza que habían depositado en ella para pilotar el nuevo proyecto. Gabriel la escuchaba con paciencia hasta el momento en que pudo intervenir, entonces, con su peculiar cara de desagrado, le dijo.

—A mí en la central no me han comentado nada. Será mejor que no lo aceptes porque tú eres muy despistada. No estas preparada para asumir tanta

responsabilidad. Afectará a tu grado de implicación y tendrás que dedicar más horas al trabajo. Será muy duro. Sabes que cuando haya urgencias tendrás que estar disponible incluso en tus días libres.

A la mañana siguiente, Greta, se fue al trabajo pensando en decirle a su jefe que le ofreciera el puesto a otro compañero. Gabriel la convenció de que no estaba preparada para asumir tanta responsabilidad. Entró en la tienda decidida a hablar con su jefe. Camino del despacho lo vio venir hacia ella, rechoncho, con traje gris marengo impoluto, la camisa azul cielo acompañada de una corbata a rayas azules y grises. Sonriente, como siempre, se paró frente a ella y le dijo.

—Greta, vamos un momento al despacho. —Al entrar le ofreció asiento y empezó hablar usando sus dotes de orador experimentado—. Esta mañana me han llamado de la Central. Me han apretado con lo de ascenderte. Les he dicho, aunque tú no me hayas dado la respuesta, que has aceptado el cargo. Confío en ti. Hemos trabajado codo con codo y tengo claro que estás capacitada de sobras para ocupar el puesto. Puedes probar un tiempo y si no te gusta o no quieres hacerlo buscaremos a otra persona. Tengo que dejar esta tienda en buenas manos y abrir y organizar la siguiente. Desde hoy ya puedes ocupar este despacho. Luego se lo comunicaremos a la plantilla. Hablaremos continuamente por teléfono y si no hay nada urgente me iré pasando cada quince días. Tendrás todo mi apoyo, te lo prometo.

La voz de Raúl la trajo de vuelta a la realidad presente.

—¿Te pasa algo?, ¿he dicho algo que te haya incomodado? Te has quedado callada de golpe —preguntó Raúl, con cara de preocupación.

—No, ¡qué val!, solo recordaba que hace unos meses me ascendieron en el trabajo y pensaba que no sería capaz de acometerlo. Estuve a un tris de rechazarlo porque alguien me aconsejó que era mejor quedarme en el puesto que estaba y no asumir responsabilidades.

—Me alegro de que tomases la decisión adecuada.

—No la tomé yo, la tomó mi jefe por mí. Las cosas a veces, por casualidad, vienen rodadas y se lo agradezco porque me va muy bien.

—Hablando de casualidades, tengo una compañera de trabajo que es aficionada a la cartomancia.

—¡Vaya! —exclamó Greta—. Me gustan esos temas, aunque no lo menciones delante de Marta, te acusará de satanista.

—Ni se me ocurriría nombrarlo delante de ella, ya me mira mal sin mediar palabra alguna. Ni me imagino si le voy con historias de adivinas. El día antes de venirme al camino, en el descanso del desayuno, mi compañera insistió en echarme una tirada de cartas y salió que conocería a una mujer especial.

—A ver sí lo acierta, porque a mí nunca me han acertado, aunque conocer a gente en el Camino de Santiago es fácil.

—Creo que ya la he conocido.

Raúl se acercó a Greta para rozar con su dedo índice la mano de ella. Greta se puso nerviosa y balbuceó con los labios temblorosos.

—¿Que más te pronosticó tu amiga?

—No dio tiempo a nada más, teníamos que volver al trabajo y yo al día siguiente salía hacia Sarria.

Andaban lentos y acompasados, sin importarles que la distancia con el grupo de delante cada vez fuese mayor.

Raúl miraba a Greta desde todos los ángulos que su disimulo le permitía y con decisión le propuso.

—Si algún día te apetece ducharte en intimidad puedes venir a mi habitación, la bañera será toda para ti.

Greta se quedó sorprendida con la propuesta de Raúl. Lo tenía que madurar. No estaba acostumbrada a que le hicieran proposiciones. No sabía que pensar. Estaba desconcertada. Le dio alegría pensar que despertaba interés en Raúl y le entró temor al pensar que lo conocía de apenas dos días. Era un extraño y se estaba exponiendo a que le ocurriera algo malo. De pronto tuvo miedo a lo desconocido pero una voz rebelde salió de su boca, sin que ella le hubiese dado permiso para hablar.

—Te tomo la palabra. Quizás un día de estos vaya a tu habitación para darme un baño relajante.

Raúl que lo interpretó como lo que era, una afirmación, siguió.

—Cuando vayas a venir me avisas, para organizar una cena sin carabinas inquisidoras —señalando disimuladamente a sus amigas.

Raúl cogió la mano de Greta al vuelo y la apretó con energía. Ella se erizó. El tacto de la mano de Raúl sobre la suya y el roce de sus dedos, le gustó. En un impulso rápido, Greta se soltó, no quería que los viesen y no tenía ganas de dar explicaciones.

Se hizo un de silencio que rompió Raúl.

—¿A qué se dedica Yolanda?

—Es abogada. Trabaja en un bufete —contesto Greta seca y fría.

Greta no entendía por qué le preguntaba por Yolanda. Quizás quien le gustaba era Yolanda. Había cometido un error, se había confiado. Había creído que ella le podía gustar a Raúl. Un hombre atractivo y unos años más joven. ¡Qué tonta que he sido!, se repetía a sí misma una y otra vez. La estaba utilizando para sonsacarle

información sobre su amiga y así allanar el camino. A Greta no le extrañaba que quien le gustase a Raúl fuese Yolanda. La veía guapa, sensual, elegante y lista. Una mujer con clase, soltera y sin compromiso, ideal para él. En ese momento, la voz de Raúl la sacó de esa rueda de pensamientos negativos.

—Te has quedado muy seria, ¿tienes algún problema con Yolanda?

Greta se puso roja de ira, apretó los dientes, se le había creado una fea arruga en el entrecejo y sus ojos de repente se habían achinado. Su expresión era la de un felino a punto de atacar a su presa. Con voz firme, explotó y dijo.

—Quien a lo mejor tiene algún problema con ella, eres tú.

—¿A qué te refieres?, no te entiendo.

—Me podías haber dicho que estabas interesado en Yolanda.

A Raúl le cambió la cara y endureció el semblante. Fijó una mirada fulminante sobre Greta y respondió.

—Te he preguntado por ella solo por cortesía, y porque detrás de su sonrisa hay una persona triste. No tengo interés en ella. Sus ojos son opacos, carecen de vida. Sus poses rígidas le deben de ocasionar más de un dolor de espalda. Me da la impresión de que es una mujer que necesita tenerlo todo bajo control.

En ese instante, cogió fuerte por el brazo a Greta y la empujó fuera del camino hasta colocarse detrás de una arboleda. La abrazó contra su pecho con fuerza. La besó en la frente, en la cara y en la comisura de los labios. Se abrió paso hasta conseguir unir sus labios con los de ella para besarlos tiernamente. Con la lengua se abrió paso hasta conseguir entrar en su boca. Greta no opuso la más mínima resistencia, estaba a su disposición. Se rozaron las puntas de las lenguas, se entrelazaron como si fuesen viejas amigas. Los labios pegados se acoplaron para iniciar un escueto baile. A Greta le entró miedo de repente. Los podían ver. Raúl la tenía agarrada con una mano en la nuca y la otra acompañada, del brazo, rodeando su cintura. Raúl aflojó, Greta se escabulló de su abrazo y corrió hacia el camino lo más rápido que pudo antes de que alguien notara que habían desaparecido. Raúl la siguió, sonriendo.

Greta estaba sofocada y le hacía señales a Raúl para que fuese despacito. Necesitaba recuperar el aliento. En ese preciso momento se giró Marta y les gritó.

—Os vais a quedar rezagados ¡a ver si os dais prisa!, sois dos tortugas, voy más rápido que vosotros y eso que tengo los pies doloridos.

Marta empezaba a aburrirse con la conversación entre Yolanda y Hans. Habían empezado a hablar en inglés. Ella, harta de no entenderles, se dedicó a estar pendiente de Greta y Raúl. Giraba continuamente el cuello hasta que, en uno de los giros, tropezó con un pedrusco de considerable tamaño que estaba medio

hundido en la tierra; tal fue el tropezón, que casi dio con sus huesos en el pedregoso sendero. Ni tropezando dejó de girar la cabeza. Tomó la precaución de parar para ello y se quedó andando sola entre las dos parejas

Greta Ignoraba las miradas de Marta. Mantuvo una distancia prudente entre Raúl y ella para estar más tranquila. Más calmada, empezó a hablar con Raúl sobre Yolanda.

—Creo que Yolanda sufrió mucho con su divorcio. Digo creo porque ella no cuenta gran cosa. Es muy reservada. Le molesta que se entrometan en su intimidad. Alguna vez despotrica de su exmarido, pero siempre referido al niño y lo permisivo que es con él. Me contaron que lo pilló con una de sus amantes en su propia casa. Dicen que fue con la prima de ella, pero yo no lo sé. Estoy hablando por boca de ganso. Lo que sí sé por un amigo, es que su exmarido está imputado en casos de corrupción. Parece ser, que por adjudicar obras a dedo cuando era concejal de urbanismo.

## -Capítulo 4 -

### Sincerarse

Acababan de pasar por el lado de un letrero que indicaba «Palas de Rei», Raúl lo observó y fue consciente de que el trayecto había finalizado y apurando los últimos minutos le preguntó.

—¿Nos vemos esta noche?

—Mejor mañana, así Marta se relajará un poco, hoy está muy tensa.

Aceleraron el paso para alcanzar a los demás. Raúl se despidió al entrar por la calle principal de Palas de Rei.

Marta relajó los músculos contraídos de la cara y sonrió para despedirle. Interpretó que Raúl no molestaría, por lo menos no esa noche.

Greta miraba como Raúl caminaba por una calle estrecha flanqueada por casas de piedra caliza muy bien cuidadas. Algunos de los balcones estaban llenos de ropa multicolor tendida. Greta sintió un impulso irrefrenable y gritó.

—¡Raúl espera! —Raúl se paró en seco, se giró y sonrió.

Greta corrió hacia Raúl esforzándose en alcanzarle. Al llegar a su altura se sostuvieron la mirada. Greta sonrió y le dijo.

—Prepara cena para mañana. Si la oferta sigue en pie, me gustaría usar tu bañera.

A Raúl se le iluminó la cara y afloró una pícaro sonrisa.

—Estoy deseando que llegue mañana. Si no coincidimos en el trayecto, estaré esperando a que lleguéis a la entrada del pueblo.

—Entonces, hasta mañana —contestó Greta.

Greta caminó hacia sus amigas, al segundo paso se dio media vuelta para ver si Raúl la miraba. Se encontró con dos ojos pardos observándola, ella le guiñó uno de sus ojos verdes de gata. Greta volvió sobre sus pasos, éstos ahora eran animados y saltarines. Se acercó a sus amigas que se estaban despidiendo de Hans. Hans esa noche se hospedaba en otro albergue y no coincidirían.

Greta entró en la habitación, cogió sus cosas apresuradamente y, sin entretenerse, se fue a las duchas. Mientras se vestía a toda marcha les dijo a las chicas.

—Me voy a la farmacia a comprar algo para el dolor de cabeza, de paso puedo traer lo que Marta necesite para las curas de los pies o lo que me digáis.

—De acuerdo, trae vendas. Es lo único que nos hace falta, porque Ibuprofeno tenemos y Hans nos ha dado crema de la suya que va genial —contestó Yolanda.

—¿No te va bien el Ibuprofeno para el dolor de cabeza?

—No, Marta, yo necesito drogas duras, eso a mí no me hace nada.

Camino a la farmacia recordó el beso de Raúl. Pensó en lo mucho que te cuenta un beso. Se acordó de cuando a sus dieciséis años salió con un chico del instituto. En el momento en que él la besó supo que no quería estar seguir viéndole. Al día siguiente le dijo que la relación se había terminado. El chico nunca más le habló.

Entró en la farmacia con decisión. Ni ella sabía lo que estaba buscando. No cogió tanda, se dedicó a mirar por las estanterías llenas de productos en exposición. Se paró delante de un estante repleto de cosmética de una firma francesa. Greta siempre había querido probar un producto de la misma. Le llamó la atención un bote rectangular con tapón dorado y una inscripción que ponía «Huile Prodigieuse». Cogió la muestra y leyó que era aceite seco corporal. Se roció el brazo con él y lo extendió con la mano. El aceite penetró rápidamente en su piel dejándola aterciopelada. Las notas olorosas la transportaron a un espacio de seducción, resultado de la mezcla de frutas cítricas y flores dulces. Eso es lo que buscaba para la cita. Con esa muestra en su brazo ya se sentía atractiva. Estaba contenta. Cogió un bote de la estantería y se puso a la cola. Lo pagó, lo metió en el bolso y salió de la farmacia dando saltitos como una niña con zapatos nuevos. Llegando al albergue, se acordó que no había comprado las vendas para Marta. Faltaban diez minutos para las 20:30 hora de cierre de la farmacia. Greta arrancó a correr y llegó justo cuando salía el último cliente. Pidió una caja de Espidifen y las vendas, en medio de disculpas por no haberlo pedido antes. Se había sofocado con el despiste. Camino de vuelta al albergue se fue relajando pensando en lo bien que olía. Estaba satisfecha con la compra. Se encontró a Marta y Yolanda en la salita, sentadas en el sofá. Compartían una vieja revista que alguien había dejado olvidada. La estaban esperando para irse a cenar.

Entraron en un restaurante que un compañero de trabajo de Yolanda, le había recomendado. Estaba repleto de gente. Una camarera morena, rechoncha y enfurruñada, les advirtió, de mala manera, que tendrían que esperar un buen rato. A lo que Yolanda comentó.

—Esta mujer es un poco borde. Porque estoy muy cansada, si no me marcharía.

—Un poco no, bastante. En otras circunstancias yo también me iría. Pero ahora no tengo ganas de dar vueltas buscando donde cenar. Lo que quiero es cenar rápido e irme a dormir —se quejó Marta.

Se sentaron a esperar su turno en un banco de madera que adornaba la entrada.

—Esta mujer está siendo desagradable con los clientes. La estoy observando y no se corta ni un pelo —comentó Greta.

Pasados veinte minutos, la mujer les hizo indicaciones para que pasasen. Las acomodó en una mesa dispuesta en un rincón. Les dejó las cartas mal puestas encima de la misma. Al cabo de diez minutos regresó porque suponía que ya debían saber lo que pedirían. De pie, delante de la mesa con la libreta en una mano y un bolígrafo en la otra, iba apretando el bolígrafo contra su pierna, sacando y metiendo la punta con un klik, klik, klik, molesto. Las estaba apremiando con el klik, klik, klik, a pedir. Les tomó nota de ensalada para compartir y un guiso de ternera gallega con patatas. Una botella de vino tinto de la carta y agua. No querían postre, pero al final la gula se despertó y terminaron pidiendo unas cuajadas con miel.

La mujer les montó la mesa sin mirarlas. Al contrario que ellas, que la inspeccionaron de arriba abajo sin dejar milímetro por escudriñar.

Cuando la mujer hubo servido las bebidas y los platos de guiso, se retiró a toda velocidad. Greta, con la risa floja y tapándose la boca, empezó a decir.

—¿Os habéis fijado en el pedazo de bigote que luce? —no podía parar de reír—. Si te da un beso, te cepilla la cara con semejante mostacho.

—Que mala eres Greta —saltó Yolanda.

—¡Que va a ser mala!, ésta no se ha depilado en la vida; si es uniceja. Menuda alfombra le cubre los brazos y piernas. Le podemos regalar una cuchilla a ver si se da por aludida —intervino Marta.

—Igual tiene algún problema hormonal —la defendió Yolanda.

—Claro que tiene un problema, se llama mala educación. Nos ha atendido con desgana. Ha sido desagradable. No entiendo cómo tienen personas así cara al público —dijo Greta.

—No levantes la voz. Con lo recia y grandota que es, si nos oye, nos la lía y no



estamos para mucha juerga —comentó Yolanda tapándose la boca para que no la vieran reírse.

Empezaron a reír las tres a la vez. Imaginándose amenazadas por la camarera y saliendo del local trasquiladas.

El silencio interrumpido por las cucharas rozando el plato, volvió a la mesa. Marta se encargó de que éste durara poco.

—Nos has abandonado a medio camino por tu amigo. Parece que habéis congeniado. Yo de ti no le prestaría tanta atención, igual te llevas un chasco.

—A ver, Marta, estoy a punto de cumplir cincuenta años y ya no estoy para juegucitos de patio de colegio. Esos ya los viví cuando tocaba. Así que hazte un favor. Disfruta del viaje.

—Tengamos la cena en paz, chicas. Lo bonito del camino es compartir experiencias con los otros peregrinos y charlar con unos y con otros, es lo normal. No hacemos el camino solas —apuntó Yolanda.

—Solo he intentado alertarla. Hay mucho aprovechado suelto y como siempre dice mi madre: «piensa mal y acertarás».

—Muchas gracias Marta por preocuparte por mí. Se cuidarme sola, además soy mayor que tú y los refranes no siempre tienen la razón —dijo Greta empleando un tono chascarrillo.

—No nos llevamos mucho, sólo eres un año mayor, yo tengo cuarenta y ocho y tu cuarenta y nueve —dijo Marta

—Así que la más pequeña soy yo —intervino Yolanda.

—No mucho más pequeña, tienes cuarenta y seis. Estamos en la flor de la vida, en lo mejor como tú dices —añadió Greta.

Greta reparó en que Raúl y Yolanda tenían la misma edad y que Raúl era tres años menor que ella. En ese instante se sentía tan joven que el tema de la edad había dejado de tener importancia para ella.

Pidieron la cuenta. No dejaron ni un céntimo de propina y se fueron.

-∞-

Ya en el albergue, Yolanda salió a la puerta a fumar. Greta la siguió con dos copas en mano, que había cogido prestadas de la cocina del albergue y la media botella de vino de variedad Mencía que les había sobrado de la cena y le dijo.

—Se creía «la bigotes» que le iba a dejar media botella de este vino tan rico, de eso nada.

Llenó las copas, dejó en el suelo la botella, le puso una en la mano a Yolanda y brindaron por la amistad. Yolanda dando vueltas a la copa, pensativa, preguntó.

—¿Pasa algo entre Raúl y tú?, ¿o es sensación mía?

Greta torció la boca con un gesto de desagrado que la delataba y le contestó.

—De momento, sólo somos amigos —fingió una sonrisa, no le interesaba seguir hablando de si misma, no tenía claro si podía confiar sus sentimientos a Yolanda y desvió la conversación—. Con quien sí tendría algo es con ese jefe tan guapo que tienes. No sé cómo puedes trabajar con él todo el día sin descentrarte.

Yolanda sonrió.

—Es buena persona. Vive por y para el trabajo. Para él no existe nada más. Trabaja de lunes a domingo. Yo le iba genial. Así tenía solucionado el tema afectivo sin salir de la oficina. Era estar las veinticuatro horas del día trabajando. Ni te imaginas el tostón que era, no desconectaba ni un minuto. Era de locos y me empezaban a molestar de él hasta los bostezos.

Greta se sorprendió. No sabía que Yolanda había tenido una relación con su jefe. Yolanda bebió un sorbo de vino y continuó.

—De eso hace tiempo. Estaba recién separada y me agarré a él como te agarras a un salvavidas cuando se hunde el barco. La verdad es que creo que no me gustaba lo suficiente. Hemos quedado como buenos compañeros de trabajo. Lo que si hago es mantener las distancias y que corra el aire porque, si le dejase, no le importaría de vez en cuando arreglarme el cuerpo.

—Eres toda una caja de sorpresas —dijo Greta.

Se echaron a reír y entre sorbo y sorbo se vació la botella y las copas.

Greta, animada por la confesión de Yolanda, valoró el sincerarse con ella y pasados unos minutos le dijo.

—Raúl me ha invitado a cenar, nos estamos haciendo buenos amigos.

—Tenía la sensación de que entre vosotros se estaba cociendo algo. Ten cuidado, podéis salir perjudicados varios.

—Sabes que soy muy intuitiva y me da buenas vibraciones.

—Lo que te ocurre no es que te de buenas vibraciones, es que te hace vibrar, que es otra cosa, que la policía no es tonta.

—Solo vamos a cenar. Y si la cena da paso a algo más... Como decían el otro día los chicos malagueños: «lo que pasa en el camino se queda en el camino». De los jóvenes también se aprenden cosas.

Yolanda empezó a bostezar y Greta la imitó. Víctimas del cansancio y el sopor del vino se fueron a dormir.

## -Capítulo 5-

*Palas de Rei-Arzúa 29 km/6-7 h*

Ignoraron las alarmas musicales de sus móviles y siguieron durmiendo. Una hora más tarde, sobresaltadas, se dieron cuenta de se les había echado el tiempo encima. Las habían llamado los chicos del coche de apoyo porque necesitaban cargar las mochilas para salir. Las esperarían durante media hora más. Para que se dieran prisa, las amenazaron con salir sin sus mochilas. Les tocó correr. Tuvieron que soltar de sopetón la piel de oso perezoso que las envolvía. Marta entró en pánico con solo pensar que tendría que acarrear las dos mochilas. No quería hacer sufrir a sus pies magullados. Lograron preparar las mochilas en tiempo récord. Las cargaron en el coche y se volvieron al albergue, tranquilamente. Allí quedaban cuatro rezagados y ellas. Tomaron café, se activaron y por fin se pusieron en marcha. Les costó coger el compás, era el tercer día y empezaban a notar el cansancio. Marta disminuyó el ritmo desde el día en que le salieron las ampollas en los pies. Notaba, de vez en cuando, pinchazos en los pies, las ampollas estaban presentes, pero no se quejaba, lo podía resistir.

Se encontraron a los Malagueños, descansando al lado de la carretera, en una pequeña explanada entre la hierba. Los chicos estaban tumbados en el suelo y las chicas estaban sentadas en postura flor de loto una frente a la otra charlando.

—Mirad los chicos —dijo Greta con la ilusión de quien se encuentra a alguien que le cae bien.

—Vamos a saludarlos —dijo Yolanda.

Se acercaron las tres a ellos y Greta les dijo.

—Nos habéis dejado plantadas, ¿en qué Albergue habéis dormido?

—En uno a las afueras. Hemos estado tranquilos y no había aglomeración de gente —contestó el chico de aspecto más adulto.

—Siempre os encontramos descansando. Ánimo chicos, que nos queda mucho recorrido —les increpó Marta.

El chico moreno, de barba tupida, con aspecto de ser el mayor del grupo, contestó.

—Es por culpa mía yo los retraso.

—Pues, con lo mayor que eres, a ver si te pones las pilas.

La niña morena con un gran parecido al chico, abrió sus ojos negros igual que un personaje femenino de un comic de manga y salió en defensa de éste.

—No puede andar más rápido y a veces necesita descansar.

—¿Le pasa algo? —preguntó Marta—. A lo peor le ha pasado como a mí que me han salido ampollas en los pies. Si quieres nosotras te podemos ayudar —Marta para de hablar, sonrío y rectifica—. Bueno nosotras no, que ya me estaba poniendo méritos. Hans me curó los pies ayer y hoy estoy en marcha sin problemas. Si quieres hablamos con él para que te cure. Miró al chico con lástima.

Al chico le hizo gracia ver tanta buena disposición por parte de aquellas mujeres en querer ayudar a toda costa. Se puso en pie y se levantó el pantalón por las pantorrillas para enseñarles toda una serie de cicatrices que empezaban en los tobillos y se perdían debajo del pantalón, dirección a las ingles.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Marta—. Siendo consciente en ese momento de su metedura de pata incitando a los chicos a moverse pensando que eran unos perezosos.

—Tuve un accidente de moto. Hace cuatro años me rompí por varios sitios las piernas. Me han realizado varias operaciones y me dijeron que seguramente tendría que llevar muletas para el resto de mis días. No me resigné a tener que ir en muletas. Me centré en el deporte haciendo natación al principio. Luego empecé a andar pequeños recorridos con las dos muletas. Al año ya andaba con solo una y, con el tiempo, deje la otra. Le hice una promesa a mi hermana —señalando a la chica morena de ojos manga—. Le prometí que cuando dejase las muletas haríamos el Camino de Santiago juntos. Ella me acompaña junto a su novio —señaló a un chico rubio, con apariencia nórdica, que seguía estirado en la hierba descansando—. La otra pareja son unos amigos de mi hermana y su novio que se han querido unir a la aventura. Estos son los amigos que tengo ahora. De mis amigos de antes del accidente no me queda ninguno. Al principio todos vienen a verte al hospital. Luego siempre queda alguno que sigue visitándote en tu casa. Con el tiempo, como cada uno tiene su vida, la gente termina por olvidarse de los que no pueden compartir las mismas rutinas diarias. En esos momentos es cuando te das cuenta de quien son las personas que realmente están cerca de ti. De quien te aguanta cada uno de los días malos del año y te da ánimo. La familia es la que te saca las castañas del fuego cuando los demás desaparecen. La de veces que me he arrepentido de haber sido tan rebelde y de no haber hecho caso a mis padres en su día, ellos querían que estudiase y yo

estaba más por la fiesta que por aprender.

—Siempre se está a tiempo si quieres aprender. Una vez recuperado puedes volver a estudiar —le dijo Yolanda.

—Es lo próximo que tengo pendiente de hacer. —El chico le guiñó el ojo.

—Estoy segura de que tu familia se siente orgullosa de ti y lo que has conseguido. Yo, como madre, si tuviese un hijo con tanto coraje lo estaría —dijo Greta emocionada.

—¿Estas bien del todo para seguir con el camino? —preguntó Yolanda.

—Sí, estoy bien a pesar de que ayer fue muy dura la etapa y había muchas cuestras, ¡que os voy a contar! —Sonrió — Hoy nos lo estamos tomando con más calma.

—Nosotras sí que nos lo hemos tomado con calma, casi se nos escapa el coche de apoyo sin nuestras mochilas porque nos hemos quedado dormidas —dijo Yolanda.

—Hay que tomárselo, como nosotros, con tranquilidad —dijo el chico.

—Nosotras tenemos que seguir. Si nos paramos a descansar luego no habrá quien nos levante —insistió Greta.

Los chicos se quedaron descansando y ellas continuaron su camino.

-∞-

Pararon en una fuente, Greta, al ir a beber, se balanceó hacia delante porque había puesto en mala posición los pies y se mojó. Cuando lo vio le dio rabia y en voz alta dijo.

—¡Ya me he mojado los pantalones!

—Eres igual que un potrillo, andas sin mirar donde pones los pies, te has levantado torpe esta mañana —Yolanda le dio un toque de atención.

—Creo que no llevamos pantalones de recambio. Tendrás que ir mojada a no ser que nos encontremos a Hans y te preste unos —dijo con chanza Marta.

Greta se tocaba las rodillas mojadas y al ver el cachondeo que se traían Yolanda y Marta, dijo.

—Aunque me dejase Hans uno de sus pantalones no serviría de nada. No creo que me quepan. Tengo el culo más gordo.

—Eso sí, culona eres un rato —se burló Yolanda

—Es que soy de origen cubano.

—Ah, ¿sí? —dijo Marta intrigada y prestando atención por si contaba algo

más.

—¡Que va a ser de origen cubano! No te das cuenta de que nos está tomando el pelo.

Greta, esa mañana, estaba especialmente torpe. No era capaz de disfrutar de un paisaje que, en otras circunstancias, le hubiese fascinado. Se estaba perdiendo una parte bonita del viaje porque toda su atención estaba centrada en buscar excusas que darle a Marta para poder irse de cena con Raúl. No encontraba un pretexto lo suficiente creíble para que Marta lo aceptara. En el fondo Greta sabía que dijera lo que dijera a Marta, no se lo iba a creer. Todas estas cavilaciones la derivaron a su pasado. Cuando tenía que elaborar justificaciones para llegar una hora más tarde a casa de sus padres. Persuadir a su madre, a espaldas de su padre, para quedarse a dormir en casa de alguna amiga con padres más permisivos que los de ella. Así poder salir a bailar durante toda la noche sin hora de regreso a casa. Hasta que un día la madre de su amiga se encontró con la suya y le contó lo de las salidas nocturnas y de las horas de llegada. La arrestaron sin dejarla ir a dormir a casa de ninguna amiga, hasta que tuvo novio y ya no le hizo falta.

-∞-

Se acercaban a una población y el camino se había llenado de cultivos. El aire olía a laurel y camelias. Cruzaron grandes prados donde pastoreaban unas vacas que, acostumbradas a los paseantes, las miraron con total indiferencia.

—Greta, ¿cómo está tu amiga Mercedes? —preguntó Marta.

Greta, ausente, dando vueltas en su cabeza a posibles excusas que entraban y salían a la velocidad del viento, contestó.

—¿Cómo?

—Tu amiga, Mercedes, ¿Qué sabes de ella? —repitió Marta con insistencia.

—Hace un mes que no sé nada de ella. De un día para otro, empezó a tener cosas pendientes que hacer y sitios donde ir. Cada vez que quedábamos le salía algo urgente y posponía nuestra cita. Me cansé y la dejé de llamar. Luego caí en la cuenta de que, desde el día en que le expliqué que nos marchábamos de viaje, no me había llamado ni una sola vez. Era yo la que mostraba interés en vernos. Cambió radicalmente de actitud conmigo de la noche a la mañana —Greta las miró y preguntó—. ¿Sabéis algo de ella?

—No, yo antes me la encontraba por las mañanas en la cafetería, cuando bajaba a desayunar. Creo que dejó de ir porque no me la encontré más. A veces te

crees que tienes amigas pero, simplemente, son conocidas y algunas de lejos. Yo tuve un disgusto con Tere, la recepcionista de la oficina de al lado del bufete, la de la empresa de Marketing. Nos hicimos íntimas, al separarme de mi marido le confié mis problemas. De la noche a la mañana los compañeros de la oficina me miraban raro. Al principio pensé que eran manías mías. Era ella que se encargaba de contar todo lo que le contaba por todo el vivero empresarial. Al empezar a salir con el director del Santander se lo conté, y ahí fue cuando dejó de hablarme. Un día, la recepcionista de nuestro bufete me contó que andaba poniéndome de vuelta y media. Vaya amiga. Pensé en matarla. Cuando se me pasó el enfado empezó a darme pena. Lo que tenía era celos. Me daba pena porque tenía celos, precisamente, de una persona a quien todas las relaciones le salían mal. No creo que ella fuese consciente de lo mal que yo lo estaba pasando.

—Quien sabe si sería de todo un poco. Abogada de éxito. Y vas y te ligas al soltero más codiciado —dijo Marta.

—Sigo pensando que fue una mala amiga. Ella es guapa e inteligente, no tiene nada que envidiarme. He llegado a la conclusión que es una de esas personas que disfruta trayendo y llevando chismes, mejor mantenerse lejos de ella.

—¿Qué has hecho?, ¿le has dejado de hablar? —preguntó Marta.

—No, mantengo las formas con ella, simplemente no salgo con ella. No me fio, es una alimaña y prefiero tenerla controlada. De la gente así hay que alejarse y tener cuidado. Le cuento cosas cuando lo que quiero es que se entere todo el edificio.

—Yo con Mercedes siempre me he portado bien —intervino Greta—. Creo que ella pensaba que yo era de su propiedad y que tenía la obligación de llamarla hasta para ir a la vuelta de la esquina. Tengo que confesar que a veces me ahogaba.

Marta, con semblante preocupado, dijo.

—Me pasó algo parecido con Marisa. Quería ser su amiga a toda costa. Le hacía regalos en cada cumpleaños. Ella no se acordaba del mío. Quería quedar con ella todos mis momentos libres y ella me esquivaba. El quedar siempre partía de mí. Creo que llegó a pensar que me había enamorado de ella. —Greta y Yolanda empezaron a troncharse de la risa y hacer bromas sobre Marta acosando a la tal Marisa por amor—. No os riais, lo pasé fatal, hasta le regalé un conjunto de ropa interior de Lise Charmel, que es una de las mejores firmas y más caras que tengo en la tienda.

—No me extraña que pensase que estabas enamorada de ella, con un regalo así de sexy y sugerente —dijo Greta sin parar de reír.

—Desde luego que es cara esa marca, menuda clavada me metiste —reprochó

Yolanda.

—La verdad es que estaba empeñada en ser su amiga a toda costa. Lo que me pasaba es que la admiraba y me quería parecer a ella. Deje de llamarla y ahora somos las típicas conocidas de saludos. Creo que ni le caía bien.

—Hay personas que aparecen en nuestra vida en momentos puntuales. Algunas dejan un buen sabor de boca y otras pasan como fantasmas. Tengo claro que todos nos aportan algo o nosotros se lo aportamos a ellos. Cuando se termina el periodo de aprendizaje se van —dijo Yolanda.

—En cambio yo tengo amigas desde parvulitos que nos vemos una o dos veces al año y siempre están ahí. Cada vez que nos encontramos es como si no hubiese pasado el tiempo —contó Greta.

—Esas son las relaciones bonitas, las que son duraderas —dijo Yolanda.

Marta que estaba atenta, con los ojos brillantes y a punto de soltar líquido salado por el lagrimal, con la voz pesarosa, confesó.

—Yo no he tenido amigas aparte de la que casi secuestro. He estado demasiado ocupada con mi madre, el trabajo y las obligaciones que me he impuesto en la Iglesia, lo más parecido a unas amigas sois vosotras.

Greta se acercó a ella y la abrazó, Yolanda se unió y dieron vueltas, abrazadas como amigas reencontradas.

-∞-

Les quedaba poco para finalizar la etapa. Estaban paradas sobre un puente medieval contemplando las pintorescas casas de pizarra del pueblo de Ribadiso. Se dibujaban dos figuras a lo lejos que se acercaban en línea recta hacia ellas.

—Esos dos que vienen hacia nosotras, si mis ojos no me engañan, son Hans y Raúl —anunció Yolanda girándose hacia sus compañeras, sonriendo y hundiendo su mirada en los ojos de colores de Marta.

A Marta se le heló la mirada y en su boca se perfiló una mueca de fastidio.

A Greta se le aceleró el flujo sanguíneo hasta tal punto que, por un momento, temió que los demás oyeran el bombeo de los latidos de su corazón acelerándose.

Se acercaron Raúl y Hans con las manos levantadas saludando. Era un encuentro de amigos. Era la primera vez que se saludaban intercambiando besos en las mejillas. Raúl aprovechó el momento en que se acercó a Greta para saludarla, le cogió la mano y le dio una servilleta de bar doblada. Greta la ocultó en el bolsillo de su pantalón con rapidez. Se iba llenando de curiosidad por saber



el contenido de la servilleta. De vez en cuando se colocaba las manos en el bolsillo depositario de la misma para tocarla con la punta de los dedos y comprobar que seguía en su sitio.

Hans preguntó inmediatamente por los pies de Marta y Yolanda se sumó a la conversación. Yolanda tenía mucho interés en hablar con Hans, quería descubrir de qué estaba compuesta la pomada que le salvó los pies a Marta. Por mucho que insistiera Yolanda, Hans no le podía revelar la fórmula de la crema porque ni él la sabía. La había comprado en una aldea del Pirineo Catalán, en un puesto del mercado semanal, a una mujer que decía era una «*trementinaire*».

Raúl y Greta empezaron a caminar dirección al pueblo sin esperar al resto.

Yolanda, Marta y Hans estaban haciendo planes para ir a cenar todos juntos, incluyendo en el grupo a Raúl y Greta, sin consultar con ellos y dando por hecho que no tenían nada mejor que hacer. Hans recomendó ir a un restaurante en donde estuvo la vez anterior, del cual quedó muy satisfecho. Un sitio con buen precio, buen servicio, comida de calidad y una carta con variedad de vinos gallegos. Apresuraron la marcha y alcanzaron a Raúl y a Greta. Ellas se quedaron en las afueras del pueblo buscando el albergue. Hans y Raúl continuaron adentrándose en las calles que conducían al centro.

## -Capítulo 6-

### La cita

Greta, Yolanda y Marta llegaron al albergue. Se encontraron en la puerta al coche de apoyo. Los chicos encargados de transportar las mochilas ya eran como de la familia. Bromearon unos minutos con ellos y se fueron con los bultos a la habitación.

Al llegar a la habitación, Greta se dio prisa en sacar sus cosas e irse a las duchas. Camino de las duchas se sacó la servilleta doblada del bolsillo del pantalón. Estaba escrito, con letra clara, un número de móvil, una hora, una dirección y una frase que decía: cuando me añadas a tus contactos mándame un saludo por el WhatsApp así te ficharé.

Greta 19:11

Hola, fichame.

Espero me des bien de cenar.

Estoy hambrienta.

Raúl 19:12

Ya estás fichada.

En este hostel tienen buena cocina.

Nos vemos a las nueve.

Te mando la ubicación.

Greta entró en las duchas. Eran nuevas, estaban alineadas una al lado de la otra, separadas por tabiques forrados de gresite y las puertas de cristal opaco, para

preservar la intimidad. A Greta le gustó la disposición de los aseos y duchas. Lo que más le gustó fue no haberse encontrado a nadie utilizando las instalaciones en esos momentos. Todavía no tenía la excusa adecuada para darle a Marta cuando le dijera que se iba a cenar con Raúl. Estaba bajo la ducha, el agua tibia le caía por la cabeza mojándola entera. Su mente no paraba de darle vueltas hasta que se dio cuenta del error que estaba cometiendo. ¿Quién era Marta para tenerle que dar excusas de lo que ella quería hacer? No tenía por qué darle explicaciones sobre sus propósitos. Nadie, no era nadie. Era una conocida con la que salía a andar. Con la que llevaba años hablando de deberes de niños, recetas de cocina y poco más. Con el agua deslizándose por encima, lo vio claro. Le diría la verdad en el último momento y se marcharía sin escucharla. Estaba decidido.

Al salir de la ducha, una vez seca, sacó el bote de aceite del neceser. Se entretuvo en rociarlo por su cuerpo y esparcirlo con las manos. Le dejó la piel fina y suave. Le fascinaba el olor de la mezcla de flores dulces y cítricos que dejó en su cuerpo. Era un aroma perfecto para su cita. Con tantas cavilaciones no se había dado cuenta que Yolanda y Marta habían entrado ocupando las duchas del final. Aparecieron, envueltas entre toallas, secándose. Lo primero que hizo Yolanda fue mirar fijamente el bote de aceite. Tenía un dibujo divertido y llamativo serigrafado en negro de una chica tumbada en una hamaca leyendo un libro al sol. Yolanda estiro el brazo y agarró el bote para mirarlo de cerca. Marta fijó la mirada en las manos de Yolanda y dijo.

—¿Qué es lo que hay en ese bote? Ha dejado un olor buenísimo.

Yolanda estaba entretenida con el dibujo de la chica que ocupaba la cara delantera e, inmediatamente, al oír a Marta le dio la vuelta al bote para leer los componentes y usos.

—Es un aceite hidratante en seco, es francés —pone boca de piñón y pronuncia—: «Huile prodigieuse». Aquí dice que te deja la piel como la seda, sirve para la cara, el cuerpo y el pelo. Debe ser buenísimo, la cosmética francesa es de las mejores.

—No sabía que eras tan refinada, Greta. Ni yo conocía la existencia de este producto —dijo Marta.

Marta y Yolanda estaban alrededor del bote de Greta, curioseando con avidez. Greta se había quedado inmóvil. Les quería quitar el bote de las manos y gritarles que lo dejaran en su sitio. Gritarles que la dejaran tranquila. Empezó a contar hasta diez. Estaba a punto de explotar y no tenía ganas de crear un conflicto antes de irse a cenar con Raúl. Cogió el peine y empezó a desenredarse el pelo sin perder de vista a sus compañeras de viaje.

Yolanda seguía con el bote en las manos y se giró hacia Greta.

—Cómo te los gastas. Esto es caro —le dijo moviendo el bote.

—Lo vi el otro día, estaba de oferta, y lo compré —mintió.

—¿Puedo ponerme un poquito? Me muero por probarlo.

—Yo también quiero probarlo, si no te sabe mal —se apuntó Marta.

Greta se sintió tan pillada que no le quedó más remedio que ceder. En ese momento lo que quería era perderlas de vista a las dos para no matarlas. Casi las fulmina con la mirada cuando le devolvieron el bote medio vacío. Con temple siguió arreglándose la melena. Se centró en pensar en lo que se iba a poner, no podía hacer milagros, en la mochila había lo justo. Todo era ropa deportiva. Echaría mano de los tejanos que siempre quedaban bien con cualquier camiseta y un polar por encima. Se pondría unas deportivas blancas, aunque le hubiese gustado llevar unos zapatos de tacón.

Al volver a la habitación se acabó de arreglar, se miró al espejo y pensó que ya estaba lista. Había llegado el momento de decirles a las dos que se iba a cenar con Raúl y de salir a toda prisa. Ordenó sus cosas y dejó el bolso cerca. Todo calculado para salir sin dar tiempo a reaccionar. En ese preciso instante sintió una vibración en el bolsillo trasero del tejano. Era el móvil. Lo cogió y seguidamente sacó unas gafas del bolso y leyó de quien era el mensaje.

Raúl 20:03

Ha venido Hans al hostel. Dice que ha quedado con vosotras para ir a cenar todos juntos. Que contaban con nosotros.

Greta 20:04

Yo no sabía nada.

Raúl 20:05

Se ve que lo habían planificado, durante el último trayecto, mientras nosotros íbamos delante.

Greta 20:06

Estas dos no me han dicho nada.

Raúl 20:07

¿Les habías dicho que habíamos quedado?

Greta 20:08

No

Raúl 20:09

Si no sabían nada de nuestra cita. Han dado por hecho que iríamos. Nos vemos ahora.

Greta 20:10

Hasta ahora.

Greta guardó el móvil en el bolsillo. En esos momentos las odiaba a las dos. Marta se acercó a Greta y le dijo.

—¿Te encuentras bien? Tienes mala cara.

—Me duele la cabeza —mintió, estaba enfadada y frustrada.

Greta se tomó un Espidifen y preguntó.

—¿Dónde vamos a cenar?

Yolanda y Marta se miraron una y otra vez sin decir palabra. No le habían dicho a Greta que habían quedado con Hans y Raúl para cenar.

—¿Qué pasa?, ¿por qué os miráis así?

—¿Te hemos dicho que hemos quedado con Hans para cenar todos juntos esta noche? —preguntó Yolanda.

—No, no me habéis dicho nada.

—Claro como estabas tan entretenida con Raúl no lo has oído —pinchó Marta.

—Creo que me lo tendríais que haber dicho, pero da igual, salgamos, que tengo ganas de tomar el aire a ver si se me pasa el dolor de cabeza.

-∞-

Llegaron a la puerta del restaurante y allí estaban, plantados como dos postes de luz, Hans y Raúl.

Se acercaron y se saludaron de nuevo efusivamente cómo si hiciese tiempo que no se veían. Raúl en medio de ellas inspiró varias veces y dijo.

—¡Qué bien huele! ¿Quién es la que lleva ese perfume?

Yolanda y Marta se miraron y empezaron a reír. Greta se estaba preguntando

porque no las había matado.

Empezó a sonar la música del móvil de Greta. Lo sacó de su bolsillo trasero del pantalón, lo miró y puso más cara de fastidio, si era posible. Era Gabriel. Los demás la estaban mirando a ver si contestaba. Se retiró un poco del grupo para poder hablar.

—Hola, Gabriel.

—Hola, Greta. Hoy me han llamado del hospital y me han dado cita para la semana que viene. Me ha parecido raro porque me han adelantado la hora para darme los resultados de las analíticas que me hicieron la semana pasada. Esto me huele mal. Estoy disgustado y nervioso.

—Como ya estaré de vuelta te podré acompañar. No te preocupes, puede que te quieran hacer alguna prueba de rutina para tener una información más completa.

—Sospecho que me han salido las analíticas alteradas. Pienso que seguramente será a causa del disgusto de que te fueras.

—Gabriel, no sabes el motivo por el que te han adelantado la cita. Creo que te estas pasando. Seguramente el hecho de que hayas estado comiendo y bebiendo lo que te haya dado la gana te habrá afectado a la analítica. Te dejaron bien claro que había que seguir la dieta. Sabes de sobra, con tus antecedentes, que estás obligado a cuidarte y no lo haces.

—No me explicado bien, lo que quería decir es que, al no estar tú en casa, he comido peor.

—Gabriel, ¿qué me estas intentando contar?, comes fuera de casa todos los mediodías y solo estás para las cenas. Eres tú el que tiene que sacrificarse, dejar de tomar bebidas con alcohol y privarte de determinados alimentos. En dos días estaré de regreso y ya te haré la dieta para que te la saltes.

—Greta, te noto alterada.

—Lo que estoy es cansada. Me ha molestado que intentes culpabilizarme de problemas en los que yo no tengo nada que ver. Me esperan para cenar. Mañana te llamo.

Cuando terminó de hablar estaba blanca como el papel de fumar. Se le acercó sigilosa Yolanda y le preguntó.

—¿Pasa algo? Tienes muy mala cara.

—Sí, a Gabriel le han adelantado la visita del Nefrólogo, lo están controlando en el Hospital de Bellvitge. Cuando vayamos nos enteraremos, espero que sea por alguna nueva prueba o para controlarle mejor la dieta.

—¿Está enfermo?

—Le están controlando porque tiene un problema congénito de insuficiencia renal.

—No nos habíais dicho nada.

—No lo comentes, no quiero hablar de ese tema esta noche. Creo que no toca. Ya lo hablaremos con más calma en otro momento.

El restaurante se encontraba en un edificio rústico. Entraron en un comedor en el cual había una pared principal revestida de piedra con una chimenea, con fuego de leña. Las otras paredes estaban pintadas de color ocre. Los cantos de las dos columnas situadas en el centro habían sido revestidos de madera. Las mesas y las sillas del comedor, hechas de madera de castaño, eran robustas. Las mesas estaban cubiertas por un mantel de tela color mostaza que dejaba asomar un faldón marrón que rozaba el suelo. Les recibió con amabilidad una camarera físicamente agraciada y de sonrisa simpática. Tenían la mesa preparada. Hans había pasado a reservar antes de irse al albergue.

Se pidieron una empanada de bacalao con pasas, un plato de quesos típicos de la zona, pulpo a feira, berberechos a la plancha, mejillones ligeramente picantes, una fuente de gambas y otra de cigalas, todo ello regado con vino Ribeiro.

El vino fue el protagonista de la mesa. La primera botella voló y le siguieron dos más. Greta se sentó al lado de Raúl, pegaron sus piernas y así las mantuvieron hasta que se levantaron. Greta, después de la segunda copa de Ribeiro, recuperó el color y se olvidó del dolor de cabeza.

Hans, tras la tercera copa de vino, decía que hablaba mejor el español. Les contó que al día siguiente se marchaba a Santiago, que cogería un autobús por la mañana, temprano, para reunirse con unos amigos de Holanda que estaban allí de vacaciones. Les dio recomendaciones sobre varios lugares que no deberían perderse en los dos trayectos que les quedaban. Le sugirió a Marta que siguiese poniéndose la pomada en los pies, aunque no le dolieran.

Marta observaba a Hans comenzando a preguntarse cosas sobre él. La curiosidad, apoyada por el efecto del vino, hizo que se lanzase a preguntar.

—¿Hans tienes familia?

—¿Familia?

—Sí, mujer e hijos.

—Ah! no no...

Hans intentó explicarles señalando la botella de vino y haciéndose el ebrio que de joven era un juerguista. Señaló a las chicas e hizo un gesto para que entendieran que le gustaban todas. Sacó una foto de la cartera y contó en inglés

que esa chica había sido su novia y que la había perdido por su mala cabeza.

A Hans se le borró la sonrisa por un momento, se quedó pensativo y acto seguido volvió a sonreír. Compadecieron a Hans cuando se puso serio y se les olvidó cuando volvió a sonreír. Se pusieron a mirar las cartas de los postres que la camarera había dejado en la mesa. Las chicas se pidieron unos melindres para compartir y ellos pasaron directamente a los cafés. Junto a los cafés les sirvieron unos chupitos de orujo blanco, obsequio de la casa, que las chicas probaron y dejaron enteros por encontrarlos demasiado fuertes.

Después de cenar, Hans propuso, como despedida, que se fuesen a tomar una copa a un lugar que estaba a dos manzanas del restaurante.

-∞-

Entraron en el rincón de las bandas de rock&roll de los 80, un local parecido a un pub inglés. Una barra forrada con madera de roble. Un espejo que ocupaba la pared posterior a la barra daba sensación de amplitud. Eran los primeros clientes de la noche. Sonaba a medio volumen el Último de la Fila. Los chicos se pidieron unas cervezas y ellas unos gin-tonics de Hendricks.

Hubo un cambio de canción y empezó a sonar la canción de «A quién le importa» interpretada por Alaska y Dinarama.

Greta se animó y se subió a una mini pista de madera habilitada en frente de la barra para bailar. Al principio su cuerpo rígido se movía con torpeza. Estaba graciosa con los mofletes rojos y sonriendo con los ojos chisposos, pero más felinos que nunca. Greta intentaba seguir el compás de la música. Se le notaba que estaba oxidada y no tenía práctica en ello. Hacía demasiado tiempo que no salía de fiesta a bailar, ni siquiera recordaba la última vez. Lo que la salvaba es que ella llevaba incorporado de serie el ritmo en el cuerpo y se sentía identificada con la letra de la canción. Se soltó, recuperó seguridad, fue dando pasos, giros y contorneos con habilidad. Su cuerpo no paró de girar alrededor de los balanceos de los movimientos de caderas. Raúl la observaba embobado, copa en mano y sonriente. Se relamía, imaginaba hacer suyo ese cuerpo que estaba danzando para él. Lo acariciaba pausadamente con la mirada. En ese momento deseaba palpar con sus manos cada curva, detenerse en cada ángulo y en cada escondite. Con cada giro que ella daba él la deseaba más.

Llegó el estribillo de la canción.



*A quién le importa lo que yo haga?  
a quién le importa lo que yo diga?  
yo soy así, y así seguiré, nunca cambiare  
A quién le importa lo que yo haga?  
a quién le importa lo que yo diga?  
yo soy así, y así seguiré, nunca cambiaré.*

Se animaron Marta y Yolanda a mover el esqueleto junto a Greta y así, estuvieron bailando, saltando y riendo una canción tras otra.

Hans y Raúl se unieron a las chicas a la tercera cerveza. Raúl revoloteaba alrededor de Greta, se le acercó al oído y le dijo.

—¿Vienes a la barra a tomar algo?

Greta intuyó que le quería decir algo. Se fue inmediatamente a la barra y él la siguió. Greta se pidió una botella de agua que es lo que necesitaba en ese momento y Raúl otra cerveza.

—Podrías despistar a Marta y a Yolanda y venirte a dormir conmigo.

—¡Qué más quisiera!, lo veo imposible sin que arda Troya.

Raúl le acarició la mejilla y, cuando Greta se dio la vuelta para mirar hacia la pequeña pista con la botella de agua en la mano, aprovechó el momento para colocar las manos en su cintura. Ésta se estremeció al notar el contacto y a Raúl le hubiese gustado atraerla hacía él y pegarse más. Ella, para frenar los impulsos de darse media vuelta y lanzarse a su cuello, caminó hacia la mini pista para unirse al grupo que estaba bailando.

Hans andaba en medio de Yolanda y Marta. Los tres levantaban los brazos al ritmo de «La chica de ayer». Raúl alcanzó a Greta y se unieron al baile.

Ni siquiera se dieron cuenta del momento en el que el local se llenó de gente. Cuando se volvieron a quedar solos tampoco se dieron cuenta. Cesó la música y les apagaron las luces, invitándoles a que se marcharan.

-∞-

Greta estaba desnuda, junto a Raúl, disfrutando de su cuerpo lampiño, de su piel morena, suave y tersa. Recorría su cuerpo con pequeños besos húmedos, sin prisa. Le acariciaba una y otra vez con las manos. Rozaba los labios de Raúl con la lengua para ir en busca de la de él y jugar.

Greta se despertó sudada y miró el móvil, eran las cinco de la mañana, todavía podía dormir un poco más. Se había despertado por un sueño que recordaba perfectamente. Acalorada sonreía. No había tenido un sueño así desde la adolescencia. Recorrió su cuerpo con sus manos hasta llegar a la altura de su sexo latente. Su sexo se estaba despertando de la apatía.

## -Capítulo 7-

*Arzúa-Amenal 19 Km/4-5 h*

La salida nocturna de ayer les estaba pasando factura a la hora de levantarse. La habitación se había impregnado del olor a flores dulces y cítricos. Daba la sensación de estar dentro de un jardín.

Greta todavía flotaba. Tenía trabajo en ordenar y colocar la ropa que la tarde anterior dejó encima de la mochila de cualquier manera. De tanto en tanto, se paraba y esbozaba alguna sonrisa porque le venía a la mente la cara de Raúl cuando la miraba embobado, mientras ella se contorneaba sobre la tarima. No hubo cita individual, pero la grupal salió redonda a pesar de que ella la inició enfadada. Puso cara de boba y volvió a sonreír. Greta desvió la mirada hacia Marta que la estaba observando con el entrecejo fruncido y el labio apretado. Greta pensó: «¡qué pena levantarse enfurruñada, qué mal le están sentando las vacaciones!, va a regresar a su casa más estresada de lo que salió.»

Lo primero que hicieron fue dejar las mochilas en el coche de apoyo que compartían con otros peregrinos. Cumplida la misión de llevar las mochilas, se podían relajar unos instantes. La mayoría de los huéspedes ya había abandonado temprano el albergue y ellas eran de las últimas, otro día más.

Yolanda, en su línea, sin alterarse y templada como siempre, salió disparada hacia la cocina. No aguantaba más sin su dosis de cafeína matutina. Greta y Marta no tardaron en aparecer por la cocina, parecían niñas pequeñas esperando algún dulce. Las tres se apiñaron alrededor de la cafetera que Yolanda había preparado.

De forma rápida, habían aprendido a no hablarse al principio de la mañana. Era lo mejor para tener buena convivencia. Greta tenía un buen despertar, se ponía a charlar nada más bajar de la cama, pero a Yolanda le molestaba y prefería el silencio hasta después de haberse tomado el primer café. Marta era impredecible, a cualquier hora, se levantaba con la escopeta cargada por si alguien, sobre todo Greta, se ponía a tiro para disparar alguna impertinencia.

Estaban sentadas delante de unas tazas llenas de líquido brillante, oscuro y

humeante, cada una lo endulzaba de diferente manera. Marta con dos cucharadas de azúcar Yolanda con media cucharadita y Greta sin nada. Greta decía que el azúcar enmascaraba el café, convirtiendo un café malo en pasable. Greta era lenta a la hora de tomar el café. Le daba pequeños sorbos para disfrutar de todos los matices y sabores como si de un ritual se tratara. Yolanda hacia días que observaba a Greta paladear cada pequeño sorbo con los que se llenaba la boca de café. Para Yolanda ver a Greta tomar el café de ese modo era una novedad. No había reparado en ese detalle, ni en otros, que esos días estaba descubriendo de sus dos amigas. Hay que levantarse y acostarse con una persona para darse cuenta de los pequeños detalles cotidianos que hacen que esa persona te pueda gustar o disgustar. Yolanda, que ya estaba espabilada con su dosis de cafeína en el cuerpo, sonrió y dijo.

—Greta, ¿qué es para ti el café? Te tomas un tiempo entre sorbo y sorbo y tu cara es de disfrute.

Greta, que estaba concentrada en saborear los restos de un sorbo que acababa de tragar, le contestó.

—Para mí el café es un ritual. Es placer y es excitante. Una de mis adicciones.

Yolanda se echó a reír divertida y, dirigiéndose a Marta, le preguntó.

—¿Y para ti?

—¿Porqué lo preguntas?, ¿es algún jueguito de los tuyos?

—Tú contesta y luego te lo explico.

—Para mí el café es amargo, por eso le hecho tanto azúcar, prohibitivo porque me sube la tensión arterial y adictivo.

—Este es un juego que me hicieron hace años y me lo ha recordado Greta y su manera de tomar el café. Las respuestas sobre lo que opináis del café, según me contaron, es lo que pensáis sobre el sexo, o lo que representa el sexo para vosotras. —Yolanda las miró y se echó a reír.

A Marta no le hizo gracia y frunció la boca y Greta sonrió divertida.

—Me ha hecho gracia el juego. Es divertido y enlaza el gusto por el café con el gusto por el sexo, es posible que haya alguna relación —dijo Greta.

—Tonterías, lo que tenéis son muchas tonterías —dijo Marta y con sus ganas de chingar les estropeó el momento.

—Solo es un juego. No hace falta tomárselo al pie de la letra —contestó Yolanda molesta.

—Los juegos a veces aciertan. Hay quien se pone a bailar y pierde la cabeza por unos pantalones igual que por una taza de café —dijo Marta para provocar a Greta.

Greta, sin mirar a Marta, se levantó rápido para fregar la taza de café ya vacía, mientras contaba hasta diez para contener el impulso de romper con Marta para siempre. Greta se colgó la mochila de trayecto a la espalda y salió hacia la calle como señal de que para ella había terminado la conversación y el juego.

A Greta le gustó el juego y le hicieron gracia sus propias contestaciones. Le gustaban los rituales y cuidar de los detalles. Los primeros años de casada convertía los sábados por la noche en ocasiones especiales. Preparaba con mucha ilusión algún tipo de ritual para realizar después de la cena. Un baño de espuma en común. Encendía un reguero de velas, desde la puerta hasta la habitación, esperando encima de la cama a Gabriel, vestida con un pañuelo de seda que le cubría lo mínimo. Ponía música y bailaba semidesnuda. Preparaba chocolate para dibujar, con un fino pincel, diferentes formas en la piel de Gabriel y lamerlas después.

La preparación de los rituales se detuvo de golpe un sábado en el que, sin recibir ningún aviso de Gabriel, se pasó horas sentada en el sofá vestida con un top verde a juego con sus ojos y una botella de cava junto con unas fresas en la mesa. Las fresas se estropearon, el cava se calentó y ella se durmió.

Se le pasaron las ganas de sorprender a Gabriel y sustituyó el preparar rituales por sus pequeños placeres a solas: tomar un buen café, una copa de vino o unos chocolates.

Marta andaba cabizbaja, con la vista fija en los pies y metida en sus debates internos. (Era cierto que no había encontrado aquellas dos cucharadas de azúcar para endulzar el sexo, así como con las que endulzaba el café). Le estaban entrando remordimientos porque se había comportado con apatía y fríamente cada vez que Juan se le acercaba. Ella se había aprovechado de tener una buena persona a su lado. No era cariñosa, no tenía atenciones con su marido, incluso a veces lo ignoraba. La ajetreada vida de Marta no le dejaba tiempo para mirar hacia su vida personal y, ahora que lo hacía, lo que encontraba no le gustaba. El destino le había puesto un buen hombre para acompañarla en el camino y ella marchaba en la dirección contraria. La rabia que Marta sentía hacia ella misma la descargaba sobre Greta y lo hubiese hecho sobre Yolanda si hubiera encontrado algún motivo para hacerlo.

Si a Yolanda le hubiesen preguntado que sensaciones le daba el café, habría contestado que le gustaba, le excitaba y que las mejores tazas eran las compartidas con alguien especial. Yolanda aspiraba a encontrar algún día la persona adecuada con la que compartir los momentos del café.

El cielo estaba azul brillante, sin nubes a la vista, dejando todo el protagonismo a un sol reluciente. El tiempo se había convertido en un fiel aliado. Había parcelas de cultivos a ambos lados del camino. Olía a huerta recién regada, a hortalizas acabadas de cortar y a tierra arada. Yolanda se arrimó a Greta y le dijo.

—Ayer me dejaste intrigada, ¿le pasa algo grave a Gabriel?

Marta que las escuchó, estiró el cuello, giró la cara y prestó atención a la respuesta de Greta.

—Gabriel tiene una insuficiencia renal congénita heredada de su padre. Hace un año que lo controla el nefrólogo del hospital de Bellvitge. La semana pasada le hicieron unas analíticas de control rutinario. Normalmente le llaman para decirle que no ha habido cambios y que siga con el tratamiento. Esta vez le han llamado para que acuda a la consulta y le han dado hora para la próxima semana.

—Esperemos que no sea nada y todo quede en un control rutinario — comentó Yolanda afligida.

—No sé, eso espero, que no sea nada. Me preocupa que Gabriel no se haya cuidado y que no haya seguido la dieta que le mandaron.

—Para seguir una dieta hay que tener fuerza de voluntad. Hay personas que no son capaces de seguir unas pautas de alimentación, les domina la gula —dijo Yolanda.

—Ese no es tu caso —dijo Marta refiriéndose a Yolanda.

—Lo mío es genética, cada cual tiene lo que le toca. —Yolanda recorrió con la vista a Marta de arriba abajo y con ese gesto lo dijo todo.

—Hay personas que no son capaces de controlarse ni siquiera cuando les va en ello la salud. Este es el caso de Gabriel, no tiene fuerza de voluntad. Esperemos que solo sea una revisión de rutina —dijo Greta soltando un soplo por estar cansada de intentar ayudar ante la falta de esfuerzo de Gabriel.

Greta pensaba: ¿cómo iba a quererla a ella si no se quería así mismo?

—Igual ha exagerado porque se siente solo —lo disculpó Marta.

—No sé qué pensar. No suelen adelantar la hora de la visita para dar resultados a no ser que sea por algo urgente. Prefiero no darle vueltas, si lo hago me preocuparé y me amargaré el viaje sin ganar nada con ello.

El móvil de Greta, ubicado en el bolsillo trasero de unos pantalones tipo militar que se había puesto esa mañana, no paraba de vibrar una vez tras otra. Se resistía a cogerlo mientras hablaba con Yolanda y Marta. Estaba intrigada, Gabriel no le mandaba mensajes, quizá eran sus hijos o quizá Raúl. No pudo aguantar más, sacó en un impulso el móvil y vio que tenía varios whatsApps de Raúl.

Lo primero que vio al abrir el whatsApps, fue una fotografía de ella bailando, desmelenada y con una sonrisa de lado a lado de la cara. La fotografía estaba sobrescrita en letras de color rosa que decía «Buenos días bailarina». Greta se quedó pasmada. No se había dado cuenta de que Raúl le había hecho fotos la noche anterior. La alegró descubrir que Raúl se entretuvo en fotografiarla. Amplió la foto y se miró, la había sacado favorecida a pesar de lo poco fotogénica que ella se creía.

Raúl 10:00

He cogido esta mañana un autobús.

Estoy Camino de Santiago.

Raúl 10:05

Coge el primer autobús que encuentres.

Vente lo pasaremos bien.

Greta 10:30

¿Ha pasado algo?

¿Por qué te has ido a Santiago en autobús?

Raúl 10:35

Esta noche hay un concierto de Álvaro y Suso Costas.

Me hace ilusión ir.

Greta 10:36

No los conozco, ¿Quiénes son?

Raúl 10:37

Son dos hermanos músicos, uno toca la gaita

y el otro la batería.

Te gustarán, son muy buenos.

Vente e iremos juntos de concierto.

Greta 10:40

Es la primera vez que oigo hablar de ellos.

Marta y Yolanda habían dejado de caminar para mirar a Greta con curiosidad. A Greta le había cambiado la expresión de los ojos, de rasgados se habían vuelto redondos y la boca entreabierta mostraba sorpresa.

—¿Pasa algo Greta? —se apresuró a preguntar Yolanda.

Yolanda se acercó tanto que Greta tuvo que ser ágil y guardar el móvil de nuevo para que no leyese los mensajes de Raúl.

—No, no pasa nada, cosas de chicos, los niños —mintió.

—Los chicos, ya se sabe, los dejas unos días a su aire y hacen alguna de las tuyas —comentó Marta.

—El sueño de todo adolescente es quedarse solo unos días en casa a sus anchas y montar alguna fiesta con los amigos. A mi hijo le he prohibido ir por casa estos días. Le toca con su padre y no tiene que ir a nada —dijo Yolanda.

—Seguro que ha ido y no solo —dijo Greta riendo.

El móvil en su bolsillo seguía vibrando de vez en cuando, no lo sacó aunque se moría de ganas por echarle un vistazo.

Llegaron al pueblo de Salceda y pararon en una cafetería a desayunar. Nada más entrar Greta entró en el baño a mirar el whatsApp.

Raúl 10:50

Si no has oído hablar de Álvaro y Suso  
Costas, con más razón para que vengas al  
concierto.

Raúl 11:00

Coge el autobús y vente bailarina.

Lo pasaremos en grande

Greta 12:10

No puedo.



No sé qué decirles a estas dos.

No me provoques más.

Raúl 12:11

Invéntate alguna excusa y vente.

Voy a sacar las entradas.

¿Te compro una?

Greta 12:15

¡Qué más quisiera!

No puedo.

Estaría feo dejar a mis amigas en la estacada.

Raúl 12:16

Diles que se vengan.

Greta 12:17

No, en serio Raúl, no puede ser.

Pásalo bien y ya me contarás.

Hablamos más tarde.

Un abrazo.

Cambió el nombre de Raúl en el WhatsApp por el de Pau1 que era el nombre de su hijo pequeño.

Greta regresó escondiendo la sonrisa y forzando una seriedad que no sentía. Marta y Yolanda estaban sentadas en el centro del local en la única mesa que encontraron vacía. Greta les preguntó lo que querían para desayunar y se fue a pedirlo a la barra. Al volver, Greta pasó rozando una mesa en la que estaban sentados unos hombres que se giraron al paso de ella y luego cuchichearon.

—Esos hombres se te han quedado mirando cuando pasabas y ahora creo que están comentando algo sobre ti —dijo Marta

—Habrá sido casualidad, estarán con sus cosas de coches, motos o fútbol. No creo que se entretengan en mirarme, de eso estoy segura —contestó indiferente

Greta.

—Yo de ti no lo estaría tanto, creo que te miraban a ti. Debe de ser porque tienes las feromonas alteradas y las huelen. Has cambiado en pocos días hasta la forma de moverte. Llevas la sonrisa puesta en todo momento. Pareces una adolescente —Yolanda iba a decir algo más. Prefirió callar. Yolanda era extremadamente reservada y si había hecho ese comentario era porque fuese lo que fuese que estuviese cambiando en Greta, empezaba a remover atisbos de animosidad hasta en Yolanda.

La joven camarera les dejó la bebida y unos bocadillos sobre la mesa. Al terminar el desayuno pidieron café. Greta, que estaba dando vueltas a la cucharilla del café, removiendo azúcar ficticio y formando círculos con la espuma, levantando la mirada de la taza dijo.

—Lo pasamos bien anoche, ¿verdad?

—Fue una suerte encontrar un local donde nos pusieron música de los ochenta. Mis pobres pies se resienten hoy —dijo Marta.

—Cuando salí a bailar me costó coger el ritmo —comentó Greta.

—Menos mal que te costó, porque no paraste en toda la noche.

—Eso no se olvida Marta, al segundo paso ya estás engrasada para lo que venga —dijo riendo.

—Lo tendríamos que repetir una vez al mes. Nos iría bien, nos quitaría estrés y haríamos ejercicio a la vez —propuso Yolanda.

—Hans y tú habéis hecho buenas migas, ¿verdad? —preguntó Greta a Marta.

—No sé por dónde vas Greta pero, por ese camino que has tomado, conmigo te equivocas. Para mí Hans es una buena persona y nada más. Mis ojos ven en él a una persona no a un hombre. —Marta hizo una pausa para tomar aire, miró a Greta desafiante y continuó—. Lo que pasa es que te crees que todas somos como tú.

Greta se arrepintió al segundo de haber hablado a Marta de Hans. No lo hizo con mala intención. Marta se lo tomó como si ella pretendiese relacionarla con Hans, excediendo la simple amistad. Greta pensó que las mentes retorcidas interpretan mal la intención de lo que se les dice. Se fue hacia la barra y pagó el desayuno de todas con el monedero del fondo común para gastos. El primer día, aportando cada una su parte, habían preparado ese fondo para los gastos comunes. Metió la cuenta y el cambio dentro. Observó que les quedaba dinero para la cena y poco más, pero eso no le preocupaba. Ya lo añadirían.

Mientras estaba en la barra sacó el móvil. Raúl le había enviado fotos de la entrada del concierto y un mensaje.

Raúl 13:05

Añoro tu sonrisa.

La frase sacó de Greta aquella sonrisa que echaba de menos Raúl y se le volvió a poner cara de boba. Lo que ella daría en ese momento por estar en Santiago, paseando por sus calles con Raúl; a punto de disfrutar de un concierto junto a él. En cambio, allí tenía a Yolanda y Marta que esperaban para retomar la etapa.

Greta 13:10

Disfruta del concierto.

Te deseo un fantástico concierto.

Raúl 13:15

Sería más fantástico con tu compañía.

-∞-

Greta guardó el móvil y se dirigió a la puerta para unirse a sus compañeras.

Greta comenzó a caminar en silencio, avanzaba apenada. Le reconfortaban los WhatsApps que Raúl le había mandado porque era señal que estaba pensado en ella. Empezó a sentir que el tiempo se le escapaba de las manos y se apenó aún más. Apenas le quedaban unas horas para compartir con Raúl. Cada minuto que pasaba le acercaba más a su rutina diaria y a Gabriel. En breve todo habría terminado.

La sacó de su aflicción la voz de Marta.

—Hoy no nos hemos encontrado con ninguno de nuestros conocidos.

—Seguro que a Raúl lo vemos en el pueblo y los chicos estarán durmiendo la mona. A quien estoy echando de menos es a Hans —comentó Yolanda.

Greta no cuenta nada sobre la marcha de Raúl a Santiago. Se mantiene callada y con unas ganas locas de coger el móvil que no para de vibrar. Marta se dirige a ella y le pregunta.

—¿Qué será lo que habrá hecho tu hijo para que estés tan pensativa?

—No es nada serio, cabezonerías de adolescente. Cosas de chicos. Además me duele la cabeza, ayer tomé algún gin-tonic de más, me falta rodaje. Habrá que salir más a menudo para acostumbrar el cuerpo —contestó Greta con una falsa

sonrisa.

—¿Queréis que paremos en el próximo pueblo a comer? —preguntó Yolanda.

Greta las miró para ver que decían. No tenía hambre y prefería adelantar camino para descansar en el albergue.

—Yo prefiero seguir y llegar pronto para que nos dé tiempo a descansar. Entre la caminata y el bailoteo de ayer estoy muerta, no sé si seré capaz de reanudar la marcha si paramos —contestó Marta.

—Estoy contigo Marta —dijo Greta.

—No se hable más, seguimos y ya cenaremos —Yolanda hubiese preferido parar a comer, pero se resignó.

## -Capítulo 8-

### El concierto

Llegaron a Amenal. Parecía que venían de una guerra, despeinadas, ojerosas y molidas. El trayecto de cinco minutos que había entre el coche de apoyo y el albergue, con las mochilas grandes a cuestras, se les hizo eterno. Arrastraban los pies extenuados.

A Yolanda le dio la risa en la puerta del albergue y les comentó.

—Menudas pintas llevamos, cualquiera diría que el trayecto ha sido duro.

—Ellos no saben que hemos dormido cuatro horas. Yo estoy K.O. —dijo Marta a quien le costó hasta hablar.

—Yo necesito recuperarme, me estoy quedando afónica; creo que de tanto cantar ayer, ahora no puedo ni hablar —se excusó Greta de casi no haber hablado durante el recorrido.

Greta ojeó el móvil y no tenía WhatsApps, lo apagó y se echó a descansar.

Se despertaron sobre las ocho de la noche. Greta volvió a conectar el móvil cuando estaba a solas en las duchas, tenía varios mensajes, todos de Raúl.

Raúl 18:00

Cuando cierro los ojos te veo bailando para mí.

Raúl 18:15

Ya me he hecho a la idea de estar hoy sin ti.

Podrías venir mañana temprano y aprovecharemos el día.

Raúl 18:30

Piénsate lo de mañana.

Raúl 19:00.

Si vienes mañana, nos daríamos la oportunidad de conocernos más.

El tren se ha parado en nuestra estación ¡cojámoslo!

Raúl 19:30

¿Estas enfadada?

Raúl 19:45

Ya ni contestas.

¿Tan pronto te has olvidado de mí?

Greta 20:10

Qué tonto eres.

Estaba descansando.

La salida nocturna de ayer me ha pasado factura.

jajaja

Raúl 20:15

Pensaba que ya te habías olvidado de mí.

Greta 20:16

No me olvido de las personas que me caen bien.

Me estoy pensando lo de ir antes, mañana.

A ver qué puedo hacer.

Raúl 20:21

¿Sólo te caigo bien?

Pasaríamos el día juntos.

Me harías feliz.

En media hora estaré en el concierto.

Hasta luego bailarina.

Greta 20:22

Me caes más que bien.

Disfruta del concierto por los dos.

-∞-

Greta estaba apagada, sin ganas de hablar y sin ganas de ir a cenar; su cabeza y su corazón estaban en Santiago en un concierto al que jamás iría porque, en esos momentos, esa situación estaba pasando de largo.

Yolanda como de costumbre planteó donde ir a cenar. A Marta y a Greta les pareció perfecto. Irían de tapas típicas de la zona.

Tomaron rumbo a un mesón que le había recomendado a Yolanda un amigo que, en varias ocasiones, había realizado el camino. Éste le había dado una lista donde comer o cenar dependiendo de la población, con precios y particularidades de cada lugar.

Entraron en un local con una larga barra cubierta por una vitrina climatizada de cristal que dejaba ver una gran variedad de cazuelitas y pinchos que entraban por los ojos, por su esmerada presentación.

Un camarero robusto, con un polo verde, las atendió. El chico, de trato amable, informal y sonrisa pilla las acompañó a una mesa.

Les aconsejó un Albariño, les dijo que era el vino que mejor maridaba con sus especialidades.

Dejó una carta con la lista de las tapas y les dijo que para los pinchos se podían levantar y elegirlos ellas dando el número de mesa que estaba pintado, en una maceta repleta de flores secas, en el centro de la mesa.

Yolanda cogió la carta, la abrió, la escudriñó hasta encontrar lo que buscaba y sonrió.

—¿Me dejáis que os haga de cicerone gastronómica esta noche y pida las tapas?

Greta asintió encantada, no tenía ganas de elegir la comida ni de comer y a Marta le daba igual.

El camarero les llenó la copa y dejó la botella en una cubitera tapada con una servilleta blanca.

—Por favor, ¿podrías traer agua? —pidió Greta—. Si con la sed que tengo empiezo con vino, luego no me levantaré de la mesa.

El chico le trajo el agua y volvió a llenar la copa que Marta ya se había bebido.

—Entra bien este vinito tan fresquito, está rico.

Marta no paraba de darle sorbos a la copa sin dar tiempo a que trajeran la comida.

Ninguna quiso levantarse a por pinchos, demasiado cansadas, no les apetecía levantar el trasero de la silla. Yolanda empezó a pedir.

—Nos pondrás, para compartir, un plato de pulpo a feira, quiche de lacón, androlla con cachelos y una cazuela de lamprea.

—Qué cosas más raras has pedido —dijo Marta con la copa en mano.

—He pedido lo que mi amigo me recomendó, lo típico de aquí. La androlla es un embutido muy típico, que tiene costilla dentro y está muy rico, es parecido al botillo de León.

—El botillo sí que lo he probado —dijo Marta que acababa de dar otro sorbo al vino.

El camarero les trajo los platos y le pidieron otra botella de vino. Greta y Yolanda no habían probado todavía su copa y Marta no paraba de darle sorbos a la suya.

La lamprea la sirvieron cubierta por una salsa acompañada de arroz blanco y con una decoración de tomillo y romero fresco.

Greta cogió un trozo, se lo puso en la boca y dijo.

—¿Es un tipo de pescado? verdad.

—Sí, es pescado.

—Esta rico este pescado, está sabroso y gustoso no me recuerda a nada que haya probado antes. La primera vez que vi el nombre de lamprea fue en el libro de Gozos y Sombras, de Torrente Ballester, y siempre había querido probarla —dijo Greta.

Marta pidió otra botella de Albariño.

—Estas bebiendo mucho esta noche —le dijo Yolanda a Marta y la miró con cara de preocupación.

—Esta muy bueno este vino —contestó Marta con la cara enrojecida y los ojos brillantes.



No la habían visto beber con tanta pasión desde que la conocían.

—La lamprea la comían sobre todo los miembros de la curia en cuaresma, en lugar de carne —informó Yolanda con actitud de quien sabe de todo.

—Esos se las sabían todas. Este pescado está más bueno que la carne —comentó Greta.

—Los más instruidos y listos, hambre no pasaban —dijo Yolanda satisfecha con la elección del menú.

—Mientras la gente se moría de hambre, ellos estaban gordos como becerros —añadió Greta.

—Sea como sea, siempre acabáis criticando a la Iglesia —dijo Marta trabándosele la lengua.

—Yo solo me refiero a lo que la historia cuenta —le replicó Yolanda.

—Dejémonos de cosas serias, que estamos de fiesta —balbuceó Marta.

Les trajeron los postres: arroz con leche, tarta de Santiago y unos chupitos de licor de hierbas.

Marta se tomó su chupito y el que no quiso Greta.

Marta, con los mofletes encendidos y la risa floja, empezó a gastar bromas al camarero. Yolanda y Greta se miraban incrédulas.

Greta se levantó dirección al baño. El móvil no había parado de vibrar.

Raúl le había mandado un video de la actuación. Dos chicos jóvenes, bien parecidos, en el escenario, uno a la batería y el otro a la gaita, interpretando temas de diferentes épocas. Le pareció precioso. Seguidamente había un sinfín de fotos. Era como si un pedacito de ella hubiese viajado junto a Raúl por unos instantes.

-∞-

Acabada la cena Greta pagó y dejó el monedero común pelado. Al levantarse de la mesa Marta tropezó con la silla. Se le cayó el bolso al suelo y volvió a tropezar con sus propios pies. Greta le recogió el bolso y se lo colgó. Yolanda la sujetó por el brazo y salieron de la taberna lo más discretamente que Marta les permitió. Marta se despidió de todas las mesas por las que pasó cerca y voceó una serie de frases inconexas al camarero. En la calle, Greta sujetó a Marta por el otro brazo y caminaron dirección al albergue. Al pasar por una plaza Yolanda le dijo a Greta.

—¿Qué te parece si nos sentamos un rato en un banco de estos?, así me fumo un cigarrillo y nos da el aire —dijo todo esto haciendo guiños con los ojos y

movimientos de cabeza hacia Marta en señal de «menuda turca ha pillado».

Se sentaron en el banco Marta y Yolanda. Greta, en frente de ellas, de pie.

Marta paso de las risas a un llanto desconsolado que cada vez era más sonoro.

—¿Porqué lloras Marta? —le preguntó Yolanda.

— ¿Tú me lo preguntas?, ¿te has mirado?, ¿me has mirado?

Marta levantó el tono de voz. Era la primera vez que la oían hablar en un tono tan alto.

—Chiss, vas a despertar a los vecinos —le riñó Greta.

—A mí los vecinos me importan un carajo. No son horas de dormir, es temprano y lo digo yo. —Y del llanto pasó a la risa.

A Marta se le trababa la lengua, por lo que se hacía difícil entenderla. Marta sin hacer caso continuó levantando el tono de voz para meterse con Yolanda.

—Yolanda, eres tan fina y guapa, con esa figura esbelta, caminas tiesa como un palo. —Se levantó a imitar la forma de andar de Yolanda—. Segura de ti misma. Con aplomo. Cuando hablas parece que tengas la bola de la verdad en la mano. —Dio un traspies y se volvió a sentar—. Abogada de éxito. Toda una eminencia de mujer. Guapa hasta con botas de montaña —calló y la empezó a señalar con el dedo para continuar—. Pero, cómo la perfección no existe, se te nota que eres desafortunada porque no encuentras a quien te quiera. Yo diría que controladora y estirada al máximo. —Y empezó a reírse señalando a Yolanda.

Yolanda enfadada le contestó.

—¡Marta!, estás diciendo muchas tonterías. Te lo perdono porque sé que estas bajo los efectos del alcohol y no estás en tus cabales.

Marta miró con ojos de enajenada a Greta y continuó.

—¡Y tú! —Señaló a Greta—. Nunca pasa nada, todo es normal; hasta es normal que ligués con el primero que encuentras, siempre con la sonrisa a punto. Hasta los quilos que te sobran te quedan bien. ¡Dais una rabia las dos! Creo que no quiero seguir siendo vuestra amiga.

—Te has dado cuenta Yolanda. Me ha llamado gorda. No se corta ni un pelo. ¡Lo que hacen unas copas de vino! —A Greta le dio la risa y sacó un paquete de pañuelos del bolso para dárselos a Marta a medida que los necesitaba.

Marta se levantó del banco dando algunos traspies. Y empezó a reírse para pasar otra vez al lloriqueo. Greta la cogió por el brazo y la obligó sentarse. Se quedaron sentadas las tres con Marta en medio. Marta miró a Greta, después a Yolanda y siguió con su monólogo.

—Estos días me he estado sintiendo mal. Soy una mala persona. Me casé con un buen hombre que se ha esforzado en hacerme la vida fácil y yo le he ignorado.

Daba igual lo que Juan hiciera, yo no lo valoraba. ¿Para qué?, era simplemente Juan. —Marta perdió la mirada, bajó la voz como si fuese a contar un secreto que no quisiera que lo oyese ni el aire y continuó—. He vivido pensando que había dejado escapar el amor de mi vida. Mi amor imposible. Desde niña he estado enamorada de mi vecino. Me partió el corazón cuando entro en el seminario. Los años han ido pasando y yo he seguido soñando con abrazarlo y besarlo. Estoy cansada —sollozó de nuevo, hizo una pausa con espasmos y dificultad para hablar, y añadió—. Para tenerlo cerca he organizado la Coral. He hecho de catequista. He ido a misa —paró de hablar para respirar profundamente—. En este viaje me he dado cuenta de que el hombre de mi vida lo he tenido siempre a mi lado y no me he dado cuenta. Estaba demasiado ocupada pensando en el padre Alberto y soñando que algún día colgaría los hábitos por mí.

La cara de Marta parecía un mapa. Tenía los ojos hinchados de llorar y la nariz roja de estrujarla entre pañuelos. Pero en ese momento el rictus de la cara de Marta se había suavizado.

Si en ese instante a Greta y a Yolanda les pinchan no les sacan ni una gota de sangre. Se habían quedado petrificadas. Marta había desnudado su alma al completo y con eso se había descargado de una pena que llevaba mucho tiempo arrastrando.

Yolanda se levantó del banco y encendió un cigarrillo, miró hacia arriba y vio en un balcón apoyados en la barandilla a una pareja de mediana edad que las estaba mirando sin decir nada. Se acercó al oído de Greta y la alertó.

—¡Mira!, hay gente en ese balcón, menudo espectáculo les estamos dando, ¡qué vergüenza!

—Da igual, no nos conocen, seguro que detrás de las cortinas también hay gente.

—A mí no me gusta dar la nota ni donde no me conocen, ¡vámonos!

—Yolanda no seas tan remilgada, cuando Marta esté mejor nos vamos.

En ese momento pasaron por allí dos agentes de la policía municipal a pie y uno se acercó a ellas. Un chico moreno alto de tez bronceada y musculado. Ojeó a las tres mujeres y se dirigió a Yolanda que era la que estaba de pie.

—¿Tienen ustedes algún problema?

—No pasa nada, a mi amiga le ha sentado mal la bebida y estamos esperando a que se reponga para irnos a dormir.

—Si precisan alguna cosa nos avisan.

—Gracias, creo que no será necesario.

—Tengan buenas noches, señoras —se despidió el policía.

Yolanda no paraba de mirar a los vecinos asomados. Marta que se había mantenido callada y mirando, cuando vio que el agente se dio media vuelta, chismorreó.

—No está nada mal. Esta cachas el chico.

El agente la escuchó, se giró, sonrió y siguió su camino hacia donde estaba su compañero esperando.

—¡Tú, cállate!, menuda noche nos estas dando —le riñó Yolanda enfadada, era la primera vez en su vida que a Yolanda le llamaban la atención.

La intromisión del Agente afectó a Yolanda. No le gustaba dar el espectáculo ni que las personas de su entorno lo dieran y, menos aún, que la observaran. Los vecinos la estaban poniendo nerviosa y le dijo a Greta.

—Vámonos, estoy cansada.

Cogieron a Marta cada una de un brazo y prosiguieron rumbo al albergue. Entraron lo más discretamente que pudieron en fila india. Marta se golpeó con los escasos muebles que encontraba a su paso e incluso tropezó con los pies de sus dos compañeras. Ya en la habitación, metieron a Marta vestida en la cama. Greta se quedó un momento sentada junto a ella y la arropó con mimo. Marta se recostó y le dijo.

—Estos días he encontrado tanto a faltar a Juan. Cariñoso. Dispuesto ayudarme en todo. Sin pedir nada a cambio. Soportando continuamente mi mal humor. Que mal me he portado.

—Siempre te he dicho que tienes suerte con Juan, porque está super enamorado de ti. Lo más importante es que te admira. Cuando un hombre admira a una mujer es para siempre porque la mira con los ojos de quien ve en ella a un ser especial y a quien ama incondicionalmente. Y eso es lo que le pasa a Juan contigo.

Marta sonrió y susurró antes de quedarse dormida.

—Gracias, Greta, eres una buena amiga.

Yolanda salió a fumar, necesitaba despejarse. Daba caladas malhumorada con fuerza y sin terminar ese cigarrillo encendió otro.

A Greta le daba pena Marta y ahora entendía el por qué les estaba amargando el viaje. Hay personas que cuando están amargadas descargan su agresividad amargando a los demás.

Greta aprovecho para mirar el móvil. Tenía varios WhatsApps, todos de Raúl.

Raúl 23:10

El concierto ha estado impresionante.

Lo he disfrutado mucho.

Raúl 23:30

Coge el autobús y vente a desayunar conmigo.

Luego iremos juntos a la Misa del Peregrino.

Raúl 23:40

Aprovechemos el día de mañana.

Raúl 23:45

Si no coges el autobús, intenta estar para la misa o para comer.

Raúl 23:50

Tengo ganas de verte.

Greta 24:25

No te aseguro lo de la misa.

Intentaré estar mañana a la hora de la comida.

Yo también estoy deseando verte.

Raúl 24:26

Por fin sé de ti.

Greta 24:27

Hemos tenido un problema.

Raúl 24:28

¿Problema?

Greta 24:29

Sí, con Marta.

Nada serio, le ha sentado mal la cena.

Raúl 24:30

Si se encuentra mal Marta, mañana igual  
llegáis más tarde.

Greta 24:31

No creo, ya estará bien.

Raúl 24:32

Estoy deseando de que llegue mañana la  
hora de la comida.

Greta 24:33

Yo también.

Besos.

Recibió Greta un último WhatsApp de Raúl, un video del concierto en el que interpretaban «por una cabeza» de Gardel. Y debajo estaba escrito:

«Para Greta, coqueta y risueña.»

## -Capítulo 9-

*Amenal-Santiago 21 Km/4-5 h*

Greta se pasó la noche dando vueltas a la propuesta de Raúl. El compromiso moral con sus amigas la frenaba. El dejarlas en la estacada en el último día de etapa era una jugarreta. Se preguntaba una y otra vez de qué forma reaccionaría ella si le hicieran lo mismo. Seguramente le sentaría mal. Dependiendo del equipo en el que se está jugando cambia la consideración de las circunstancias. Greta era consciente de que pagaría el precio de algún modo, fuese cual fuese, ante cualquier decisión que tomase. Si se quedaba con Yolanda y Marta perdería la oportunidad de saber si los sentimientos que se le habían despertado hacia Raúl eran reales. Si se marchaba con Raúl lo más probable es que la relación de amistad con Yolanda y Marta se degradase.

Un persistente dolor de cabeza obligó a Greta a levantarse. Sigilosamente se dirigió a la cocina del albergue. En el pasillo miró el móvil. No había mensajes. Marcaba las 3:45 de la madrugada. Estaba deseando tomarse un café y un Espidifen. Al entrar en la cocina y encender la luz se encontró a una persona sentada, con la cabeza hundida entre los brazos, cruzados uno sobre el otro, encima de la mesa. Greta examinó la larga melena oscura y desordenada que cubría parte de los brazos. Greta empezó a preparar el café y se mantuvo de pie cerca de la cafetera para no incomodar a quien fuese que estuviese dormitando en la cocina. A esa hora, quien fuese, si estaba allí no era precisamente por su gusto. Se impregnó toda la cocina de olor a café recién hecho, ese olor que despierta las papilas gustativas y crea la necesidad de tomar una taza. Greta llenó dos tazas, se acercó a la mesa, se sentó enfrente y le acercó una de las tazas a la chica.

La chica levantó la cabeza, se retiró el pelo hacia los costados y mostró la cara. Era la chica morena del grupo de los malagueños, la hermana del chico accidentado. Greta sintió una punzada en el estómago de pena cuando vio sus ojos hinchados, la nariz roja y la cara desencajada tras haberse pasado unas cuantas horas llorando. La chica tomó la taza, la rodeo con las manos y dijo.

—Gracias.

—Ya veo que somos dos las que no podemos dormir.

La chica le puso dos cucharadas de azúcar al café y empezó a remover. Greta para romper el hielo empezó a hablar.

—Me he tenido que levantar a tomar un Espidifen porque tenía mucho dolor de cabeza y con el estómago vacío no me sientan bien los medicamentos. ¿Quieres uno? —Greta le hablaba como si diera por sentado que la chica tenía dolor de cabeza.

—Sí, gracias.

Greta se levantó y disolvió en un vaso, con un poco de agua, los gránulos de un sobre que había sacado de una caja a la que le faltaban cuatro. Se volvió a sentar frente a ella, dejó el vaso a su alcance y continuó.

—No puedo dormir. Me duele la cabeza de darle vueltas a una decisión que tengo que tomar y no he encontrado la manera de contentar a todos. Haga lo que haga salgo perjudicada.

La chica abrió los ojos hinchados, fijó su negro iris en Greta y dijo.

—Yo tampoco puedo dormir. Estoy dando vueltas a un problema que tengo.

—Si me lo quieres contar... no tengo nada mejor que hacer en este momento. Desahogarse siempre ayuda. A veces escucharnos en voz alta nos aclara las ideas.

La chica sonrió ligeramente —era una señal de confianza— y empezó a hablar.

—He tenido un problema con mi novio. Es un problema que se repite continuamente: le dan ataques de celos por situaciones que él se imagina. Ayer, unos chicos franceses que estaban buscando albergue nos preguntaron si sabíamos de alguno con referencias. Yo hablo francés y les recomendé el nuestro, del que teníamos buenas opiniones. El simple hecho de que hablase con ellos le sirvió de excusa para decirme que era una provocadora y que no paraba de coquetear con todos los hombres que encontraba. Se enfada y se pone violento. Me mira constantemente el móvil. No me deja vestir como quiero, en alguna ocasión me ha hecho volver a casa a cambiarme de ropa. Luego me pide perdón, pero cuando pasa un tiempo la situación se repite de nuevo. Hace tiempo que estoy pensando en romper nuestra relación, pero me da miedo la reacción que pueda tener si le dejo.

—Lo que me explicas es grave. Imagínate viviendo con miedo el resto de tu vida. Yo he vivido con miedo toda mi vida, miedo a hablar, miedo a no gustar, miedo a no hacer las cosas bien y creo que eso no es vida. Lo grave es que ese miedo se lo tengo a la persona con la que vivo. Si tú quieres vivir así continúa con la relación.

—Es que lo quiero.

—Pero él a ti no.



—Creo que cambiará.

—No seas ingenua, no cambiará. Eso mismo pensaba yo y no ha cambiado. Bueno sí, ha cambiado a peor.

—No sé por dónde empezar, me siento perdida. Mi familia lo quiere mucho.

—Tu familia lo quiere porque no les has contado la manera en que te trata, si lo supieran verías que pronto lo dejan de querer. Lo primero que deberías hacer es hablar con tu familia para que lo sepan y te apoyen. Luego lo dejas. Eres una niña muy guapa y joven, lo tienes todo por delante. Te volverás a enamorar y encontrarás a una persona que te valore y te respete de verdad. Con miedo no se puede vivir.

—¿Ahora qué hago?, ¿cómo me comporto? —decía desesperada la chica.

—Os queda un día de trayecto. En poco tiempo estarás en casa. Por un día compórtate con normalidad. Cuando llegues a Málaga, sin dejar pasar tiempo, habla con tu familia. Y le dejas. Al principio pensará que es una rabieta pasajera. Si te mantienes firme, seguramente acudirá a ti llorando y te dirá que no puede vivir sin ti. Lo importante es no ceder a los chantajes emocionales que te pueda hacer. Si no aparece más y te deja tranquila mejor. Verás que con el tiempo lo olvidas. Y si hace falta lo denuncias por acoso.

—No sería capaz de denunciarle.

—Eso ya se verá. Lo primero es que hables con tu familia y lo resolváis juntos.

—Eres la primera persona con la que hablo de mi problema.

—Yo no se lo contaré a nadie. Lo único que importa es que lo soluciones.

La niña abrazó a Greta y le dio las gracias.

Greta volvió a la habitación y empezó a recoger sus cosas. Cuando Yolanda y Marta se despertaron se encontraron a Greta arreglada y con sus pertenencias empaquetadas en las mochilas que descansaban junto a la puerta bien cerradas. Sin dejar que Yolanda y Marta se despejasen habló Greta.

—Me marcho.

—Y nosotras también —le contestó Yolanda.

—Me voy a Santiago, he quedado con Raúl para desayunar.

—Te has vuelto loca. ¿Has pensado bien lo que vas a hacer?

—Nunca he estado más cuerda y tengo claro lo que quiero.

—Nos dejas tiradas.

Greta no contestó, se le hacía tarde y el autobús no esperaba a nadie. Cogió sus mochilas y salió por la puerta con un adiós.

Se les quedó tal cara de estupefacción a Yolanda y a Marta que, hasta pasado un buen rato, no fueron capaces de reaccionar. Yolanda se indignó, pataleó y

puso verde a Greta. No fue capaz de ponerse en el lugar de Greta ni de empatizar un mínimo con ella, no reconoció a una mujer enamorada, para ella lo único que contaba era que Greta las había sustituido por un hombre que acababa de conocer y las había traicionado.

Marta estaba enfadada pero no dijo nada. Ella había hecho cosas peores por estar cerca del padre Alberto.

Greta salió cargada con las mochilas dirección a la parada del autobús. Dejó los bultos en el suelo y se sentó en un banco a esperar. Aprovechó y le escribió un WhatsApp a Raúl.

Greta 06:10

Prepara desayuno para dos.

-∞-

Llevaba diez minutos esperando al autobús que le parecieron una eternidad. Empezó a desesperarse. La decisión estaba tomada y el reloj se había puesto en marcha, no había tiempo que perder. Había tardado demasiado en decidirse. Un hombre con aspecto de jubilado se paró delante de ella y le dijo.

—El autobús pasó unos minutos antes de que usted llegara, tendrá que esperar un buen rato, suelen parar cada hora. Hay que tener paciencia.

Greta no se lo pensó dos veces, marcó un número en el móvil y en diez minutos llegó un taxi a la parada del autobús a recogerla.

Cuando le dijo al conductor que la llevase a Santiago. Greta observó en el conductor una mirada y sonrisa burlona, de lo que se podía deducir un pensamiento: «otra floja que abandona». A Greta le daba igual lo que pensase ese hombre y que la prejuizgase. Lo único que le interesaba era que la llevase a su destino. El móvil vibró.

Raúl 06:45

Buenos días bailarina.

Te espero con impaciencia.

Greta 06:46

Pasaré primero por el albergue.

Tengo que dejar las mochilas.

Raúl 06:47

Te mando la ubicación del hostel donde estoy.

Contaré los minutos.

Estoy deseando verte, bailarina.

Greta se había dado cuenta en la charla que tuvo con la niña que lo único que le impedía pasar el día con Raúl eran los miedos. El miedo a lo que iban a pensar de ella Yolanda y Marta. El miedo a que se lo contasen a Gabriel, el miedo a no hacer lo correcto, el miedo a equivocarse. Por una vez en su vida, aparcó el miedo y decidió tomar el camino que realmente deseaba seguir.

El taxi la dejó en el albergue. La habitación todavía no estaba lista para ser ocupada. Pactó con la chica que hacía de encargada, a cambio de unas propinas, que le dejase las mochilas en la habitación más tarde. De momento la chica las ocultó, detrás del mostrador de recepción, hasta que la habitación quedase libre. Utilizó las instalaciones comunes y aprovechó para acicalarse lo más coqueta que su fondo de mochila le permitió.

Greta salió dirección al hostel de Raúl. Se había soltado la cola. Una rubia y ondulante melena emergió y rozaba sus hombros a cada paso. Andaba rápido dando saltitos acompañados de sonrisas furtivas.

Greta seguía las indicaciones de un Google Maps que le indicaba el recorrido y que ocupaba la pantalla del móvil al completo. Estaba a punto de llegar a su destino. La música de entrada de llamada en su móvil empezó a sonar. Cogió la llamada sin pensar ni mirar quien era.

—Buenos días, Greta, supongo que ya estaréis en marcha.

Era la voz de Gabriel. Greta se quedó inmóvil.

—Sí, ya estamos en marcha. —Se dio prisa en contestar.

—Como me dijiste que me llamarías, ayer me quede todo el día esperando. ¿Va todo bien?

—Sí, todo bien. Ya sabes que hoy es nuestro último día de etapa. —Desvió la conversación. Se le había olvidado llamar a Gabriel, ni siquiera había pensado en ello.

—¿Qué tal están Yolanda y Marta?

A Greta, de golpe, se le encogió el estómago. Creyó que Gabriel sabía algo de su escapada. Pensó que quizá Yolanda o Marta en un arrebato de rabia

ocasionado por el enfado le habían llamado. Contestó lo primero que se le vino a la mente.

—Bien, ellas están bien. A toda marcha para llegar a Santiago.

—Sabes, estoy nervioso. La llamada del hospital me ha alterado.

—No te preocupes antes de saber lo que te van a decir. No ganas nada poniéndote nervioso, los nervios no son buenos.

—Tienes razón. Estoy contento porque mañana cuando llegue de trabajar estarás en casa.

—Cierto mañana llegaré antes que tú. Ya hablamos. Hasta mañana.

—No sé si es por la distancia, pero te noto diferente.

—Yo soy la misma de siempre Gabriel.

—Son percepciones que tengo. Hasta mañana Greta.

Greta colgó el teléfono. Las piernas le temblaban. Había un bar unas puertas más arriba, se dirigió con prisa a él. El estómago le dolía. Le entró calor, sudaba. Sintió una repentina necesidad de ir al baño. Se apresuró, entró en el establecimiento y se pidió una tila. Estaba pálida y descompuesta. En ese momento todo su valor se había ido al garete. En ese instante lo que estaba reapareciendo con fuerza y danzando a toda marcha en su estómago eran sus miedos. Se sentó en una mesa esquinera, delante de la taza de tila que fue tomando sorbo a sorbo. Respiró hondo y se fue serenando a medida que pasaban los minutos. El soponcio que le había dado era irracional. Si Gabriel la descubría, que la dejase, que más daba, no tenía nada que perder. La copa hacía años se había fracturado y las fisuras eran irreparables.

Estuvo media hora sentada en esa mesa hasta que recibió un WhatsApp.

Raúl 08:30

¿Por dónde vas?

Me estoy impacientando.

Greta 08:32

En 10 minutos estoy ahí.

Greta, aparentemente recompuesta y con restos del miedo alojados en el estómago, se dirigió al Hostal donde se hospedaba Raúl.

Greta 08:50

Estoy en la puerta esperándote.

Raúl 08:51

Bajo.

## -Capítulo 10-

### La Misa del Peregrino

Se encontraron en la acera, se abrazaron. Raúl la besó en las mejillas, en la frente y en los labios. Greta se aferró a él con fuerza. Lo necesitaba. Raúl le olió el pelo y el cuello y la volvió abrazar con más fuerza. Greta se dejó espachurrar. Se cogieron de la mano y caminaron hasta una cafetería. Por el camino, Raúl le dijo.

—Greta ¡qué bien hueles! Eras tú la que la otra noche dejaba huella. Se me quedó impregnado tu olor y lo he estado recordando. —Le apretó más la mano.

Greta sonrió. Pasó un mal momento cuando Yolanda y Marta utilizaron su aceite perfumado. Quería ser única y exclusiva. Lo que no pensó es que eso ayudaría a que Raúl la recordase. Lo que hicieron Yolanda y Marta sumó y el mal rato que ella pasó restó porque en el inicio de la cena estuvo incómoda. La llamada de Gabriel estaba afectando negativamente a su encuentro con Raúl.

Llegaron a una cafetería que estaba llena de peregrinos, mezclados con los clientes habituales residentes en Santiago. Tomaban pan tostado con aceite unos, mantequilla con mermelada otros y, los más golosos, raciones de distintas tartas que adornaban un mostrador acristalado. Raúl se pidió un café con leche y Greta un rooibos, ya que temía saltar por los aires si introducía algún excitante en su cuerpo. Raúl seleccionó del mostrador dos tartas diferentes para compartir, una de manzana con canela y otra de tres chocolates. Greta mareó las tartas, hacía ver que comía y dejó que Raúl las devorase. Lo que menos necesitaba su cuerpo era comida.

Terminaron de desayunar y se fueron a visitar el casco antiguo de la ciudad. Calles de piedra, llenas de historia, dotadas de un encanto especial. En cada rincón, donde menos se lo esperaban, encontraban iglesias y plazas con bonitas fuentes. Llegaron a una plaza donde se toparon con el mercado de abastos. Se detuvieron en las variadas paradas de carnes, mariscos, frutas y verduras; todas ordenadas y decoradas con un cuidado exquisito. Entre paseos, conversaciones y besos se les hizo la hora de la misa del peregrino. Les hacía ilusión asistir porque

era un ritual para los que terminaban el camino y llegaban a Santiago. Una liturgia que para muchos es el final de una promesa y el principio de haber cumplido con uno mismo. Tomaron dirección a la plaza del Obradoiro. Pararon en la fachada de la catedral unos minutos para contemplarla y se adentraron en el interior. Había gente por todos los rincones, recorriendo cada recoveco disponible de la catedral. Raúl y Greta llegaron con tiempo y se sentaron en un banco en la tercera fila cerca del púlpito. Dio comienzo el oficio y la gente se apresuró a coger sitio, los que se quedaron rezagados se tuvieron que quedar de pie al fondo. Greta se sentía observada. Miraba con disimulo hacia todos lados y no veía a nadie conocido al alcance de su vista. Pensó que se estaba volviendo paranoica y dejó de darle importancia a sus percepciones. Al terminar el oficio Greta y Raúl tomaron una calle a la izquierda; si hubiesen girado a la derecha se habrían encontrado con Yolanda y Marta, que habían estado estudiando todos sus gestos de cariño durante la homilía. La partida de Greta afectó de tal modo a sus amigas que les quitó las ganas de continuar con el recorrido a pie y se fueron unas horas más tarde a Santiago, en autobús.

—¿Quieres que vayamos a comer? —le preguntó Raúl.

—No tengo hambre, tal vez más tarde. —Greta se había relajado, aunque su estómago seguía encogido.

—Si te apetece, podemos entrar a tomar una copa y unos pinchos en ese bar. —Raúl señaló dos puertas más abajo donde había un letrero que sobresalía en el lateral de Estrella de Galicia.

—¿Unos pinchos y una copita? ¡Me seducen! Vamos.

Entraron en el bar. La barra estaba repleta de pinchos colocados dentro y encima de una vitrina refrigerador que cubría la barra. La bebida popular de ese sitio era el vino turbio y la caña de cerveza. Les pusieron unos cuencos blancos de cerámica rebosantes de vino y pidieron diferentes pinchos. Greta comió medio pincho y se dejó el resto. Lo que sí se tomó fue el cuenco de vino.

-∞-

Cogidos de la mano, entre charlas sobre sus gustos musicales y preferencias gastronómicas, fueron dirección al Hostal. Subieron a la habitación llevados por la inercia. Entraron, se cerró de golpe la puerta a sus espaldas y Greta dejó fuera todos sus desasosiegos.

Ejerció la puerta de espectadora y, apoyados en ella, se unieron igual que el hierro al imán. Juntaron sus bocas con avidez mientras, sus manos sincronizadas

se deslizaban por sus cuerpos. Raúl palpó la figura de Greta. Una y otra vez recorrió sus curvas, le dijo que las quería grabar en su memoria y que haría una escultura con sus medidas. Se fueron despojando de sus ropas y las dejaron en desorden de la puerta a la cama. Eran dos cuerpos llenos de química que necesitaban explotar. Bailaron sobre las sabanas a ritmo de jadeos, se quedaron exhaustos y siguieron abrazados.

Raúl, vestido con la toalla de falda se fue al baño y llenó la bañera de agua tibia. Sacó a Greta de la cama desnuda y la acompañó hasta el baño donde la cogió de la mano y la invitó a sumergirse en la bañera. Greta obedeció, se estiró dentro del agua y dejó la cabeza fuera. Raúl enjabonó el cuerpo de Greta con delicadeza y frotó con suavidad sus partes íntimas. Rozó su sexo y ejerció una ligera presión sobre el botón adormilado de Greta. A cada presión, Greta, gemía. Raúl se metió en la bañera y se acomodaron los dos, dentro del agua. Enjabonó el cuerpo de Raúl. Se abrazaron y besaron mientras se aclaraban bajo el chorro de agua. Se secaron uno al otro y se envolvieron en las toallas.

Volvieron a la cama deshecha. Raúl encendió el televisor en busca de música que los amenizara y localizó un canal de videoclips en el que apareció una Luz Casal mágica, vestida de rojo, entonando un «Piensa en mí». Greta tumbada en la cama, al lado de Raúl, ya no se acordaba ni de su nudo en el estómago, ni de Gabriel, ni de Yolanda y Marta. Estaban ellos dos en el pequeño mundo de una habitación y le bastaba.

Al cabo de unos minutos Luz Casal dejó de ser escuchada para poner toda su atención en la conversación de dos personas que se entienden en silencio.

Greta estaba tumbada boca abajo. Raúl le retiró el pelo de la nuca y la besó. Raúl avanzó y paseó los labios por la espalda de Greta hasta llegar a sus nalgas donde se entretuvo en propiciarles pequeños mordiscos alternados de lametones. Le dio la vuelta y se acercó a sus labios con afán y resiguió con la punta de la lengua sus dientes, hasta abrirse paso para rozarse con la lengua de Greta que esperaba, ávidamente, ser alcanzada. Raúl se despegó para mirar a Greta y volver a la carga sobre su cuello y descender hasta sus hombros y de allí bajar, subir y rodear sus pechos. Los pezones de Greta asomaron y se endurecieron, pedían ser devorados, Raúl los complació. Su boca siguió su camino hasta alcanzar el ombligo de Greta y se deslizó hasta perderse en su sexo, presionando con la boca su fresa, lamiendo en círculos y, luego, jugando como si quisiera sacar su jugo y beberlo. La fresa de Greta se desperezó, se sacudió todo el polvo que tenía acumulado y apareció vestida de gala. Raúl levantaba la vista a cada agitación de Greta. Le gustaba mirar cómo se retorció de placer. Lo excitaba.

Greta apartó con suavidad a Raúl y lo dejó tumbado en la cama. Necesitaba



sentirse activa y se sentó sobre el miembro erecto de Raúl para ser su amazona y moverse lentamente sobre él mientras se agachaba para besarle con fuerza y de allí dirigirse a los pezones para lamerlos y morderlos. Raúl en cada embiste de Greta a sus pezones rozaba el dolor y el placer. Raúl, en posición relajada, aprovechaba para acariciar su fina piel.

Greta se sintió poderosa y cabalgó sobre Raúl acompañada de las manos de éste que, colocadas en su cintura, le ayudaron a marcar el ritmo. Acabaron exhaustos y abrazados. Se durmieron. Raúl se despertó de madrugada, la besó y se volvió a dormir abrazado a ella.

A la mañana siguiente, después de la ducha y el desayuno que Raúl había hecho subir a la habitación, tocaba despedirse. Se besaron mil veces más. Les costó separarse, se despidieron varias veces y prometieron volverse a ver. Hablaron de que no hay distancias largas y de los medios caminos.

Greta estaba subida en una nube, cogía pedacitos y se los comía camino al albergue.

Recordaba el cuerpo de Raúl milímetro a milímetro. Había grabado en su recuerdo sus miradas, gestos y juegos. Andaba y sentía las manos de él sobre ella, recorriéndola con astucia.

-∞-

Greta aporreó la puerta de la habitación con fuerza para avisar de su llegada, la abrió y entró, con la cara de quien está a punto de explotar de felicidad. Yolanda y Marta la miraron de arriba abajo. Le giraron la cara y agacharon sus cabezas para seguir metiendo sus pertenencias en las mochilas.

Greta les dijo un «¡Hola!» que ellas no contestaron. La ignoraron. Habían acordado no hablarle.

En la catedral de Santiago, lo enfadadas que estaban no les dejó disfrutar del momento de agradecimiento por haber finalizado el camino. Pasaron el rato cuchicheando sobre Greta y Raúl, criticando cada movimiento, odiando a Raúl que había apartado de ellas a alguien que les pertenecía y pronosticando malos presagios para ellos. La rabia les había nublado el entendimiento.

La situación se hacía incomoda, la tensión se respiraba. Greta no sabía dónde meterse.

Greta se colgó la mochila grande y sujetó la pequeña con la mano, dispuesta a marcharse. Yolanda vio sus intenciones y la miró fijamente a los ojos. Sus ojos

miel se habían oscurecido y soltaban chispas, los músculos de su cara estaban contraídos. Le recriminó.

—¿Te parece bonito lo que nos has hecho? Nunca hubiese pensado de ti que fueses tan insensata. Nos has amargado el viaje. Nos has estropeado lo que podía haber sido una bonita experiencia. Has sido una egoísta, sólo has pensado en ti. Eres una persona desleal a tus amistades y no vales la pena.

—Nos has traicionado, nos has dejado colgadas —le reprochó Marta.

Greta estaba tan feliz que le daba igual lo que le dijeran, incluso tuvo que hacer esfuerzos para no reírse. Yolanda le pareció, por un momento, la típica institutriz severa que está riñendo a un niño travieso y Marta su colaboradora. Estaba viendo a dos mujeres que estaban basando su frustración en que ella hubiese tomado la decisión de pasar su último día con Raúl. No se alegraban de su felicidad. Se lamentaban y se quejaban. Estaban siendo unas egoístas. Estaban empatadas, cada una de ellas anteponía sus propios intereses a los de las otras. Greta antepuso sus ganas de vivir una aventura, a la amistad de Yolanda y Marta. Yolanda y Marta juzgaron a Greta y antepusieron la frustración de sentirse abandonadas y reemplazadas por un desconocido a los deseos de Greta.

Greta cogió sus bártulos y salió en dirección a la parada del autobús que la dejaría en el aeropuerto. Llegó sobrada de tiempo. Facturó la mochila con tranquilidad, se fue a tomar un café y se entretuvo en la papelería. Ojeó libros de nueva publicación. Al final se decidió por uno de historia novelada, de una escritora a quien hacía tiempo quería leer. Se dirigió a un banco, dispuesta a comenzar el libro, aunque antes envió unos WhatsApps a Raúl.

Greta 12:10

No me perdería ni un segundo de los que he pasado contigo.

12:11 Raúl.

Todavía huelo a ti.

Estoy deseando volver a ver tu sonrisa.

Greta 12:15

Y yo la tuya.

Greta 12:20

Te dedico esta canción.

Greta buscó en YouTube el video de la canción «Tres palabras», compuesta por Osvaldo Farrés e interpretada por Manu Tenorio, y se lo mandó.

Al poco de estar esperando a que abrieran la puerta de embarque, vio aparecer a Yolanda y Marta. Se mantuvieron alejadas de Greta en todo momento. Se tenían que sentar juntas, habían sacado los tres billetes a la vez y en asientos correlativos. Se abrieron las puertas y la gente empezó a entrar en el avión. Greta se mantuvo sentada en su silla hasta que todos hubieron embarcado. Quería llegar la última para comprobar que asiento le habían dejado libre sus conocidas. Pensaba ignorarlas. Tenía el libro y pensaba utilizarlo en el vuelo. Cuando entró las vio acomodadas. Le habían dejado el asiento que da al pasillo. Greta lo agradeció, así, si tenía que salir, no les tendría que pedir que la dejaran pasar. Esta vez no las saludó. Se sentó al lado de ellas como el que viaja con un extraño que no te inspira confianza y con el que no quieres entablar conversación alguna.

# SEGUNDA PARTE

## -Capítulo 11-

### La noticia.

Greta y Gabriel estaban sentados frente a una ilustración de la anatomía del riñón, enmarcada en cristal, colgada en una pared blanca. Un riñón diseccionado por la mitad que dejaba al descubierto todas sus arterias, venas y uréter. El funcionamiento del riñón estaba perfectamente explicado, las venas de azul, las arterias de rojo y rodeado de flechas que señalaban las diferentes zonas y partes del riñón. Era lo más interesante que había en la consulta para entretenerse mientras esperaban al doctor.

El doctor Ros entró en la consulta acompañado de la enfermera que momentos antes los había acomodado en dos sillas, frente a la mesa. El doctor Ros, de mediana edad, pelo canoso y tez morena, lucía una bata blanca, impoluta. Greta notó que le subía la tensión. Hace años le diagnosticaron el síndrome de la bata blanca. Aunque esta vez la consulta no le concernía directamente, el doctor Ros le imponía. Un hombre minimalista en saludos y expresiones que se sentó delante de la pantalla del ordenador de su mesa. Fijó los ojos en los datos que iban apareciendo. De vez en cuando fruncía el ceño y ponía cara de preocupación.

Les explicó, pausado, con un vocabulario sencillo, que la insuficiencia renal de Gabriel había pasado a ser aguda. Gabriel tendría que realizar diálisis tres veces por semana. Les aconsejó que hablasen con la familia. Tenían que encontrar un donante de riñón. La enfermedad de Gabriel estaba en un estado avanzado.

Salen de la consulta cabizbajos. En el trayecto del hospital a casa, Greta le dice a Gabriel.

—Tienes que hablar con tu familia. Reunirlos y explicarles tu situación. Esto no lo puedes dejar, cuanto antes lo hagas antes sabremos a qué atenernos. Hay que buscar soluciones.

—Déjame que esto lo haga yo a mi manera. Ya iré hablar con mi madre.

Greta le observó la cara mientras Gabriel conducía. No se fiaba de lo que él

llamaba «a mi manera». Se notaba que no quería que ella estuviese presente cuando hablase con su familia.

—Si quieres preparo una comida familiar con tu madre y hermanos en casa — le propuso Greta.

La boca de Gabriel se contrajo como cuando algo le molestaba o no era de su agrado.

—No, prefiero ir solo a ver a mi familia y preguntarles. Sabes que mi hermana esta delicada y que mi hermano es mayor. No los quiero forzar a nada.

—Lo que pienso es que cuanto antes lo sepan, antes te dirán lo que piensan al respecto y podremos buscar soluciones.

A Greta le quedó claro que ella no estaría en esa reunión y que no podía hacer nada más. Pensó que sería mejor enfocar la lucha por otro lado y continuó hablando.

—Has oído bien lo que ha dicho el doctor sobre la dieta. Es importante. Procura no saltártela.

—No entiendo porque me dices eso, yo sigo bien la dieta.

—De eso nada, comes lo que te da la gana y sin medida. Esta discusión ya la hemos tenido varias veces. Tendrías que ser más riguroso con las cosas que importan de verdad.

—Lo soy.

—A ver si es verdad.

A ninguno de los dos le quedaba ánimo para discutir y siguieron el resto del trayecto en silencio.

-∞-

Ese mismo fin de semana Gabriel fue a hablar con su familia. La madre, los hermanos y los sobrinos le escucharon atentamente. Le dijeron con caras apenadas cuanto lo sentían. Su madre lloró del disgusto. Gabriel no obtuvo ninguna respuesta afirmativa, ni percibió a nadie con ganas de implicarse en su problema. Recibió palmaditas en la espalda, de apoyo moral, que le indicaban que debía de arreglarse con sus problemas que ellos tenían los suyos.

Gabriel se despidió de su familia y se dirigió a la puerta pasando por aquel pasillo que tantas veces había recorrido desde que aprendió a andar en él. La madre le siguió junto a su hermana para despedirlo en la puerta y cuando iba a salir, justo antes de cruzar el umbral hacia la calle, su madre le dijo.

—Gabriel, espera un momento.

Gabriel se dio la vuelta y miró a las dos mujeres que tenía enfrente; su madre y su hermana le parecían dos desconocidas, que trataban de disimular aquello que su mirada evidenciaba, un sentimiento de pena hacía él. El fuerte, el invencible de la casa, el que podía con todo y ahora, de repente, se había convertido en el miembro de la familia más débil. Su madre se le acercó le puso la mano en el hombro y le dijo.

—Habéis valorado Greta y tú que sea uno de tus hijos el donante. Tendrías que hablar con ellos. Son ellos a quienes les toca ayudarte en estos momentos, tu mujer y tus hijos.

Gabriel dio un paso hacia atrás para apartar la mano de su madre que le empezaba a quemar en el hombro. Mantuvo la mirada fija en sus ojos negros de donde había desaparecido aquella complicidad que tenían cuando él era niño, cuando se entendían con una mirada, y con voz firme argumentó.

—Vosotros también sois mi familia, o eso creía yo.

—Y nosotros hemos creído durante mucho tiempo que éramos parte de tu familia aunque, cada vez que te hemos necesitado, estabas demasiado ocupado para dedicarnos unos minutos.

Gabriel apretó los dientes, cerró los puños, dio media vuelta y se marchó sin replicar.

Gabriel le contó a Greta lo que quiso, ocultando parte de la información.

A Gabriel el lunes, puntualmente a las cinco de tarde, pasaron a recogerlo por su casa con un transporte sanitario que lo llevó camino a su primera sesión de diálisis. Había pedido jornada reducida en el trabajo para poder ir al Hospital. A partir de ese lunes Gabriel estaría en casa todos los días a la hora de comer. Greta se organizó para controlar las comidas de Gabriel y así lo hizo hasta que un día descubrió en el lavadero un rincón lleno de cascos de cerveza vacíos y el bote de frutos secos de la despensa bajo mínimos; ni siquiera se había molestado en disimular, tirando los cascos vacíos al contenedor de cristal, cuando ella trabajaba, para que no se diera cuenta. No valía la pena decirle nada. Greta se dio por vencida y pensó que si se quisiera un mínimo se cuidaría un poco. Gabriel no estaba acostumbrado a esforzarse por nadie y en ese «nadie» se incluía él.

Pasaban a recoger a Gabriel en días alternos y lo devolvían a casa hacia las once de la noche. Invertía cinco horas en el proceso.

Greta salió de trabajar. La buena temperatura invitaba a pasear. Camino a casa, iba haciendo paradas en los escaparates de ropa que encontraba. Se tomó unos momentos de relax. Gabriel no volvería hasta tarde del hospital. No tenía prisa. Hizo una alto en la cafetería de la Rambla y aprovechó para mandarle un

WhatsApp a Raúl.

Greta 20:10

Hola, si te va bien podemos hablar.

Raúl 20:15

Estoy trabajando.

¿Te va bien sobre las 20:30?

Greta 20:16

Perfecto.

A las ocho y treinta y cinco sonó su teléfono. Era Raúl.

—Hola bailarina. Me tienes intrigado con las cosas que tienes que contarme.

Greta arrancó a llorar solo con escuchar la voz de Raúl. Descargó en esos minutos toda la tensión acumulada durante días. Cuando se serenó le contó.

—Gabriel ha empezado hoy la diálisis. El médico le ha dicho que está mal. Tenemos que encontrar un donante de riñón.

—¿Qué posibilidades tiene de encontrar el donante?

—No lo sé, habló el fin de semana pasado con su familia y estamos a la espera de una respuesta. Ha sido todo tan rápido que todavía no lo he asimilado.

—Sabes que me tienes, cuenta conmigo para lo que necesites.

—Te hecho a faltar, si te tuviese cerca todo sería más llevadero.

—A mí también me gustaría tenerte cerca. Te daría ahora mismo unos cuantos mimos y te estrecharía entre mis brazos hasta que te cansases de estar allí refugiada. Por el tono de tu voz creo que te hacen falta.

—Lo que daría yo ahora por un abrazo tuyo.

—Cierra los ojos y recuerda el abrazo que nos dimos en la habitación del hotel en Santiago. Imagínate que estoy a tu lado y te estoy abrazando ahora mismo. —A Greta le brotó una furtiva sonrisa provocada por el recuerdo.

—Has logrado sacarme una sonrisa. Me sienta bien poder compartir mis dolores de cabeza con alguien.

—Lláname cuando quieras. La conversación ha valido la pena si he logrado sacarte una sonrisa. Estaré ahí siempre para darte apoyo.

Greta recargó las pilas en la conversación que tuvo con Raúl lo suficiente para llegar a casa de buen humor y preparar una buena cena pensando en su excursión



por Santiago.

Los miércoles Greta tenía libre. Ese día coincidía con el día libre de la camarera de la cafetería de la Rambla donde solía tomar el café matutino. Greta la llamó nada más salió Gabriel por la puerta. Necesitaba estar fuera de las cuatro paredes que veía todos los días. Su vida se reducía a trabajo, casa, casa, trabajo. Quedaron en que Greta la recogería a las siete de la tarde. Se fueron a merendar al paseo marítimo de Castelldefels. Pasearon por la playa y terminaron en un pub tomando una copa de vino. Greta miró el reloj del móvil a la vez que la boca se le encogía pronunciando el código de barras de su labio superior, casi inexistente en ella, y los ojos se le cerraron formando una raya que dejaba asomar algún reflejo verde. Le salió la voz de quien sufre de repente alguna indisposición y dijo.

—Venga, vámonos.

—No me he terminado la copa.

—Da igual, déjala, me tengo que ir.

—Menudas prisas te han entrado de golpe —dijo la chica molesta por la insistencia de Greta en marcharse.

—Mira, si no quiero tener problemas tengo que llegar a casa antes que Gabriel. Si te parece puedes quedarte, lo entiendo, pero yo me voy.

—Regreso contigo.

Greta, ya en el coche, más tranquila, le contó lo de la enfermedad de Gabriel, la diálisis y que se había vuelto más susceptible a raíz de los problemas de salud. La enfermedad y el carácter de Gabriel iban de la mano, empeorando día a día.

Greta no tuvo que dar explicaciones a nadie porque llegó a casa antes que Gabriel. Éste llegó un poco mareado y se acostó.

-∞-

Al día siguiente Gabriel se acercó a Greta, la abrazó, la besó y la empezó acariciar. Greta se puso rígida, no respondió a ninguno de sus afectos, lo apartó con delicadeza y le dijo.

—Déjalo Gabriel no estoy para fiestas, estoy cansada y me duele la cabeza.

Seguidamente Greta se metió en la habitación de la plancha y empezó a utilizar ésta con energía. Era el quinto intento desde que Greta había vuelto del camino y el quinto rechazo. Pronto le dejarían de servir los dolores de cabeza, estomago, espalda y cansancios varios. Después de haber intimado con Raúl, el

solo hecho de imaginarse estar con Gabriel le revolvió las tripas y le ocasionaba nauseas.

## -Capítulo 12-

### El órgano

De nuevo estaban sentados ante la lámina de la anatomía del riñón. El doctor Ros entró con el rostro de preocupación habitual. A Greta le parecía que siempre estaba enfadado o que las noticias que traía eran un ultimátum. El doctor los miró a los dos y dirigiéndose a Gabriel le dijo.

—Bueno, ¿qué me cuentas? —Hizo una pausa sin apartar la mirada de Gabriel, esperando noticias.

—He hablado con mi familia. Ellos no pueden darme apoyo, mis hermanos están delicados de salud y mi madre es mayor. No me ayudarán.

—Hay tres tipos de donante diferentes. Los genéticamente relacionados y familiares o amigos no relacionados, si los primeros fallan hay que buscar entre los segundos. —Esta vez el doctor Ros clavó la mirada en Greta.

Una vez fuera de la consulta y subidos en el coche, camino de casa, Greta le dijo a Gabriel, en un tono tranquilo y pausado, que dejaba claro que lo que decía era incuestionable.

—No quiero volver a ver a tu madre ni a tus hermanos. No pienso invitarlos estas navidades y tampoco iré a su casa. Si quieres vas tú con los niños, yo me quedaré con mi familia.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio. Estoy enfadada con tu familia y contigo. Me has estado ocultando lo que he oído delante del doctor. No me contaste la verdad. Tenía el presentimiento de que no moverían un dedo por ti.

Al día siguiente Greta habló con Raúl y volvió a llorar durante un buen rato. La situación de Gabriel la estaba superando y ella pensaba que sus hijos eran muy jóvenes para quedarse sin padre.

Greta llegó del trabajo. Entró en el comedor donde Gabriel estaba viendo el televisor. Se sentó a descansar, le dolían las piernas de estar todo el día de pie. La

empresa había lanzado una campaña publicitaria con ofertas especiales y eso ocasionó que el ritmo de trabajo de esa semana hubiese aumentado. Gabriel, al ver que Greta se sentó, bajó el volumen de la televisión y le preguntó.

—¿Qué tal están tus amigas? Desde que volvisteis no habéis vuelto a salir de caminata.

—No estoy de humor para salir a andar, tengo otras preocupaciones. Ellas también tienen mucho trabajo.

—Las podrías invitar a comer el domingo, si quieres os hago una paella.

—Gracias. No me apetece. Lo que tengo es ganas de descansar no de liarme con comidas en casa.

—Lo prepararé todo yo.

—Ya nos conocemos. Acabaré ejerciendo de chacha recogiendo todo lo que tú dejas por medio y no descansaré en todo el domingo. No gracias. No insistas.

-∞-

Greta miró a Gabriel y se encontró con un hombre de piel color cetrino. Había adelgazado y su cara se había arrugado a una velocidad vertiginosa, las ojeras permanentes le daban un aire tétrico.

Gabriel se aproximó a Greta y se sentó su lado. Le echó el brazo por encima de los hombros y la atrajo hacia él e intentó besarla. Greta apartó la cara. Lo empujó con las dos manos firmes hacia atrás y se levantó, en un impulso, del sofá como si el asiento se hubiese llenado de pinchos. Los ojos de Greta se habían afinado casi en una línea y con la boca apretada dijo.

—Ya te dije el otro día que no estoy para fiestas. No lo intentes más. Estoy pasando por un mal momento. Te pido que me respetes. —Se dio media vuelta y desapareció en dirección a la cocina.

Gabriel, de mala gana, permitió que Greta lo rechazase de nuevo. Deseaba a la nueva Greta, la que se revelaba y la que le plantaba cara.

A Greta, de vez en cuando, le venían recuerdos de instantes vividos con Yolanda y Marta. Pasaron momentos inolvidables juntas. Pensó en la borrachera de Marta, en la confesión de su secreto, la obsesión de años por una pasión amorosa sin sentido y el daño que ésta le había estado haciendo. Había dejado de vivir su vida para perseguir un imposible. Yolanda y sus relaciones ocultas en busca de la relación perfecta. A Greta le hubiese gustado que las cosas hubiesen tomado otra dirección. Las echaba de menos. Después de cinco días de

convivencia, ya se conocían lo suficiente como para ser amigas hasta la vejez. Las quería en su vida y deseaba volver a compartir momentos con ellas.

## -Capítulo 13-

### El reencuentro

Greta salió de trabajar y ese día no se dirigió a casa. Salió a toda prisa hacia la cafetería donde, tiempo atrás, solían quedar con Yolanda y Marta. Hacía meses que no iba ninguna de ellas por temor a encontrarse con las otras. Greta estaba nerviosa. Habían aceptado la invitación pero no tenía claro que aparecieran. La primera en llegar fue Marta, estaba más delgada. Su expresión y brillo eran diferentes. Lo que había cambiado en Marta era que sonreía continuamente. Llegó, saludó a Greta con dos besos y tomó asiento como si todo siguiese igual que antes de realizar el Camino de Santiago. El cambio y la actitud de Marta tranquilizaron a Greta.

A los diez minutos asomó tímida Yolanda. Se le notaba en los gestos nerviosos de que había dudado de si acudir al reencuentro. Saludó, sin gracia, como aquel que hace una visita de compromiso, sin mayor interés y mirando a Greta dijo.

—Tú dirás, ¿qué es lo que tienes que contarnos tan importante?

—Vosotras seguro que os habéis estado viendo a menudo —dijo Greta.

Yolanda la interrumpió para aclarar.

—Nosotras no nos hemos visto desde el día en que tomamos el avión. He estado molesta con Marta.

—No me has dicho nada y no sé qué es lo que te pude hacer que te molestó tanto. —Marta, sorprendida por las palabras de Yolanda, entendió el porqué de las excusas que Yolanda le había estado dando cada vez que la llamaba para quedar. Anteriormente, Marta, había pensado que era por exceso de trabajo.

—Ahora ya se me ha pasado. La noche en la que bebiste de más dijiste cosas de mí que me afectaron. Nunca imaginé que tú pensaras que soy una estirada, una desafortunada en el amor y no me digas que no lo pensabas, porque los borrachos y los niños dicen la verdad y tú estabas muy bebida.

—No me puedo acordar de todo lo que dije esa noche. Pero, si te ofendí en algo, no quise hacerlo. Y los borrachos deliran, eso de que dicen la verdad son cuentos chinos.

—El viaje nos sirvió para conocernos más profundamente y eso tendría que servir para unirnos y no para separarnos. Es una pena que tiremos tantos años de relación por cinco días —dijo Greta.

—Fueron intensos —añadió Yolanda.

—Reconozco que me fue bien salir de mi entorno y ver mi vida pasar como una película desde la butaca del espectador. Tras el regreso han cambiado muchas cosas —dijo Marta.

Yolanda también estaba diferente. Parecía más niña, había ganado un par de kilos que le redondeaban la cara. Le daban un aspecto saludable, la ropa le sentaba mejor y le habían salido unas curvas que la favorecían.

Greta era la que tenía peor aspecto de las tres. Las ojeras, de pasarse las noches continuamente en vela, no las disimulaba ni el maquillaje. Su cara era la de una persona aquejada de dolor de cabeza continuo. Las arrugas del contorno de los ojos, de las comisuras de los labios y de la frente se manifestaban como nunca. La sonrisa jovial de Greta se había ensombrecido y ya no asomaba. Greta tomó la palabra.

—Me alegro de que estemos las tres de nuevo juntas. Cuando os llamé, dudé de que vinierais. Están ocurriendo cambios importantes en mi vida y quiero que lo sepáis de primera mano.

Yolanda y Marta se acercaron más a Greta alertando todos sus sentidos para no perderse nada y guardaron un silencio riguroso.

—¿Os acordáis de la llamada que recibí de Gabriel hablándome de la cita con su médico y de que nos adelantaron el día de visita? Estamos en una situación crítica. Gabriel ha empezado la diálisis, va tres veces por semana y su enfermedad avanza. Necesita un trasplante de riñón urgente.

—Por eso tienes tantas ojeras. Lo estaréis pasando fatal. —dijo Marta con cara afligida.

—Ni te lo imaginas Marta. Es un sin vivir. No dormir un día tras otro, dando vueltas y barajando posibles soluciones

—¿Y la familia? ¿Qué dice? —pregunto Yolanda.

—La familia de él le ha dicho, en pocas palabras, que buscara la vida, que ellos ya tienen bastantes problemas y que no pueden hacer nada. Tienen miedo porque la enfermedad es congénita, deben pensar que si le dan un riñón podría hacerles falta a ellos, quizás se lo dan y después se ponen enfermos. Yo pienso que ni se han planteado ayudarle. Nos han dejado solos.

Además de la débil salud que tenían los miembros de la familia de Gabriel, Greta ignoraba otra de las razones de peso que les hacía inmunes a los problemas actuales de Gabriel. No era sólo que, viviendo en la misma población, pasase a visitar a su madre cada dos meses o que no les llamara nunca interesándose por ellos. Eran pocas las veces que Gabriel visitó a su padre mientras estaba enfermo y el hecho de que, cuando le dieron el ultimátum, los dejó solos marchándose de vacaciones y regresando la semana antes de su fallecimiento. Se sintieron abandonados en los momentos en que se necesitaban todos. Si hubiese sido por trabajo lo hubieran entendido. Irse de vacaciones y de fiesta era otra cosa. La madre de Gabriel estaba resentida con su hijo. El día que Gabriel acudió a hablar con su familia, a la madre le extrañó una visita de su hijo sin motivo aparente. Sabía que iba a pedir algo.

—¿Y qué vais hacer? —preguntó Yolanda.

—Buscar soluciones. Por eso llevo días sin dormir. Necesitamos un donante con urgencia.

—¿Tenéis a alguien que esté dispuesto a donarle el riñón a Gabriel? —preguntó Marta.

Las tres tenían cara de preocupación. Las noticias de Greta habían calado hondo en Yolanda y Marta.

—Sí, tenemos a una persona.

—Que bien, nos alegramos. Esa es una buena noticia —dijo Yolanda mirando a Greta—. ¿Quién es? Si se puede saber.

—Soy yo.

Las ojeras de Greta indicaban que hablaba en serio. La boca abierta de Marta, el entrecejo fruncido de Yolanda y la parálisis facial momentánea de las dos lo decían todo. Nunca se hubiesen esperado que Greta le diera una parte de ella a Gabriel y menos a la vuelta de sus vacaciones y sabiendo de su aventura con Raúl.

—¿Lo has pensado bien? No estas obligada a hacerlo —dijo Yolanda.

—He tenido tiempo de meditarlo. Mis hijos son mayores de edad. No quiero que sea uno de ellos el donante. Soy su madre y los conozco lo suficiente para saber lo que piensan. Lo hago por ellos.

—Y por Gabriel. Este es un acto de amor muy grande —añadió Marta.

—Digamos que es humanidad y amor de madre.

—Piénsalo bien. Si algo sale mal tus hijos se quedarían sin padre y sin madre —advirtió Yolanda.

—En esta vida hay que correr riesgos y la decisión está tomada. Gabriel todavía no lo sabe, sois las primeras personas a quien se lo cuento. Mañana



hablaré con él y los chicos. Luego iré a ver a mis padres. Ya lo he soltado todo. Ahora os toca a vosotras. ¿Qué me contáis?

Greta necesitaba cambiar de conversación y dejar de ser el centro de atención. No quería empezar a llorar sabiendo que si lo hacía no pararía.

Empezó a hablar Marta, a quien se le notaban las ganas de explicar sus novedades.

—Juan y yo estamos visitando la consulta de una psicóloga especializada en terapia de parejas. Lo propuse porque Juan no tiene ningún problema. La que tiene que cambiar soy yo y pensé que me vendría bien algo de ayuda externa. Hemos retomado el sexo. —Marta paró, suspiró y siguió—. Más que retomarlo lo estamos iniciando. Me siento como una jovencita inexperta. Sabéis, todo es nuevo para mí.

—No eras tú la que decías que estábamos mayores para esas cosas —dijo Yolanda poniendo ojitos.

—Sí, eso decía aquella Marta, la otra. La de ahora piensa diferente, eso os lo tengo que agradecer a vosotras y al Camino de Santiago que me abrieron la mente. Lo mejor ha sido reencontrarme con Juan. He dejado el coro. Le dedico más tiempo a estar con mi familia. Juan y yo hacemos muchas actividades juntos y a veces se apunta el niño. Se viene a ver alguna película o a cenar con nosotros. Estoy aprendiendo a disfrutar de ellos. Me ha dicho la Psicóloga que hay muchas personas que viven de ilusiones y se pierden el día a día por expectativas falsa y yo era una de esas. No quiero ni pensar en todo lo que me he perdido por una fantasía.

—Lo importante es que te has dado cuenta, has buscado ayuda y te va bien. Lo que cuenta son los resultados —apuntó Greta.

—Gracias a nuestras vacaciones y vuestras charlas se me cayó la venda de los ojos, a pesar de que me resistía y me poníais de mal humor cada día. No recuerdo el haber estado enfadada durante tanto tiempo seguido. Cuanto más me daba cuenta de que estaba equivocada, más me enfadaba.

Yolanda escuchaba en silencio y con voz prudente y, sin dar importancia, dijo.

—Yo en este tiempo he conocido a una persona.

Greta y Marta pusieron toda su atención sobre Yolanda que se sonrojó.

—No me miréis así que me intimidáis. Solo he dicho que estoy conociendo a alguien. Cuando sea el momento ya os lo presentaré. Es una persona que me da paz y tranquilidad.

—Por eso te he visto tan cambiada. Estás más guapa.

—Tiene razón Greta, estás diferente, se te ve relajada.

Marta hacía rato que se mordía la lengua. No pudo aguantar más y le preguntó

a Greta.

—¿Sigues en contacto con Raúl?

Greta vaciló antes de contestar. No le molestó la pregunta, de hecho habían tardado mucho en hacerla y se la esperaba, respiró profundamente para coger ánimos.

—Al principio Raúl y yo hablábamos en cada momento que nuestro trabajo y vidas personales nos lo permitían. Llego un día en que Raúl desapareció. Dejo de contestar a mis WhatsApps. No me cogía el teléfono. Me bloqueó en el Facebook. Todo ello sin darme una explicación.

Las ojeras y la mala cara de Greta estaban justificadas. La suma de cargas y la desaparición de Raúl le estaban afectando a la salud. Había perdido las ganas de comer. Su estado de ánimo le pedía cama, taparse la cabeza con las sábanas y quedarse allí enclaustrada. Pasaba horas preguntándose qué es lo que había hecho mal con Raúl. ¿Le habría dicho algo que no le gustó? ¿Se habría enfadado porque, en la última conversación que tuvieron, le contó las intenciones de donarle el riñón a Gabriel? Raúl la animó y le dijo que tenía que estar convencida, que él la apoyaba. No entendía nada por más vueltas que le daba.

—A ese chico siempre lo vi raro. Nunca me gustó. Lo que buscaba era aprovecharse de ti y luego si te he visto no me acuerdo. Con esos hombres hay que tener cuidado.

—Yolanda, no digas esas cosas. No me arrepiento de nada y no me sentí en ningún momento utilizada. Hice lo que quise hacer. Raúl me dio mucho en el poco tiempo que compartí con él. No me perdería ni un segundo de los que pasé junto a él. Me hizo sentirme mujer de nuevo y sobre todo querida. Me subió la autoestima. El sabrá las razones por las que actúa así. Lo que tengo claro es que me debe una explicación y confío en que me la dará.

—Ojalá tengas razón Greta. Yo le cogí manía sin ningún motivo, estaba celosa de cómo te miraba. Sentía celos de los dos. Nos lo encontrábamos y se te iluminaba la cara. Os mirabais de una manera especial, se notaba la tensión entre vosotros. La noche del baile, él seguía cada movimiento que dabas y te devoraba con los ojos. Me moría de celos, esa es la verdad.

Los comentarios de Marta trajeron recuerdos a Greta provocando que le asomase una sonrisa en su tristeza.

—Bueno, siendo sincera, yo también estaba un poco celosa. Por eso me enfadé tanto cuando te fuiste a Santiago con él. Me dio rabia que fueses tú quien encontrase el amor. Me parecía injusto, tú tenías a Gabriel, Marta a Juan y yo estaba sola.

—Eso ya pasó y ahora volvemos a estar juntas que es lo que importa. ¿Qué tal

si pedimos unas copas de cava? —dijo Greta, disimulando con una falsa sonrisa para que no se le notara que estuvo a punto de soltar una catarata de lágrimas al hablar de Raúl.

Se arremolinaron en un abrazo. Pidieron unas copas de cava y brindaron por la amistad y el reencuentro.

-∞-

Greta esperó a la comida del domingo para tener juntos a sus dos hijos y a Gabriel. Greta escogió el momento de los postres. Antes de que los niños se levantaran de la mesa para ir a sus habitaciones a arreglarse para salir con los amigos. Dejó un pastel de nata y chocolate encima de la mesa sin cortar y se quedó de pie mirando a sus hijos que estaban enfrente.

—He pensado —dijo— que voy a ser la donante del riñón de vuestro padre. Es una decisión muy meditada y no hay nada que me pueda hacer cambiar de opinión.

Gabriel respiró aliviado y los chicos se lanzaron a los brazos de su madre. Ella, como había hecho siempre, acababa de solucionarles el problema más grande que habían tenido hasta el momento. Sabían que la decisión que había tomado era inamovible y la dieron por definitiva.

Greta pensaba que Gabriel era un buen padre, atento con sus hijos, pendiente de sus actividades y logros escolares. Los reprendía si fallaban o cometían travesuras y los felicitaba al alcanzar las metas. Era justo con ellos.

Lo difícil para Greta fue hablar con sus padres. Ella era hija única y sus padres tenían una edad avanzada. Los padres de Greta entendieron la decisión de su hija. Era mejor que fuese ella la donante que uno de sus nietos.

## -Capítulo 14-

### El Facebook

Era miércoles, Gabriel estaba en diálisis. Greta se movía por casa subiendo y bajando escaleras, colocando ropa en el armario y reordenando lo ordenado; necesitaba mantenerse ocupada y cansarse. El no dormir le estaba afectando al trabajo. Hoy empezaría a tomar unas pastillas a base de valeriana que le habían vendido en la herboristería de confianza. De no surgir efecto, acudiría al médico de cabecera. Sonó su canción de llamada del móvil. Lo cogió pensando en su madre. No llevaba puestas las gafas y no se molestó en buscarlas para ver quien la llamaba. ¡Maldita presbicia! La voz que le habló la dejó muda por unos instantes. Era Raúl.

—Hola Greta. ¿Cómo estás?

—Estoy.

—Te debo una explicación.

—Eso mismo pienso yo.

—Siento mucho no haber contactado contigo últimamente. Entiende que yo tengo mis propios problemas personales. Me cuesta mucho avanzar en mi situación y me estoy reubicando. Cuando recibí el mensaje de Gabriel por Facebook me quedé fuera de juego y decidí desaparecer de tu vida. No estaba tranquilo. Gabriel hizo que me sintiera mal. Estoy visitando a un psicólogo porque necesito ayuda. Hay muchos días en los que no me levantaría de la cama. No llevo bien lo de estar solo y no quiero ir a vivir con mis padres. El psicólogo me ha aconsejado que elimine motivos de preocupación y así me sentiré mejor. Te acabo de enviar un mensaje por Facebook. Léelo y luego seguimos hablando.

—De acuerdo. —Greta solo articuló esas dos palabras, colgó el teléfono y se fue hacia el ordenador.

El ordenador tardó unos minutos en arrancar. Unos minutos que a Greta le parecieron horas. No le había pasado ni un momento por la imaginación que

Gabriel fuese el motivo por el que Raúl le hubiese dejado de hablar. Tenía el Facebook delante, había un mensaje de Raúl que abrió de inmediato y empezó a leer:

*«Hola Raúl, soy Gabriel, el marido de Greta. Sé por las fotos que habéis colgado en Facebook, tanto tu como ella, que habéis estado juntos en Santiago.»*

*No sé lo qué ha ocurrido entre vosotros durante esos días, ni me interesa. Lo único que quiero es que dejes en paz a mi mujer. Nosotros éramos una familia unida y estable hasta que apareciste tú. Estás haciendo un daño irreparable a nuestros hijos.*

*Si ocurren desgracias en nuestra familia caerán sobre tú conciencia de mala persona.*

*Es mi mujer, la quiero y voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para mantenerla a mi lado. Mantente al margen de mi familia.»*

Cuando Greta leyó la nota se quedó atónita. Gabriel no le había dicho ni una palabra. Ahora entendía la desaparición de Raúl. Cogió el teléfono y llamó a Raúl.

—Raúl no sabía nada de la nota que te había enviado Gabriel. Ahora no trabaja por las tardes y tiene tiempo de entretenerse. Le ha dado por curiosear y meterse en todo. El no utilizaba las redes sociales. Por lo visto ahora le sirven de distracción. Ni siquiera sabía que tiene perfil en Facebook.

—Greta, siento mucho mi reacción. No quiero que tomes determinaciones apoyándote en mí. Primero tengo que estar fuerte y después tomar unas decisiones que no sé las que serán. Cuando nos conocimos ya te expliqué que hacía el camino solo para aclararme y he vuelto más confuso. Estoy en un momento complicado.

—Raúl, no te preocupes, yo ahora tengo otros problemas que resolver. Estate tranquilo, mis decisiones son independientes de ti.

—Si te apetece algún día hablar conmigo estaré para escucharte. Me gusta oír tu voz y estos días te he estado echando de menos.

—Gracias Raúl por tu ofrecimiento. Tengo a mi familia que me apoya. Me he reconciliado con Yolanda y Marta, ellas están siendo un puntal importante en mi nueva situación.

—Si me lo permites, yo también quiero ser una parte del grupo de personas que te apoyen. Eres importante para mí.

—Sabes que me gustan nuestras charlas, las podemos retomar donde las dejamos.

—Muchos ánimos y un abrazo.

—Abrazos, nos hablamos.

Greta colgó el teléfono con una extraña sensación y el alivio de saber que contaba con el apoyo de Raúl. Le había dicho que era importante para él y eso en ese instante le bastaba, no quería más. Greta necesitaba ese soporte. El poder hablar con él le daba la ilusión necesaria para que las preocupaciones del día a día se disiparan, al centrar sus pensamientos en los encuentros telefónicos que mantenían. Él se había convertido en una persona que influía en el ánimo de Greta y ella necesitaba sentir su cercanía.

## -Capítulo 15-

### La intervención

Greta y Gabriel salieron de la consulta del doctor Ros. Greta había firmado un montón de papeles con todo tipo de autorizaciones necesarias, en esos casos, para que el hospital estuviese cubierto ante riesgos y perjuicios. Entre otros papeles, firmó la autorización para ser donante de un órgano en vida a su marido. Ya estaba hecho. No había marcha atrás. La operación se había programado para dentro de quince días. Gabriel estaba contento. Se fueron a comer a un centro comercial. Greta se excusó y marchó al baño. Llamó a Raúl.

—Ya está todo firmado. Me someteré a la cirugía en quince días —paró de hablar porque estaba sollozando—. Tengo miedo. A veces me despierto y pienso que todo ha pasado.

—Estás haciendo lo correcto. Toda irá bien y luego lo celebraremos. Nos iremos a bailar.

—En eso confío, en que todo salga bien. Pero tengo bajones y dudas. Me alegra tenerte para poder hablar.

—Ya te dije que contaras conmigo para lo que te hiciera falta. Tengo que viajar a Barcelona el martes de la semana que viene por trabajo. Si te apetece comemos juntos y nos vemos.

—Claro que me apetece y mucho. —Prosiguió Greta— Tengo la semana bastante liada con los protocolos psicológicos para donante, analíticas y pruebas físicas varias. En cualquier caso, cuenta con ello, me lo montaré para poder comer contigo. Te voy a llevar a un sitio estupendo. Te dejo, Gabriel me está esperando en el restaurante para comer.

Greta regresaba a la zona de restaurantes del Diagonal Mar por el pasillo lateral repleto de tiendas, réplicas de las que te podías encontrar en todos los centros comerciales, donde el interior es idéntico excepto por las dependientas. La ilusión de volver a encontrarse con Raúl la animó. El le dio la alegría del día. Pensar en volver a verle le hizo aparcarse todo lo relacionado con la operación para

volcarse en los preparativos. Se compararía ropa nueva y unos zapatos con tacón de vértigo. Iría a ver a Marta para conseguir un conjunto de ropa interior al que hacía días había echado el ojo y que no se compraba porque no tenía ningún motivo para hacerlo. Pediría hora a la estética y la peluquería. Quería deslumbrar a Raúl. Se le acumulaban las tareas. La invadió el estrés, la excitación se apoderó de ella y le subió la adrenalina. Ella no se daba cuenta y dejó de andar cabizbaja para enderezarse, sus pasos cogieron otra marcha llenos de brío.

Gabriel había ocupado una mesa en el restaurante Sagardi, estaba feliz, en breve se libraría de la engorrosa diálisis. No entendía los comportamientos de su mujer, como ir a los baños del otro extremo del centro comercial pudiendo usar los del restaurante. Pensaba que quizá sería por el gusto de pasearse por los escaparates que tanto le gustaba mirar.

Greta avanzó hacia Gabriel haciendo un esfuerzo por disimular la sonrisa de tonta que le asomaba, al pensar que en pocos días se vería con Raúl.

La comida entre Gabriel y Greta fue amena. Los dos tenían diferentes motivos para sentirse felices. Greta con la alegría de volver a ver a Raúl, casi cae en el desliz de pedirle a Gabriel que la acompañara de compras. Una voz que le salió de dentro le dijo protestando: «Es un error, si Gabriel te aconseja no te lo pondrás e irás a la cita en vaqueros y no es lo que tú quieres».



## -Capítulo 16-

Raúl estaba esperando para embarcar en el avión rumbo a Barcelona. Entró en una perfumería para hacer tiempo. Se paró delante de una estantería repleta de perfumes. En medio del local había una azafata que, como parte de una promoción, estaba dando tiras de papel impregnadas de perfume a posibles clientas para que las olieran. Raúl se acercó y le cogió una tira. Oliéndola sonrió a la azafata y entablo conversación con ella. Le pidió que le asesorara. Quería hacerle un regalo a una amiga. La azafata le atendió contenta, sabía que un hombre significaba venta segura. Raúl se llevó el perfume envuelto en un bonito papel y una bolsa de colores. Pensó: «El olor perfecto para Greta.»

Greta se las ingenió para quedar libre ese día a la una del mediodía. Puso la excusa de que había quedado para comer con una prima y que luego se irían de compras para no regresar a su casa hasta la noche. Estaba en la puerta del edificio esperando. Sonriente. Más delgada. Llevaba un vestido camisero de crepé, estampado en granate, naranja y marrón, por encima de las rodillas de forma que marcaba tímidamente sus curvas. Se lo compró especialmente para esa ocasión. El vestido le estilizaba la figura. Los zapatos granates de tacón ayudaban a que pareciera más esbelta. El bolso cruzado y una chaqueta en la mano. En ese octubre, en Barcelona, estaban teniendo un clima primaveral.

Raúl salió de entre las cristalerías de la puerta giratoria de un elegante edificio de oficinas. Llevaba las mangas de la camisa remangadas. A Greta le pareció tan atractivo mientras avanzaba hacia ella que se hubiese lanzado a su cuello, sin ningún reparo, allí mismo.

Se saludaron con dos besos en las mejillas. Ninguno se atrevió a sobrepasar la fina línea que se había trazado entre ellos. Greta aspiró su olor cuando lo tuvo cerca y por un instante se excitó. Las oficinas de Raúl estaban en Vía Layetana. Tomaron dirección hacia Ciutat Vella, el día invitaba a pasear hasta el puerto. A Greta le hormigueó durante todo el trayecto la mano, esperando a ser atrapada por la de Raúl.

Entraron en una portería donde les recibió una azafata, los acompañó al ascensor, le dio a un botón que ponía Marea Baja. Se adentraron en un bar marinero y los acomodó en una terraza individual donde les sugirió tomar un aperitivo mientras les preparaban la mesa para comer. Las vistas, desde allí, eran espectaculares, se veían Las Ramblas, el Barrio Gótico, Montjuic y toda Barcelona en una terraza reservada para ellos. Tomaron un Martini con zumo de naranja natural en unos cómodos sofás, con Barcelona a sus pies. La misma azafata los pasó a recoger más tarde para acompañarlos a Marea Alta donde tenían la mesa a punto.

El ascensor los llevó a la última planta del edificio. Un espacio dedicado al mar. Los platos y las jarras tenían forma de pez. Les habían reservado una mesa en primera fila, junto a las cristaleras que les seguían mostrando toda la ciudad. Sólo por las vistas ya valía la pena. Apareció el sumiller. Le guiñó un ojo a Greta en señal de complicidad. Ella le dio carta blanca para que eligiera el vino que quisiera. Les trajo una botella de Gessamí, del Penedés, un vino blanco frutal y floral. A Raúl le sorprendió el lugar. Disfrutaron de una comida a base de raciones de marisco presentadas en cajitas, que emulaban las cajas en las que los pescadores llevaban el pescado a la lonja. Después compartieron una dorada salvaje a la brasa. Sellaron la comida con los postres: xuxo a la brasa y tarta de almendra amarga. Greta se olvidó de Gabriel, de la operación y volvió ser la Greta que Raúl conoció en el camino. Una Greta feliz viendo a Raúl disfrutar de todo lo que ella había organizado para ese encuentro. Greta a cada sorbo de vino, a cada mirada de Raúl, soñaba con terminar en la habitación del hotel. Volver a tocar su piel, rozar sus labios y recordar la experiencia de Santiago. Al salir del restaurante Raúl le dijo.

—Acompáñame al hotel. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué es?

—Que curiosa eres. Ya lo verás.

—Dame una pista.

—Es algo específicamente pensado para ti.

Fueron paseando hasta la entrada del metro de Drassanes. El metro estaba a

rebosar. Era la hora en la que los niños salían del colegio. Les tocó ir de pie y apiñados agarrados a una barra central. El vaivén del vagón juntaba sus cuerpos a intervalos. En un arranque brusco, Raúl agarró con fuerza a Greta para que no cayera. Greta se sintió segura y su cuerpo reaccionó al acercarse a Raúl. Se estremeció. Raúl la sujetó por la cintura para asegurarla. Rodeada por el brazo de Raúl, Greta estaba tan cómoda que se hubiese quedado en esa postura durante una eternidad. En su cabeza empezó a sonar el estribillo de la canción de 90 minutos de India Martínez.

*He abierto mis ojos cancelando mis enojos  
Y he sentido que te tengo un poco más  
Aprovecho y me cuelo, enredándote en mi pelo  
Insistiendo en que me vuelvas a buscar  
90 minutos no puede durar el amor  
Pídeme más.*

Se bajaron en Plaza España. Tomaron dirección hacia el Hotel donde se alojaba Raúl. Entraron en el vestíbulo, Raúl la acompañó a la cafetería y le dijo.

—Espérame un momento que ahora vengo.

Raúl se fue hacia el ascensor. Greta se acomodó en una mesa cerca del ventanal. No sabía que pensar. Prefirió pensar que había ido hacer alguna gestión laboral. Pasados cinco minutos. Apareció Raúl sonriendo. Colgaba de su mano una bolsa de regalo. Se acercó a Greta y le dijo.

—Espero que te guste. Ha sido elegido con mimo para ti.

Había subido a la habitación a por el regalo y no le pidió que lo acompañara. La mandó a la cafetería a esperar. Raúl había maniobrado para no quedarse a solas con ella. Se preguntaba qué es lo que estaba ocurriendo. No entendía el comportamiento de Raúl.

Greta dejó el regalo, sin abrir, encima de la mesa. No lo desenvolvió ni tenía intenciones de hacerlo. La curiosidad por lo que contenía el paquete se había esfumado.

Raúl al ver la reacción de Greta, que dejó el regalo para ignorarlo encima de la mesa sin siquiera haberlo desenvuelto, se sentó en la silla que estaba al lado de Greta. Tragó saliva y empezó hablar.

—Greta, he estado distante y supongo que no es lo que esperabas de mí. He pensado mucho en nosotros. Yo vivo en Madrid con mis problemas y tú aquí con los tuyos. Has tenido que tomar decisiones y las has tomado en los días que hemos estado distanciados. En estos momentos no veo clara una relación seria y duradera entre nosotros. Los dos tenemos trances por arreglar y es mejor hacerlo

solos. Yo te brindo mi apoyo y amistad. Ahora no puedo ofrecerte nada más. Seguramente te he decepcionado y no espero que lo entiendas.

Greta se quedó muda. Le entraron unas repentinas ganas de salir corriendo. Aguantó el tipo. El temple le duró hasta que se hubo despedido de Raúl y salió del hotel con la bolsa del regalo colgada de la mano. Al cruzar la puerta, las lágrimas avanzaron por su cara asomando a la luz, a través de las gafas de sol. Caminó hasta la estación de Sants con un pañuelo de papel en la mano, secando su cara. Sentada en el tren en dirección a Gavá empezó a dolerle el pecho y el alma.

Dejó la bolsa del regalo en una estantería del baño, a la vista, sin abrir y se metió en la cama.

Greta tardó en levantarse una semana y quince días en recuperarse. Le diagnosticaron una gripe causada por una repentina bajada de defensas. Tuvieron que retrasar un mes la operación y repetir sus analíticas.

Raúl siguió con su costumbre de mandarle una tarjeta por WhatsApp dándole los buenos días y otra de buenas noches. La llamaba cada vez que podía. Al principio intercambiaban cuatro palabras hasta que poco a poco las charlas fueron gradualmente más extensas. Greta no tenía las suficientes fuerzas para cortar ese hilo de relación que había quedado entre Raúl y ella. Greta creía que no era el momento y mientras le gratificaran los mensajes y las charlas con él, no quería prescindir de ellos. En el fondo, lo que le pasaba, es que pensaba que todavía existía una posibilidad de retomar la relación.

## -Capítulo 17-

### El hospital

Estaban los padres de Greta, sus hijos, Yolanda, Marta y la familia de Gabriel. Se habían despedido de ellos hacia un momento. Gabriel con su color pajizo, ojeras perpetuas, ojos hundidos y aspecto demacrado. Greta recuperada de la gripe. Piel rosada, ojos vivos y sonriendo.

Las horas pasaban lentas entre cafés y charlas hasta que llamaron a los familiares de Greta y Gabriel. Se presentó el doctor Ros satisfecho con la operación. El riñón de la donante era adecuado y compatible y creía que no habría ningún problema. En unas horas podrían pasar a visitarles en la sala de reanimación.

Gabriel estaba en la cama, despierto. Su piel había cambiado el tono empezaba a dejar el color pajizo para ir tomando el rosado. Greta, blanca como el papel de fumar, se había despertado con ojeras y dolores.

Ella había dispuesto que cada uno de ellos se fuese a casa de su madre, para recibir los oportunos cuidados. Les habían mandado reposo absoluto.

Todo fue bien. Greta paso quince días recuperándose, cuidada, mimada por la familia y recibiendo las visitas de sus amigas que acudían todas las tardes a compartir un té.

El doctor Ros les dio el alta. Podían empezar a hacer vida relativamente normal. Les prohibió hacer esfuerzos. En dos semanas podrían volver a su casa.

Retomaron sus vidas cotidianas al instalarse de nuevo en casa. Greta veía a Gabriel pasear por casa, sentado en su butaca, en la cocina, delante del ordenador. No lo soportaba. Le molestaba el olor de su after shave en el baño. También le molestaba el del perfume que ella misma le había regalado y que ahora detestaba.

Esa noche, Greta estaba en el sofá junto a Gabriel. Veían una película. Greta recibía mensajes continuos de un grupo que habían montado junto con Yolanda

y Marta, donde colgaban videos y fotografías divertidas, sin importancia.

Gabriel se giró y la vio riendo de una tontería del grupo y le dijo.

—¡Quieres hacer el favor de dejar el móvil de una vez! Desde que has vuelto a casa estás todo el día colgada de ese aparato.

Greta no contestó. Puso el móvil en silencio y lo dejó encima de la mesa. Volvió a revivir esa sensación de estar teniendo un comportamiento incorrecto, se sintió culpable por estar atendiendo el móvil. Gabriel la apabullaba. Había vuelto a comportarse, como siempre, con miedo a que Gabriel se enfadase. Se armó de valor y sin pensar le dijo.

—Gabriel tenemos que hablar.

Gabriel que estaba viendo la tele, con el mando en la mano, se giró y sin darle importancia le contestó.

—Cariño ahora estoy viendo la película. ¿Puedes esperar a que termine?

Ahora soy su cariño, pensó Greta.

Greta le quitó el mando de las manos. Apagó la televisión y de pie frente a él le dijo.

—No podemos seguir juntos. No quiero pasar más tiempo a tu lado. Búscate un sitio para vivir y mientras tanto yo me vuelvo a casa de mi madre.

—Greta yo quiero seguir contigo. Dame la oportunidad de demostrarte lo que te quiero y lo importante que eres para mí.

—Has tenido veinticinco años para demostrarlo y no lo has hecho.

—Somos una familia. La estas rompiendo. Piensa en los niños.

—En los niños ya he pensado durante muchos años. Ahora me toca pensar en mí.

—Te vas con tu amante ¿verdad? Ese que conociste en Santiago. —Greta ríe, esperaba esa reacción.

—Lo único que tengo claro es que no quiero vivir contigo.

—Me destrozas la vida y destrozas una familia. Piénsalo un tiempo.

—No quiero alargarlo. No quiero tiempo. Quiero que te vayas. Y no se puede destrozarse lo que ya está destrozado desde el inicio.

—Por lo que veo, has tomado una decisión en firme. Entonces habrá que hablar del tema económico.

—Ten claro que no pienso irme de esta casa hasta que los chicos estén fuera. Si estás pensando en vender la casa ya te digo que es innegociable. Me voy a casa de mi madre y cuando te hayas ido ya me avisarás.

Greta preparó una maleta con sus cosas y se marchó en silencio, cuando salió por la puerta de su casa respiró con una sensación de haber alcanzado la libertad.

Greta aspiró el aire frío del invierno, los plátanos habían perdido sus hojas y tenían un aspecto desangelado. Entró en la cafetería de la Rambla, donde era habitual que se encontrase con Yolanda y Marta. Se saludaron efusivamente. Se pidió un chocolate caliente y sin esperar a que ellas le preguntasen les dijo.

—He vuelto a casa de mi madre temporalmente. Le he pedido a Gabriel que se vaya de casa. Volveré cuando se haya ido.

—Pensaba que sin Raúl y después de la operación, os habíais reconciliado — dijo Yolanda pronunciando la arruga del entrecejo.

—No puedo seguir viviendo con él. Nuestra relación ha pasado la fecha de caducidad.

—No entiendo nada. Le das un riñón y luego te separas. No has esperado ni a que se cicatricen las heridas de la operación.

—Marta, ya sé que es difícil de entender. No podía seguir compartiendo más tiempo de vida con él y no podía dejar a Gabriel en las condiciones que estaba. Mis hijos no me lo hubiesen perdonado. Ahora puede hacer su vida con normalidad. Le he hecho un buen regalo. Le deseo que le vaya muy bien, pero sin mí.

—Si necesitas ayuda, con los papeles del divorcio, aquí tienes una amiga.

—He pensado en que me recomiendes a alguien de tu confianza. Entiende que no quiera que seas tú. Te has llevado bien siempre con Gabriel y no tiene por qué cambiar nada entre vosotros. El que tú llevases mi divorcio te podría comprometer o estar en situaciones que no quisieras.

—No te preocupes, tengo un colega en el despacho que en estos temas es fino y te lo resolverá bien.

—Tengo claro que lo poco que tenemos es de los dos. Lo único que quiero es seguir viviendo en el hogar familiar hasta que los niños se vayan. Es su casa y deben seguir allí. Cuando ellos vuelen la venderemos y nos repartiremos el dinero.

—Si te pone impedimentos que te devuelva el riñón. ¡Para eso es tuyo!

—Que bruta eres Marta —le regañó Yolanda.

—Estaba de broma, era para quitarle hierro al asunto —se excusó Marta.

Yolanda le cogió la mano, se la apretó y le dijo.

—Te veo bien y decidida, por mi parte tienes todo mi apoyo y ayuda en lo que necesites.

—Por mi parte te digo lo mismo, lo que necesites —dijo Marta, colocando su

mano encima de la de Yolanda, formando piña las tres.



## -Capítulo 18-

### El apartamento

Greta estaba en el sofá de su madre leyendo un libro de historia novelada, uno de sus géneros favoritos. El sonido de su móvil la desconcentró.

—Hola, Gabriel. ¿Qué tal estas?

—No demasiado bien.

—¿Te pasa algo? Porque en la última revisión el Dr. Ros te dijo que estaba todo perfecto y que podías hacer vida normal.

—No es la salud, es algo peor. Es el corazón, que me lo has hecho añicos.

—Gabriel, no sé qué pretendes. No te enrolles y dime que quieres.

—He encontrado un apartamento en Castelldefels y me estoy mudando, en dos días habré dejado nuestra casa. He necesitado el dinero que teníamos en la cuenta. He dejado lo suficiente para que paséis el mes hasta que cobres.

—De acuerdo. Gracias.

Greta colgó, seguidamente se fue al ordenador y miró la cuenta corriente de los dos. Le había dejado quinientos euros para pasar el mes ella y los niños, se había llevado todo el dinero. Más tarde Greta descubriría que también le había dejado una tarjeta bien cargada para que ella la pagase. La madre de Greta, que estaba apoyada en el marco de la puerta de la habitación del despacho del padre, miraba como ella estaba inmóvil frente al ordenador.

—¿Qué pasa hija?

—Gabriel que me ha dejado la cuenta bajo mínimos. Me ha dejado quinientos euros para pasar el mes, los niños y yo.

La madre de Greta marchó y regresó en unos minutos, con un sobre en la mano

—No te preocupes. Coge este dinero. Lo tenía guardado por si te hacía falta. Si necesitas más me lo pides. Lo que te haga falta. Hay dinero de sobras para irte de compras y pasar unos meses desahogada. Estoy cansada de verte siempre con

la misma ropa de señora mayor. Te vas y te compras algo bonito y moderno, te subirá el ánimo.

Greta abrazó a su madre y lloró en su regazo. Un llanto que le ayudó a descargar las tensiones acumuladas en las últimas semanas.

-∞-

Greta entró en su casa. El olor de Gabriel todavía se notaba en todas las habitaciones. Cogió un saco de basura y subió a su habitación. Vacío los cajones de su ropa interior dentro de la bolsa de basura, no dejó ni unas bragas. Descolgó la ropa sin seleccionar y la metió dentro del saco. Tuvo que coger el rollo entero de sacos de basura y llenó varios. Dejó los sacos en el recibidor para que sus hijos los llevasen a unos contenedores de la humana que estaban cerca de su casa. Le hubiese gustado llevarlos ella misma pero todavía no podía levantar peso.

Se acomodó en el sillón de Gabriel y cogió el mando, ahora la dueña era ella. Se colgó el bolso y salió de su casa. Entró en el coche y se dirigió a un centro comercial cercano. Se pasó media tarde de tienda en tienda y de vez en cuando se relajaba en una cafetería y se tomaba una infusión. Nadie la estaba aconsejando. Nadie le decía que ponerse. Se había comprado tejanos pitillos, mayas ajustadas y blusones de varios colores. Entró en una tienda de cosméticos y se compró ese pintalabios de color rojo que siempre quiso usar.

Al volver, se paró frente a la tienda de Marta y entró diciendo.

—Amiga, necesito renovar mi lencería. Gabriel se ha marchado a su apartamento. Quiero empezar de nuevo y con ropa nueva.

Marta la recibió encantada. Le abrió todas las cajas de la talla de Greta que había en la tienda. Greta se probó lencería hasta cansarse y decidirse por unos cuantos sujetadores a conjunto con bragas, tanga y culotte. Greta se dejó un buen pico, con descuento de amiga incluido.

Marta y Greta habían llamado a Yolanda. Habían quedado para salir las tres a cenar. Cena de chicas.

-∞-

Camino de su casa, Greta sacó el lápiz de música. Uno que, hacía meses, le había grabado la compañera de trabajo y que todavía no había estrenado. La

primera canción era de Mónica Naranjo, a quien Gabriel vetaba, llamaba chillona y no gustaban las letras de sus canciones. Subió el volumen y se arrancó a cantar el estribillo.

*Sobreviviré,  
búscate un hogar  
entre los escombros de mi soledad.*

*Paraíso extraño donde no estás tú  
Y aunque duela quiero libertad  
aunque me haga daño.  
Ah, ah, ah, ¡ah!  
Debo sobrevivir, mintiéndome.*

*Taciturna me hundí en aquel bar,  
donde un ángel me dijo al entrar:  
"Ven y elévate como el humo azul,  
no sufras más amor"  
Y desgarrándome algo en mi vida cambió.*

Greta dejó las bolsas encima de su cama. Sacó los tejanos nuevos, le quedaban como un guante. Los combinó con una blusa negra con escote en V y unos botines granates de tacón a juego con la cazadora de piel. Estaba en el baño estrenando su nuevo pintalabios. Reparó en la bolsa del regalo de Raúl en la estantería a sus espaldas. La cogió. La miró. Allí dentro seguía el paquete sin abrir. Se lo llevó dirección al pasillo. Se paró delante de los sacos para la Humana. Abrió el primero y tiró el regalo sin desenvolver. Pasó delante del espejo grande del recibidor, se vio y se sintió sexy. Se colgó el bolso y salió por la puerta con la melena suelta y ondulante que cubría sus hombros.

Entró en el coche y se sintió bien cuando saltó la siguiente canción del lápiz.

*Negra por fuera  
por dentro color de algodón  
la pantera duerme  
en mi ropa interior.*

*Noche azul*

*mojada de luna y pasión  
y aparece el hombre  
ese hombre quema la selva  
y aplasta el amor.*

*Mírame, sé perdonar  
pero soy mujer, respétame  
yo vivo en libertad  
vivo en libertad.*

*Vivo en libertad...*

# AGRADECIMIENTOS

Agradezco a mi compañero de camino José Antonio y a mí hija Laura la infinita paciencia que han tenido durante el tiempo que he estado trabajando en este libro, la ayuda y los ánimos que me han dado en todo momento. Gracias a las amigas que me inspiraron y leyeron los primeros capítulos animándome a continuar. Gracias a José María García Riutort por sus sugerencias y correcciones.